HISTORIA MEXICANA

VOL. XLVII OCTUBRE-DICIEMBRE, 1997 NÚM. 2

186

La guerra de 1847

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL CENTRO
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE EL COLEGIO DE MÉXICO

Fundador: DANIEL COSÍO VILLEGAS
Directora: SOLANGE ALBERRO

HISTORIA MEXICANA es una publicación trimestral de El Colegio de México. *Suscripción anual*: en México, 150 pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 32 dólares; instituciones, 50 dolares. En Centro y Sudamérica: individuos, 26 dólares; instituciones, 34 dólares. En otros países: individuos, 42 dólares; instituciones, 60 dólares.

Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
ISSN 0185-0172
Impreso en México/*Printed in Mexico*
Encuadernación Técnica Editorial, S. A.
Calz. San Lorenzo 279, Col. Granjas Estrella 09880, México, D. F.
Fotocomposición y formación: Literal, S. de R. L. Mi.

Certificado de licitud de título núm. 3405 y licitud de contenido núm. 2986, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas, el 30 de septiembre de 1988, y número de reserva 189-89 del primero de febrero de 1989.

HISTORIA MEXICANA

VOL. XLVII OCTUBRE-DICIEMBRE, 1997 NÚM. 2

186

SUMARIO

PRESENTACIÓN

A CIENTO CINCUENTA AÑOS DE UNA GUERRA COSTOSA

El recuerdo de la guerra con Estados Unidos (1846-1848) sigue siendo doloroso para los mexicanos, tal vez por ello ha sido poco estudiada. Con todo el difícil periodo del establecimiento del Estado mexicano no ha merecido verdaderas investigaciones, hecho que ha dejado el campo libre para que prevalezcan las interpretaciones estadounidenses.

A los que estamos conscientes de la prosperidad y madurez de la Nueva España en el siglo XVIII, que sin duda contrastaba con la pequeñez y provincianismo de las trece colonias inglesas, nos ha intrigado explicarnos cómo se generó la profunda asimetría entre los dos nuevos Estados, tan patente en el momento del enfrentamiento. Si revisamos el contexto en que se dieron las independencias, resulta comprensible. Las dos emancipaciones derivaron de la guerra de los siete años y de la bancarrota que produjo en sus principales actores, Gran Bretaña, España y Francia, sin distinción de vencedores o vencidos. Los imperios se vieron precisados a reorganizar su administración, y las nuevas cargas fiscales e institucionales que aumentaban el control y la defensa generarían el malestar que produciría los sentimientos independentistas.

Como los colonos ingleses se emanciparon tempranamente pudieron aprovechar las ventajas de tal primacía en un ambiente ilustrado; esto, aunado a la experiencia política de sus líderes y a circunstancias internacionales favora-

bles para establecer un Estado, les aseguró su viabilidad. La consolidación de la Unión con la Constitución de 1789, les permitiría aprovechar la discordia europea desencadenada por la revolución francesa (1789-1815) para fortalecer su economía.

Los hispanoamericanos no contaron con la misma suerte y además, su guerra independentista fue larga y cruenta, lo que aumentó sus problemas sociales, divisiones políticas y bancarrota hacendística, pues dificultó su transición de colonias a Estados independientes. El marco en que se insertaron en el orden internacional, tampoco les fue favorable, pues la lucha contra Napoleón había despertado un legitimismo y un temor a los movimientos liberales que obstaculizarían su reconocimiento.

Para la Nueva España el camino sería aún más complejo, pues dada su importancia, no sólo para su metrópoli sino en forma creciente para Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, como proveedor de la plata que el costo de sus diferentes guerras que tanto el imperio como el comercio requerían, la convertirían en centro de ambiciones económicas y territoriales. Así, las diferencias ideológicas con sus contrastantes proyectos nacionales, el estancamiento económico, la emergencia del ejército como fuerza política y las amenazas externas debilitaron tanto a la República que imposibilitaron una defensa efectiva del enorme territorio que su expansivo vecino ambicionaba.

México fue víctima del destino, pues circunstancias nacionales e internacionales influyeron en su desarticulación y paralización. En vísperas de la guerra, la situación mexicana era desesperada, y en esas condiciones se enfrentó a dos fantasmas imponentes que lo amenazaban: el expansionismo estadounidense y la conspiración española para establecer una monarquía. Esto reanudó el debate sobre la forma de su gobierno y en medio de la guerra se restauró el federalismo con una reducción de facultades al gobierno nacional. ¿Qué país hubiera podido responder con efectividad a esa situación?

Aunque la mayoría de los políticos estaban conscientes de la imposibilidad de la defensa, no lograron poner los

objetivos nacionales por encima de los faccionales. Para sorpresa de militares y políticos estadounidenses, las pobres fuerzas mexicanas enfrentaron una y otra vez a ejércitos que aunque más pequeños, eran profesionales y estaban bien aprovisionados, alimentados y renovados, sin que lograran impedir que a mediados de septiembre de 1847 la ciudad de México capitulara.

La firma del tratado de paz impidió la desaparición de México, pero dejó un legado muy doloroso aún presente. El sentimiento de frustración por la pérdida de territorio aumentó ante la total incapacidad de defensa. En los estadounidenses también dejó como legado negativo una sensación de superioridad racial que todavía afecta la comunicación entre los dos países.

Que la guerra fue injusta para México, es indudable, pero además, permitió iniciar la neutralización de fuerzas políticas y la eliminación del ejército como actor principal en los conflictos nacionales. Por otra parte, también contribuyó a ampliar el sentimiento nacional en su población. Recordar el acontecimiento debe ser una lección positiva y al juzgarla, darnos cuenta de que nuestros antepasados sucumbieron ante el peso de una compleja red de circunstancias adversas.

Historia Mexicana contribuye a la conmemoración de 150 años del acontecimiento con este número. El contenido es muy interesante y variado: desde los orígenes de la guerra y el contexto estadounidense, referente a temas novedosos como la guerra épica de los estadounidenses contemporáneos y la reseña sobre el mítico batallón de San Patricio, hasta la guerra y la identidad nacional, y el papel de un diplomático mexicano en España durante el suceso. Como colofón se incluye la transcripción del diario que empezó a guardar don Mariano Riva Palacio durante los días que precedieron a la caída de la ciudad de México.

Josefina Zoraida Vázquez
El Colegio de México

LA JOVEN AMÉRICA Y LA GUERRA CON MÉXICO*

Robert W. JOHANNSEN
University of Illinois

EL 4 DE MARZO DE 1845, UN DÍA FRÍO Y LLUVIOSO en Washington, D. C., James Knox Polk se encontraba de pie en la terraza oriental del Capitolio, protegido con un paraguas, mientras leía su discurso inaugural. A los 49 años de edad era el presidente más joven en la historia de la nación, y aún no se había acostumbrado al inesperado golpe de suerte que le había concedido la nominación de su partido y su triunfo sobre Henry Clay, uno de los dirigentes más respetados y experimentados del país, en las elecciones de 1844. En sus comentarios iba más allá del usual recitado de los principios que guiarían su administración, y abordaba el sentido que tenía Estados Unidos para él. "Esta tierra favorecida por los cielos", declaraba, disfruta del "más admirable y sabio sistema de autogobierno bien regulado [...] jamás concebido por mente humana", donde la llama de la libertad calienta "el corazón de millones de felices" e invita a "todas las naciones de la tierra a imitar nuestro ejemplo". Bajo la benigna influencia de su gobierno republicano, los estadounidenses eran "libres de mejorar su propia condi-

* Esta ponencia fue presentada originalmente en el Simposium US Mexican War y Fourth Annual Palo Alto Conference, organizada y patrocinada por la Universidad de Texas en Arlington, octubre 25-26, 1996. El Center for Greater Southwestern Studies and History of Cartography de la universidad, concedió el permiso de publicar esta traducción.

ción por el ejercicio legítimo de todos sus poderes físicos y mentales" y les estaba "permitido buscar colectiva e individualmente su propia felicidad a su manera. ¿Quién asignará límites", preguntaba Polk, "a los logros de mentes libres y manos libres bajo la protección de esta gloriosa Unión?".[1]

Fue una clara declaración de fe del presidente más joven de una joven nación. Muchos elementos románticos estadounidenses llamaban el espíritu de la época, tienen eco en las declaraciones de Polk: la provisión providencial, el llamado al corazón de la gente, la libertad del individuo dentro de un sistema de autogobierno popular, la ausencia de límites a la capacidad de los individuos de mejorar. Los sentimientos no eran nuevos, pero no fue hasta que el país se acercó a la mitad del siglo XIX que se volvieron elemento de la fe nacional.

Ralph Waldo Emerson, uno de los voceros de la América romántica, predicó un evangelio de esperanza y optimismo, instó a los individuos a ser creativos, cuestionó las convenciones, censuró la "consistencia insensata" y llamó a las instituciones a rendir cuentas. En un discurso pronunciado en Boston a principios de 1844, un año antes de que Polk subiera al poder, invitó a los jóvenes estadounidenses a que "obedezcan a su corazón, y sean la nobleza de esta tierra". Guiado por lo que él llamaba un "destino sublime y amistoso", Estados Unidos era "el país del futuro [...] un país de comienzos, de proyectos, de grandes diseños y expectativas". Libres de los inhibidores vínculos de la tradición, los estadounidenses podrían "inspirar y expresar el espíritu más expansivo y humanitario" y hablar por toda la raza humana. "El continente de la abundancia es nuestro", recordó a su público, "estado por estado y territorio por territorio, hasta las olas del Océano Pacífico".[2]

Pocos estadounidenses igualaron la elevada retórica del periodista neoyorquino John Louis O'Sullivan, cuyo *Democratic Review* se volvió una luz guiadora del nacionalismo

[1] POLK, 1897, pp. 373-376.

[2] EMERSON, "The Young American", en *Dial,* IV (abr. 1844), pp. 484-507, reimpreso en JOHANNSEN, 1988, pp. 7, 10 y 15.

romántico. "Somos la nación del progreso humano", escribió en 1839, "y ¿quién pondrá, quién puede poner, límites a nuestra marcha hacia adelante?". Indicando la "eterna verdad" del documento fundador de Estados Unidos, la declaración de independencia, O'Sullivan encontró sanción providencial en una misión estadounidense. "El ilimitado y extenso futuro será la era de la grandeza americana", declaró. Estados Unidos, creía, estaba "destinado a manifestarle a la humanidad la excelencia de los principios divinos [...] a establecer sobre la tierra la dignidad moral y [la] salvación del hombre" y la "inmutable verdad y beneficencia de Dios". Una gran orden para una nación joven, aunque en las mentes de estos voceros América era única, sin un pasado que impidiera su progreso, sólo un futuro para definirlo. Seis años más tarde O'Sullivan le dio una etiqueta a su creencia al reacomodar sus palabras "destinado a manifestarle" como "destino manifiesto".[3]

En un lenguaje bordado de hipérboles, las expresiones populares del nacionalismo romántico de América fluían de las plumas de escritores y poetas, de clérigos y reformadores humanistas, y también de políticos. Al rechazar todos los límites y expresar impaciencia hacia las restricciones al esfuerzo humano, creían que nada estaba más allá del alcance de los individuos. El progreso, la salvación e incluso la perfección se volvieron cuestión de voluntad individual. La emoción e intuición sustituyeron al limitante y frío racionalismo de otros tiempos. Confíen en sus corazones, aconsejaban los románticos, no en sus cabezas. "Hay un espíritu en el hombre", declaró el historiador George Bancroft, "que es la guía hacia la verdad".[4]

Lo que era verdad para los individuos era verdad para las naciones. Era "una época impresionante", y pertenecía a Estados Unidos. "En unos breves años de existencia", exclamó un escritor, el país había "logrado un trabajo de siglos". Los

[3] O'SULLIVAN, 1839, pp. 426-430. Respecto a este primer uso de la frase "destino manifiesto" véase O'SULLIVAN, 1845, p. 5.

[4] George Bancroft, 1855, pp. 408-435; reimpreso en BLAU, 1954, pp. 263-273, citas en p. 263.

descubrimientos tecnológicos, de efectos aturdidores, habían surgido, uno después de otro, del genio inventivo de la nación. El ferrocarril y el telégrafo magnético aniquilaban tanto a la distancia como al tiempo. "Viajamos con vapor y conversamos con relámpagos", se decía. "El hierro del ferrocarril", presumía Emerson, "es una vara de mago por su poder de evocar las energías durmientes de tierra y agua".[5]

Era una época de movimiento, declaró el influyente editor periodístico Horace Greely, en la que quedarse quieto significaba estar atrás. La locomotora se volvió una metáfora de la nación. América era un país que "va adelante", y los estadounidenses eran un pueblo que "va adelante". "Ir adelante" se volvió un lema nacional, tan intrigante como incomprensible para Charles Dickens, que intentó desentrañar su sentido durante la visita que efectuó a Estados Unidos en 1842. Cualquier persona que viajara en algo más lento que una locomotora, anunció con solemnidad un dirigente político, no podía ir al ritmo del espíritu de la época.[6]

A los extranjeros que viajaron a Estados Unidos durante las décadas de 1830-1840 les molestó de manera particular el alarde y las bravatas que encontraban en sus viajes, en los vagones de tren, en las posadas y restaurantes del campo y en los hoteles metropolitanos. Como pueblo, decían, los estadounidenses eran más impetuosos que ningún otro, característica que atribuían a su "maravilloso crecimiento", su prosperidad y la "salvaje libertad" que fomentaban sus instituciones. El lenguaje del pueblo, extravagante y exagerado, se sumaba a su credo: "No hay nada que no podamos hacer; pocas cosas que no intentemos; ninguna altura a la que no estemos seguros de poder llegar; ningún imperio que no terminemos por derrocar".[7]

Hacia mediados de 1840, el fastidio se había convertido en burla, especialmente entre los escritores ingleses que se mofaban de las "cualidades ubicuas de la nación 'Yankee' universal". Se ofendían por declaraciones como que Zachary

[5] FISHER, 1850, I, pp. 109; DONIPHAN, 1848, p. 18, y EMERSON, 1988, p. 7.
[6] GREELEY, 1848, p. 54 y DOUGLAS, en JOHANNSEN, 1989, p. 92.
[7] *Southern Quarterly Review*, XIV (oct. 1848), pp. 511-512.

Taylor era un dirigente militar más brillante que Napoleón o Wellington. Y reaccionaron con asombro ante la afirmación de que la marcha de los voluntarios de Missouri, a través de los desiertos del norte de México, bajo el mando del coronel Doniphan, sobrepasaba la retirada de Persia del antiguo ejército griego bajo Jenofonte. Un periódico de Londres manifestó su hartazgo, argüía: "El verdadero yankee no podría descansar" ni en el mismo paraíso si pudiera viajar más hacia el oeste. "Debe seguir adelante." Cuando Alexander Mackay viajó por Estados Unidos durante la guerra con México observó los debates de la Cámara de Representantes, donde escuchó asombrado a un congresista citar el libro del Génesis para probar que Estados Unidos tenía derecho a todo Oregon.

Las reacciones inglesas ante la guerra con México, especialmente en sus primeras etapas, a menudo asumían un tono irrisorio y desdeñoso. Los estadounidenses estaban indignados por la despectiva censura que hizo el historiador británico Archibald Alison del ejército de Estados Unidos como inadecuado e insuficiente para sostener una guerra con México. Con una fuerza sólo equivalente a una legión romana o a la quinta parte del ejército de Bavaria, compuesta por militares provincianos mal entrenados y sin experiencia, Alison predijo que Estados Unidos sólo encontraría desastres en la contienda con México.[8]

Estos ataques eran devueltos en el mismo tono por escritores estadounidenses, cuyas nuevas cumbres verbales se combinaban a menudo con una cáustica anglofobia. Walt Whitman, editor de un periódico de Brooklyn, desdeñaba las calumnias dirigidas contra el "Yankeedoodleado" simplemente como otra demostración de la "mediocridad rencorosa" de Gran Bretaña. "Dejen que el Viejo Mundo se revuelque bajo su onerosa carga de forma y conservadurismo", escribió Whitman, "nosotros somos de raza y tierra más nuevas y frescas".[9]

[8] *Literary World*, v (1º sep. 1849), pp. 181-182, cita al *Athenaeum* de Londres, 1134 (21 jun. 1849), p. 736; MACKAY, 1849, I, p. 301, y ALISON, 1848, XIX, pp. 39-40.

[9] WHITMAN, 1920, I, pp. 32-33 y 46-47.

"Raza y tierra más nuevas y frescas", las palabras de Whitman tenían una resonancia especial en la América de mediados de 1840. La juventud y vitalidad de Estados Unidos se dramatizaba repetidamente comparándolo con una Europa debilitada y decadente, donde príncipes y monarcas sofocaban las aspiraciones democráticas del pueblo. Ningún contraste estaba ilustrado con términos más gráficos que el de un viajero que regresaba de un recorrido por Europa: "Europa es anticuada, decrépita y está tambaleándose al borde de la disolución", decía a sus compatriotas estadounidenses. "Los productos más selectos de sus tierras clásicas consisten en reliquias, ¡que permanecen como triste memoria de sus glorias pasadas y caída grandeza! Elevan el recuerdo de los muertos, ¡pero no inspiran esperanza alguna para los vivos! Aquí todo es fresco, floreciente, se expande y avanza."[10]

Estados Unidos, se les recordaba en toda ocasión a los estadounidenses, era una nación nueva, nacida de la Revolución y dedicada a los ideales de su carta fundadora. "Recién nacida, libre, saludable [y] fuerte", como lo expresaba un escritor, América había roto sus vínculos no sólo con un pasado caduco, sino también con los sistemas anticuados de las monarquías absolutistas europeas, y había emprendido un experimento único de gobierno democrático con todo el vigor, seguridad y energía de la juventud. Se había abierto una nueva época, y algunos sostenían que ameritaba una nueva escala temporal. Se aconsejaba a los jóvenes estadounidenses ser "fieles a su fe", pues su tarea, de acuerdo con un prospecto para "América en 1846 [era] extender hacia toda la gente del continente americano [...] las instituciones basadas en la luz de la razón y la verdad, en los beneficios y derechos inherentes e iguales para todos los hombres".[11]

"Joven América" se volvió un lema popular, y los tributos al "joven americano" se volvieron tema de poetas y ensayistas. Para varios letrados del país, la joven América también

[10] Douglas, 1853.
[11] Emerson, 1988, p. 10 y 1846, pp. 57-64, cita en p. 64.

fue más que una frase popular. Imbuidos de las corrientes de un romanticismo estadounidense, buscaban crear una literatura nacional que hablara al corazón, una literatura para el pueblo que respirara el espíritu de la democracia y reflejara la singularidad del papel de América en el mundo —en otras palabras, una literatura distintivamente americana, que correspondiera a los ideales y aspiraciones de la joven América.[12]

En diciembre de 1845 Edwin DeLeon, editor sureño y supuesto "vástago de esta joven América", publicó un discurso titulado "Posición y deberes de la 'joven América'", que proporcionaba al concepto una base filosófica. No había nada muy original en su declaración, pero como apareció en un momento en que el pensamiento popular estaba particularmente receptivo, se ha dado a DeLeon el crédito de desencadenar un movimiento, papel no muy distinto al de John O'Sullivan, quien usó por primera vez la frase "destino manifiesto" durante el mismo año.

"Las naciones," escribió DeLeon, "al igual que los hombres, tienen las etapas de infancia, vigor viril y decrepitud". Estados Unidos, el "joven gigante del oeste", estaba "en pleno resplandor de una exultante hombría, y los desgastados poderes del Viejo Mundo no pueden esperar restringir o impedir su progreso hacia adelante". Al plantear lo que se ha llamado una teoría orgánica de la nacionalidad, De Leon reiteraba un elemento significativo del pensamiento romántico popular. La noción de que el crecimiento y desarrollo —cambios orgánicos— se aplicaban a las naciones como a los individuos, y que, por lo tanto, cada nación desarrollaba su propia y única personalidad (a menudo llamada "genio nacional"), se volvió una de las creencias centrales de la joven América.

DeLeon se expresó en un momento de creciente tensión y miedo a la guerra: con Gran Bretaña por la cuestión de la frontera con Oregon, un asunto de considerable

[12] STAFFORD, 1952, pp. 82-94. Véanse también dos artículos del *Democratic Review*: "Nationality in Literature", XX (mar. 1847), pp. 264-272 y "Nationality in Literature", XX (abr. 1847a), pp. 316-320.

preocupación; y con México por la anexión de Texas, un asunto de preocupación menor. Ya fuera en Texas o en Oregon, dondequiera que la extensión del área libre llevara a Estados Unidos, agregaba DeLeon, estemos preparados para protegerlo contra el "pie profano de cualquier enemigo extranjero".[13]

Una porción importante del discurso de DeLeon estaba dedicado a hacer un fuerte llamado a la literatura nacional, que ya a mediados de 1840 se había vuelto la tarea más urgente de la joven América. Una nación, insistía, se conoce por la literatura que produce, y ya era hora de que los estadounidenses rompieran su dependencia literaria con Gran Bretaña. Elogiaba a aquellas figuras que llevaban la delantera: Washington Irving, a quien llamaba el "pionero de la joven América"; el historiador George Bancroft y escritores de ficción como James Fenimore Cooper y William Gilmore Simms. Lo que necesitaba la nación, repetía, era una "literatura juvenil" que fuera tan joven y vigorosa como la misma América.

Los recursos para una literatura nacional, señalaba DeLeon, estaban a la mano, esperando ser aprovechados por el escritor talentoso e imaginativo. "¿Qué país" exhortaba, "ha poseído hasta ahora materiales más ricos para la historia, la elocuencia, la poesía y la canción, que el nuestro?" La historia del asentamiento de las colonias estadounidenses, sugería, constituía "una épica nacional de la más grande escala". Además, los escritores estadounidenses debían buscar más allá de las fronteras de la nación, en México y Centroamérica, donde un "rico yacimiento de mineral literario" estaba sepultado entre los sepulcros y monumentos de sus antiguas civilizaciones.[14]

Para DeLeon Estados Unidos estaba madurando, pasando a una edad viril en un momento en que las vidas de los estadounidenses estaban cambiando dramáticamente de maneras distintas, espoleadas por el surgimiento de un sis-

[13] DeLeon, 1845, p. 25. Más sobre el "nacionalismo orgánico", en Curti, 1926, pp. 34-55 y 1946, pp. 174 y ss.

[14] DeLeon, 1845, p. 24.

tema industrial, los adelantos tecnológicos en comunicaciones y transportes, el crecimiento de las ciudades y un incremento en el flujo de inmigrantes de Europa. Mientras tanto, los estadounidenses estaban realmente desbordando sus fronteras. Un comercio en expansión, el aumento en los viajes posibilitados por el uso del vapor en mar y tierra, y un intensificado interés por las exploraciones, los estaban llevando a lejanos rincones del orbe. Barcos Clíper llevaban y traían bienes entre los puertos de la costa oriental del país y los de China, mientras las grandes y cargadas carretas que se abrían paso hacia el norte de México convertían el sendero Santa Fe en una transitada carretera. Comerciantes de pieles recorrían el norte y centro de las montañas Rocallosas, internándose en California y el noroeste del Pacífico, y un floreciente comercio costero trajo mercaderes de Nueva Inglaterra a las costas californianas. También barcos balleneros de puertos del noreste llevaban la bandera estadounidense hacia los océanos Pacífico e Índico.

Exploraciones financiadas por el gobierno tuvieron conocimiento sobre áreas remotas del mundo y demostraron que la República tenía la voluntad y los recursos para llevar a cabo una vigorosa extensión de su influencia. Las expediciones navales a Oregon, la cuenca del Amazonas, Paraguay, África occidental y Medio Oriente, así como las expediciones terrestres de John C. Fremont, expandieron los horizontes de los estadounidenses, a la vez que despertaron su interés romántico por la naturaleza, el paisaje y los pueblos nativos. El esfuerzo más ambicioso fue la "Expedición Exploradora de Estados Unidos", que partió de este país en 1838 y regresó cuatro años más tarde, después de haber inspeccionado y hecho mapas de la costa oeste de Sudamérica, de California y el Pacífico noroeste, de las islas del suroeste del Pacífico y las aguas de la Antártida. La inmensa colección de especímenes de historia natural recolectados en la expedición se exhibieron en Washington, para luego ser depositados en el nuevo Smithsonian Institution. Los cinco volúmenes de recuentos de la expedición, con prometedoras descripciones de "localidades remotas y por lo tanto sin descubrir [y] razas extrañas y salvajes", se

publicaron en 1845 y fueron ampliamente leídos en los años siguientes.[15]

En ese momento miles de estadounidenses hacían el largo viaje por tierra hacia sus nuevos hogares en los verdes valles occidentales de Oregon, donde inmediatamente exigieron la extensión de las leyes e instituciones estadounidenses. Cientos más iban camino a California. Hacia 1846 la población de Oregon excedía los 9 000, y hasta 500 granjeros habían hecho de California su hogar, y los números seguirían aumentando.

Poco sorprende que Estados Unidos fuera considerado ampliamente como una nación que "va adelante", y a su gente también como un pueblo que "va adelante", y que a la época se le haya llamado la "era del movimiento". A mediados de siglo, Estados Unidos era aún una nación en busca de sí misma, de un papel en un mundo rápidamente cambiante. La "joven América" de Edwin DeLeon y su expresión hermana, el "destino manifiesto" de John L. O'Sullivan, eran manifestaciones populares de tal búsqueda.

En 1845, el año en que tanto DeLeon como O'Sullivan emitieron sus primeros manifiestos, se puso en marcha una iniciativa para definir a la nación cambiándole el nombre. Estados Unidos, simplemente por esa denominación, evocaba una gran entidad amorfa, extensa y llena de variedad. Lo que se necesitaba, se creía, era una fuerte identificación con un lugar, con un rasgo geográfico. A principios del año la Sociedad Histórica de Nueva York designó a tres personas para conformar el Comité del Nombre Nacional, con la tarea de recomendar un nuevo nombre que identificara de manera más precisa al país. "Lo que queremos", declaró el comité, "es un símbolo de nuestra identidad [...] Queremos una contraseña más nacional que la de 'estados'". El comité eligió Allegania, decisión que no satisfizo casi a nadie. Washington Irving, quien lo había sugerido primero, sentía que

[15] Anuncio en *Democratic Review*, XVIII (mayo 1846), página sin número. La autoridad típica respecto a la Expedición Exploradora de Estados Unidos, sus contribuciones científicas y su papel en conseguir respeto hacia Estados Unidos, es STANTON, 1975.

el nombre era adecuado porque no sólo describía un rasgo geográfico importante, sino que era de origen indígena. La palabra, decía, "tiene magia". Algunos estuvieron de acuerdo al señalar que el país estaba endeudado con los Alleghany "por gran parte de su belleza y salud".

La iniciativa, como podría esperarse, inspiró un revuelo de sugerencias, algunas absurdas. Edgar Allan Poe prefería el "sonoro, más líquido" Appalachia al "gutural" Allegania. Otro propuso República de Washington. Un editor de Boston consideró que Yankeedonia o Yankeedum estaría bien. Finalmente, se abandonó la iniciativa por falta de apoyo, y se estuvo de acuerdo en que el nombre Estados Unidos de América, forjado en los hornos de la Revolución por los padres fundadores, se conservara como designación oficial de la nación, y que los términos "América y americanos", aceptados por la mayoría, continuaran refiriéndose al país y a su gente. Esta última nomenclatura ya era de uso común hacia mediados de la década de 1840, no sólo en Estados Unidos, sino también en otros países. "En todo el mundo", destacaba un observador, "se nos llama 'americanos'".[16]

La guerra con México fue la primera gran crisis nacional enfrentada por los estadounidenses durante este periodo de cambio social y económico sin precedentes, e inmediatamente se volvió un elemento significativo en el esfuerzo por definirle un papel a la joven República. Ya sea que se le llame nacionalismo romántico o espíritu de la época, joven América o misión y destino manifiestos, el sentimiento popular fue crítico para el crecimiento y desarrollo del país. Bajo toda la exagerada retórica que generó había ideas sustanciales que ejercieron una profunda y poderosa influencia en la formación de la nación, y éstas proporcionaron el telón de fondo ante el cual se desarrolló el drama de la guerra mexicana.

En 1848, mientras los estadounidenses esperaban noticias de la ratificación mexicana del tratado de paz, se comenzó a pensar en la necesidad de una historia de la

[16] SOMKIN, 1967, pp. 110-111; TUCKERMAN, 1845, pp. 492-494; POE, 1846, p. 312, y *Niles' National Register*, 1, XVIII (12 y 19 abr. 1845), pp. 88 y 99.

guerra. Se advirtió a los aspirantes a escribirla que prestaran la debida atención al espíritu que yacía detrás de los hechos. Los que creían que "los 'hechos' de la historia se dan cuando cada enunciado se emite con precisión", expresó un autor, confunden el carácter de su tarea, pues el "hecho más importante de todos es el sentir que originó el movimiento, y el entusiasmo que lo llevó adelante".[17]

Lo que este escritor llamaba "sentir", y que otros denominaban "espíritu", fue evidente desde el principio de la guerra en la respuesta de los jóvenes estadounidenses al reclutamiento de voluntarios. Muchos de los que respondieron estaban motivados por una sed de aventuras combinada con un sentido del deber patriótico. Se percibían como viajeros, exploradores y pioneros (llamándoselos voluntarios de "adelante"), al abrir una ventana más por la cual los estadounidenses en casa podían ver un clima remoto y exótico, ampliar los horizontes del conocimiento, experimentar una tierra extraña y antigua con la cual antes sólo habían soñado y compartir su fascinación romántica con modos y costumbres ajenos y con una antigüedad que no podían encontrar en su propio país.

El "temerario espíritu de guerra" de los soldados voluntarios despertó la admiración de William Heckling Prescott, historiador de Nueva Inglaterra, que por haber hecho la crónica de la conquista española de México en el siglo XVI muchos creían que sería, por lógica, el historiador de la conquista estadounidense en el siglo XIX. Aunque se oponía a la guerra, Prescott veía en los voluntarios a los "pioneros de la civilización", prueba de la "energía indomable" del pueblo estadounidense. "Seguimos adelante", escribió, en un lenguaje que se hacía eco de aquellos que veían en la guerra una llegada a la edad adulta. "Seguimos adelante como un grande y robusto mocoso que se las arreglará para llegar a ser todo un hombre."[18]

Para Walt Whitman, los estadounidenses que estaban peleando también reflejaban el patriotismo de la gente

[17] Véase *American [Whig] Review*, VII (jun. 1848), p. 653.
[18] WOLCOTT, 1925, pp. 629, 648 y 658.

común del país. Las manifestaciones masivas que en una ciudad tras otra celebraban las victorias en México llevaron a Whitman a declarar que no había "impulso más admirable en el alma humana que el 'patriotismo'". Las grandes reuniones lo convencieron de que la guerra con México era una gran misión democrática. Aunque sostenía que la superioridad militar no era por sí misma señal de grandeza nacional, creía que los triunfos en el campo de batalla elevarían "la 'verdadera' dignidad del pueblo americano" a un punto conmensurable con "una nación tan grande como lo es realmente la nuestra". Como muchos otros, encontraba las raíces del patriotismo en los orígenes revolucionarios de la nación. La revolución estadounidense era continua, sin fin, que exigía vigilancia y sacrificio para que los estadounidenses de mediados de siglo se probaran dignos de su pasado. De manera constante se hacían analogías entre el "espíritu del 76" y el "espíritu del 46", y de la misma manera se aconsejaba a los voluntarios que le mostraran al mundo que el patriotismo de los padres aún podía hallarse en los corazones de los hijos.[19]

La guerra tocó las vidas de los estadounidenses de manera más íntima y con mayor rapidez que cualquier otro acontecimiento hasta entonces. Al coincidir con la "explosión de prensa" de mediados del siglo XIX, de la cual los periódicos baratos fueron sólo una manifestación, la guerra se reportó con más detalle que "cualquier guerra anterior de cualquier parte del mundo". Rápidas imprentas a vapor, técnicas innovadoras en la recolección de noticias, empleo por primera vez de corresponsales de guerra (incluyendo a muchos voluntarios que reportaban la guerra para los periódicos de sus ciudades natales), el uso del nuevo telégrafo magnético y la rápida proliferación de libros y periódicos se combinaron para llevar la guerra a las vidas de las personas en una escala sin precedentes. Los episodios del conflicto, las experiencias de sus combatientes en el campo de batalla y el campamento e incluso las intenciones y sentimientos del enemigo eran "conocidos más a fondo

[19] WHITMAN, 1920, I, pp. 82-85.

por la humanidad que los de cualquier otra guerra que jamás haya ocurrido".[20]

La carrera por proveer al público de crónicas sobre la guerra comenzó tan pronto como aparecieron en la prensa nacional noticias de las primeras batallas en Palo Alto y Resaca de la Palma, y continuó sin interrupción durante casi todo el conflicto. Los escritores estaban impacientes, tambien los editores y, sobre todo, el público lector. En cuanto a los editores, éstos efectuaban carreras contra el tiempo y contra sus competidores para colocar sus historias y biografías ante el público, pues temían que la guerra acabara antes de que pudiesen ser cosechadas las recompensas del espíritu que ésta generaba. Cada soldado, se decía, se sentía historiador de la guerra; algunas de las historias que aparecieron en cuanto comenzó la lucha eran poco más que colecciones de reportes periodísticos. El resultado fue un verdadero "Niágara de libros", obras "efervescentes de emoción", con páginas que "arden por siempre de rojo". Los revisores se quejaban a viva voz de los caudales de literatura que inundaban sus escritorios, y protestaban que apenas podían mantenerse al corriente de la multitud de libros generados por la guerra mexicana. Ninguna conflagración, parecía, jamás había tenido tantos cronistas. La literatura sobre la guerra, se quejaba un oponente, "penetra cada intersticio de la tierra".[21]

Algunos voceros de la joven América, animados por la efusión del material impreso, esperaron que la guerra produjera la gran literatura nacional que sentían le hacía tanta falta al país. La guerra, predijeron, formaría una época distinta en la historia de las letras estadounidenses, pues de la contienda surgirían todos los elementos de romance y drama, de heroísmo, sacrificio y devoción patriótica que necesitarían los escritores durante muchos años. La guerra mexicana, creían, haría por las letras estadounidenses lo que las guerras napoleónicas habían hecho por las inglesas.

[20] MOTT, 1941, pp. 248-249 y *Niles' National Register*, 1, XXIII (25 sep. 1847), p. 53.

[21] FROST, 1848, p. 120; *Literary World*, II (4 sep. 1847), p. 115; *Southern Literary Messenger*, XXI (ene. 1855), p. 1; *Methodist Quarterly Review*, XXX (ene. 1848), pp. 84-85, y LIVERMORE, 1850, pp. 227 y 229.

Entre los primeros en responder al reto estuvieron los poetas nacionales. Sólo un mes después de haber comenzado la guerra, un periódico de Nueva York reportó que una "manía poética" estaba arrasando al país.[22] Era una época de poesía, en que los periódicos presentaban, de manera regular, poemas originales en sus primeras planas y en que casi a diario se anunciaban nuevos libros del género. Algunos aspirantes a Homero al ver en la guerra un conflicto de proporciones épicas se dieron a la tarea de ofrecer a la joven América su propia Ilíada; como William C. Faulkner, un voluntario de Misisipí y bisabuelo del novelista del siglo XX. Tres años después de terminada la guerra Faulkner publicó, a sus propias expensas, su poema épico "El sitio de Monterrey", de 493 estrofas, unos 4000 versos, descrito recientemente por un crítico como "la composición poética más extraña del idioma". Otros, menos ambiciosos, decidieron que no había necesidad de crear otra Ilíada, pues todo el país estaba "involucrado en la actuación de una épica".[23] Más populares eran los poemas inspirados por las batallas, y había tantos titulados "Monterrey" que era difícil distinguirlos, aunque incluso este nombre pronto quedó eclipsado por Buena Vista. Al mismo tiempo, abolicionistas como John Greenleaf Whittier, James Russell Lowell e incluso el mismo William Lloyd Garrison protestaron contra la guerra en forma poética, a veces con buenos efectos.

Aquellos escritores que se han reconocido desde hace tiempo como figuras mayores del asombroso florecimiento de la literatura estadounidense, conocido como "Renacimiento americano", en general guardaron silencio respecto a la guerra. La única contribución de Herman Melville fue una serie de artículos cómicos, sin firma, que satirizaban a Zachary Taylor, y que aparecieron en una revista de humor.[24] La respuesta de Nathaniel Hawthorne a la guerra se publicó cuatro años más tarde, cuando escribió una

[22] *New York Herald* (17 jun. 1846).
[23] ANDERSON, 1970, pp. 36-40 y *Literary World*, II (11 sep. 1847), p. 130.
[24] MANSFIELD (ene. 1938), pp. 411-418.

halagadora biografía del brigadier general y candidato presidencial en 1852, Franklin Pierce.[25] Emerson era ambivalente hacia la guerra, por un lado se le oponía, mientras por el otro expresaba admiración por el pueblo estadounidense que, decía, estaba "abriendo rápido su propio destino". Aunque la rechazaba como medio de expandir la nación, Emerson creía que los estadounidenses, con su civilización superior invadirían "al cabo de los siglos", todo el continente de manera pacífica.[26] Sólo James Fenimore Cooper, entonces en los últimos años de una distinguida y productiva carrera, publicó una novela de la guerra con México: *Jack Tier or, The Florida Reef.* Como fuerte seguidor de la United States Navy, a Cooper le desilusionó que el cuerpo naval no desempeñara un papel más importante en el conflicto. Por lo tanto, lo compensó escribiendo una novela sobre el tema, ambientada en el mar, ficción fantasiosa que tuvo poca repercusión.[27]

Ni con todo el derramamiento de esfuerzos literarios se ajustó la guerra con México a la expectativa de que resultaría de ella una gran literatura nacional. De hecho, muchos dirigentes de la joven América comenzaron a cuestionarse si alguna guerra, si las guerras en general, inspiran verdaderamente el gran esfuerzo literario. Si bien muchas de las producciones —especialmente los romances góticos, baratos y de pastas blandas, ambientados en la guerra, a considerar: con México—, generaron percepciones populares de la guerra, apenas representaron el carácter y determinadas aspiraciones nacionales en las formas que esperaba la joven América.[28]

¿Qué significó el final de la guerra con México para el pueblo estadounidense? Por una parte, como sugirió el *Democratic Review,* manifestaba la "reducción de nuestros enormes gastos por la retirada del ejército, y con ella el

[25] Hawthorne, 1852 y Warner, 1975, pp. 213-220.

[26] Gilman *et al.,* 14 vols., 1960-1978, ix, pp. 74 y 430-431 y Emerson, 1849, pp. 36-50. Véase también J. Q. Anderson, 1959, pp. 191-199.

[27] Cooper, 1896 y Philbrick, 1961, pp. 203-209.

[28] Más sobre la "explosión [de literatura] de pastas blandas" aparece en Johannsen, 1985, pp. 186-194.

cese del excesivo destajo que ha estado ocurriendo durante tanto tiempo". La guerra le había costado a la nación 100 000 000 de dólares; sus demandas habían causado una sangría en especie hacia México, compensado sólo en parte por las exportaciones sin precedentes de granos estadounidenses a Europa. La noticia de la ratificación mexicana del tratado de paz coincidió con una serie de intentos por conseguir en Washington un nuevo préstamo al gobierno, y el efecto de anunciar que la guerra había terminado, se hizo evidente. El préstamo completo fue asumido por bancos estadounidenses y británicos con términos altamente ventajosos para el gobierno. "Capitalistas sagaces como son los grandes banqueros europeos", exclamó el *New York Tribune*, "han de estar convencidos que este gobierno ya no es un experimento, y que sus bonos son tan seguros como los de cualquier endeudado país de Europa".[29]

Ahora, grandes y nuevos territorios se habían vuelto parte de Estados Unidos, aunque algunos estadounidenses sentían que estas áreas —las "impenetrables montañas y estrechos valles secos" de California y Nuevo México "sin caminos, sin árboles [...] y totalmente inhabitable"— resultarían inútiles para el país. Se creía que la mayor parte de la nueva tierra se volvería guarida de salvajes y forajidos, una sangría de los fondos nacionales y una constante amenaza a los asentamientos fronterizos de la nación. México, pensaban algunos, había forzado un arreglo astuto, al deshacerse de su inútil territorio y recibir de Estados Unidos 15 000 000 de dólares por el sacrificio. Un periódico "whig" [republicano] se quejó de que "no se puede alegar seriamente que los lejanos desiertos que México nos concede sean equivalentes al dinero que recibe".[30]

Los estadounidenses rápidamente le asignaron a su triunfo en México un significado que reflejaba el orgullo nacional. El conflicto con México era la primera guerra

[29] *Democratic Review*, XXII (mayo 1848), p. 472; *National Intelligencer* (19 jun. 1848); *Banker's Magazine*, II (mar. 1848), p. 576, y *New York Tribune* (7 mar. 1848).

[30] *New York Tribune* (26 feb. 1848), y *Washington National Intelligencer* (7 jul. 1848).

extranjera del país, peleada en tierra extraña y lejos de los centros de población. La extensa zona cubierta por las campañas militares y el difícil terreno sobre el cual ocurrieron muchas de las batallas, habían implicado serios problemas de provisión, comunicación y transporte. Por primera vez la nación se había visto obligada a reclutar, entrenar y equipar a un gran número de tropas voluntarias, y a desplazarlas rápidamente a las áreas de operación militar. La eficiencia con que se habían resuelto estos problemas parecía demostrar la energía y fuerza de la joven República.

Algunos críticos de la guerra concedían ahora que se había demostrado "que un pueblo [...] dedicado a las artes de la paz, poseedora de instituciones políticas libres, puede vencer a un pueblo militar, gobernado por déspotas militares". La guerra, coincidían muchos, había generado un nuevo respeto hacia la "república modelo" y refutado de manera convincente a aquellos que alegaban que las repúblicas carentes de un poderoso gobierno centralizado no podían sostener exitosamente una guerra extranjera. El lenguaje del desprecio tantas veces pronunciado por los europeos, escribió el acaudalado comerciante republicano y neoyorquino Philip Hone, "ya no se oye; la pequeñas debilidades del hermano Jonathan quedan olvidadas al contemplar su indomable valentía".[31]

Para los jóvenes estadounidenses la guerra con México marcó el avance de la juventud de Estados Unidos a la edad adulta. "El joven gigante del oeste" estaba ahora en "pleno resplandor de una exultante hombría", aunque aún conservaba el entusiasmo, la audacia y el carácter emprendedor de la juventud. La guerra, de acuerdo con el historiador Nathan Covington Brooks, expuso ante el mundo el "poder y energía majestuosos, juvenil frescura de espíritu combinada con vigor viril". Incluso los críticos de la guerra aclamaron la nueva combinación de la hombría con "el ardor y la actividad de la juventud". Éste era un tema que tenía

[31] *[Hunt's] Merchant's Magazine*, XVIII (abr. 1848), p. 463 y NEVINS, 1936, p. 869.

eco en la prensa popular, y como escribiera Cooper, "la nación", había pasado "del cartílago al hueso".[32]

La transición pareció completa cuando a mediados de marzo de 1848, seis semanas después de que se firmara el tratado de paz y a menos de dos, luego de que lo ratificara el senado estadounidense, llegó a Nueva York la noticia de una revolución en Francia, la abdicación de su rey y la proclamación de una república. La noticia conmocionó a todo el país, y en las ciudades se realizaron manifestaciones masivas donde escritores, oradores y políticos tocaron las campanas fúnebres del absolutismo monárquico. Se tocó y cantó *La Marsellesa*, las tiendas desplegaron la bandera tricolor francesa y los hombres portaron gorros frigios.

El papel de Estados Unidos era inconfundible. "Esta república", declaró el *New York Herald*, "es el modelo y ejemplo de los revolucionarios de Francia y de toda Europa". Recién acabada la victoriosa guerra con México, comentaba otro periódico, "poseemos uno de los caracteres más elevados del mundo en este momento". El nuevo prestigio y respeto ganados con la guerra habían impulsado a Estados Unidos hacia una posición de liderazgo en "la historia de la civilización y de la raza humana". Se aseguraba que la revolución francesa era una consecuencia inesperada de la guerra con México. A George Wilkins Kendall, corresponsal en México durante la guerra y ahora transmisor desde París de comunicados para su periódico, le parecía especialmente apropiado que el aniversario de la batalla de Palo Alto se celebrara en la capital francesa.[33]

El 4 de julio de 1848 llegó a la Casa Blanca la muy esperada ratificación del tratado por parte del Congreso mexicano, el mismo día en que, por festejarse la independencia estadounidense, se inscribió la dedicatoria en la piedra angular del monumento a Washington —una auspiciosa coincidencia. El discurso de la dedicatoria lo pronunció Robert C. Winthrop, dirigente del Partido Republicano,

[32] DeLeon, 1845, p. 25; Brooks, 1849, p. 539, y Cooper, 1848, pp. vii-viii.

[33] *New York Herald* (19, 20, 21, 25 y 30 mar. y 11 abr. 1848) y *Littell's Living Age*, xviii (29 jul. 1848), p. 238.

senador por el estado de Massachusetts y vocero de la Cámara de Representantes. Aquel día, indicó, no sólo se conmemoraba el logro de la independencia estadounidense, también se marcaba "la época precisa en la cual hemos llegado a la historia mundial". Se acababa de ganar una guerra contra un enemigo extranjero, y se rendía tributo a "los veteranos de la línea y a los voluntarios" que estaban ante él. Winthrop mencionó las revoluciones que en ese momento sacudían a Europa, levantamientos populares en los cuales podían verse la "influencia de nuestras propias instituciones" y los "resultados de nuestro propio ejemplo. Las grandes doctrinas de nuestra propia revolución", dijo, "se proclaman tan enfáticamente hoy en París, como se proclamaron hace hoy setenta y dos años en Filadelfia".

Finalmente, Winthrop invocó el lenguaje de la joven América. La "gran locomotora de construcción estadounidense, 'Liberty'", declaró, "aún sigue su camino, sobre las vías de la libertad humana, sin obstáculos e intacta; juntando fuerzas a medida que avanza; desarrollando nuevas energías para cumplir con nuevas exigencias", a una velocidad que "no conoce paralelo".[34]

Traducción de Lucrecia Orensanz

REFERENCIAS

Alison, Archibald

1848 *History of Europe from the Commencement of the French Revolution... to the Restoration of the Bourbons.* Edimburgo y Londres: Blackwood.

Anderson, Hilton

1970 "Colonel Falkner's Preface to the *Siege of Monterrey*", en *Notes on Mississippi Writers,* t. III (primavera), pp. 36-40.

[34] Winthrop, 1876, pp. 9-28.

ANDERSON, John Q.

1959 "Emerson on Texas and the Mexican War", en *Western Humanities Review*, t. XIII (primavera), pp. 191-199.

BANCROFT, George

1855 "The Office of the People in Art, Government and Religion", en *Literary and Historical Miscellanies*, pp. 408-435.

BLAU, Joseph L. (comp.)

1954 *Social Theories of Jacksonian Democracy, Representative Writings of the Period 1825-1850.* Indianapolis: Bobbs-Merrill, «American Heritage Series».

BROOKS, Nathan C.

1849 *A Complete History of the Mexican War. Its Causes, Conduct, and Consecuences. Comprising and Account of the Various Military and Naval Operations, from its Commencement to the Treaty of Peace.* Filadelfia: Girigg, Elliot and Co.

COOPER, James Fenimore

1848 "Introducción", en *The Spy: A Tale of the Neutral Ground.* Nueva York: Hafner, pp. vii-viii.

1896 *Jack Tier, or, The Florida Reef.* Mohawk ed. Nueva York: Burgess Stranger.

CURTI, Merl Eugene

1926 "Young America", en *American Historical Review*, XXXII (oct.), pp. 34-55.

1946 *The Roots of American Loyalty.* Nueva York: Columbia University Press.

DELEON, Edwin

1845 *The Position and Duties of "Young American", An Address Delivered before the Two Literary Societies of the South Carolina College, December, 1845.* Columbia, Carolina del Sur.

DONIPHAN, Alexander

1848 *Addresses... before the Officers and Cadets of the United States Military Academy.* Nueva York.

DOUGLAS, Stephen A.

1853 *Congressional Globe, Congreso 32,* 2da. sesión, apéndice.

EMERSON, Ralph Waldo

1844 "The Young American", en *Dial*, IV (abr.), pp. 484-507.

1846 "America in 1846. The Past-The Future", en *Democratic Review*, XVIII (ene.), pp. 57-64.

1849 "War", en PEABODY, pp. 36-50.

1988 "The Young American", en JOHANNSEN, p. 7.

1989 "The Young American", en JOHANNSEN.

FISHER, Richard Swainson

1850 *Colton's Atlas of the World.* Nueva York: Johnson and Ward. 2 vols.

FROST, John

1848 *The Mexican War and its Warriors Compromising; a Complete History of all the Operations of the American Armies in Mexico.* New Haven: Manfield.

GILMAN, William H. *et al.*

1960-1978 *Journals of Ralph Waldo Emerson,* 14 vols. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.

GREELEY, Horace

1848 "The Age We Live In", en *Nineteenth Century,* I, p. 54.

HAWTHORNE, Nathaniel

1852 *Life ofFranklin Pierce.* Boston: Tichnor, Reed and Fields.

JOHANNSEN, Robert Walter

1985 *To the Halls of the Montezumas: The Mexican War in the American Imagination.* Nueva York: Oxford University.

1989 "Stephen A. Douglas and the American Mission", en *The Frontier, The Union, and Stephen A. Douglas.* Urbana: University of Illinois Press, p. 92.

JOHANNSEN Robert W. (comp.)

1988 *Democracy on Trial.* Urbana: University of Illinois Press.

LIVERMORE, Abiel Abbot

1850 *The War with Mexico Reviewed.* Boston: American Peace Society.

MACKAY, Alexander

1849 *The Western World; or Travels in the United States in 1846-47.* Londres: Philadelphia, Lea and Blanchard, vol. 1.

MANSFIELD, Luther Stearns

1938 "Melville's Comic Articles on Zachary Taylor", en

American Literature, IX (ene.), pp. 411-418.

MOTT, Frank Luther (coord.)

1941 *American Journalism: A History of Newspapers in the United States Through 250 Years, 1690-1940.* Nueva York: Macmillan.

NEVINS, Allan (coord.)

1936 *The Diary of Philip Hone, 1828-1851.* Nueva York: Dodd, Mead and Co.

O'SULLIVAN, John L.

1839 "The Great Nation of Futurity", en *Democratic Review*, VI (nov.), pp. 426-430.

1845 "Annexation", en *Democratic Review*, XVII (jul.-ago.), p. 5.

PEABODY, Elizabeth Palmer (comp.)

1849 *Aesthetic Papers.* Boston, Nueva York: G. P. Putnam.

PHILBRICK, Thomas

1961 *James Fenimore Cooper and the Development of American Sea Fiction.* Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.

POE, Edgar Allan

1846 *Graham's Magazine*, XXIX (dic.), p. 312.

POLK, James W.

1897 "Inaugural Address, March 4, 1845", en RICHARDSON, IV, pp. 373-382.

RICHARDSON, James D. (comp.)

1897 *Compilation of the Messages and Papers of the Presidents, 1789-1897.* Washington: Madison, 10 vols.

SOMKIN, Fred

1967 *Unquiet Eagle: Memory and Desire in the Idea of American Freedom, 1815-1860.* Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.

STAFFORD, John

1847 "Nationality in Literature", en *Democratic Review*, XX (mar.), pp. 264-272.

1847a "Nationality in Literature", en *Democratic Review*, XX (abr.), pp. 316-320.

1952 *The Literary Criticism of "Young America": A Study in the*

Relationship of Politics and Literature, 1837-1850. Berkeley: University of California Press.

STANTON, William Ragan

1975 *The Great United States Exploring Expedition of 1838-1842.* Berkeley: University of California Press.

TUCKERMAN, Henry T.

1845 "Alleghan, or Alleghanian America", en *Democratic Review,* XVI (mayo), pp. 492-494.

WARNER, Lee H.

1975 "With Pierce, and Hawthorne, in Mexico", en *Essex Institute Historical Collections,* t. CXI (jul.), pp. 213-220.

WHITMAN, Walt

1920 *The Gathering of the Forces* (editado por Cleveland Rodgers y John Black, 2 vols., Nueva York, 1920), I, pp. 32-33 y 46-47.

WINTHROP, Robert C.

1876 "National Monument to Washington. An Oration Delivered at the Seat of Government, on the Occasion of Laying the Corner-Stone of the National Monument to Washington, July 4, 1848", en *Washington, Bowdoin, and Franklin as Portrayed in Occasional Addresses.* Boston, pp. 9-28.

WOLCOTT, Roger (comp.)

1925 *The Correspondence of William Heckling Prescott, 1833-1847.* Boston y Nueva York: Houghton Miffin.

EL ORIGEN DE LA GUERRA CON ESTADOS UNIDOS*

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

A CIENTO CINCUENTA AÑOS DE DISTANCIA, los mexicanos mantenemos el desagrado por la guerra entre México y Estados Unidos, y la convicción de que en la conciencia histórica estadounidense ésta ha quedado siempre relegada, según parece, por la sombra de su guerra civil. No obstante, sus historiadores han perdido la actitud cínica de un Justin Smith o un Samuel Bemis y han aparecido algunos buenos libros como los de David Pletcher, *The Diplomacy of Annexation. Texas, Oregon and the Mexican War*; Robert W. Johannsen, *To the Halls of Montezumas: The Mexican War in the American Imagination*, y John S. D. Eisenhower, *So Far from God. The US War with México, 1846-1848.*[1] Sin embargo, queda pendiente anular la denominación de "Mexican War" que subsiste como recuerdo de la injusta acusación de atribuir a México la culpabilidad de la guerra.

La historiografía estadounidense ha dilucidado todos los aspectos de éste: sus batallas, estrategia, armas, muertes, deserciones, procedencia de los soldados, financiamiento, disidencias regionales, etc. La mexicana ha preferido dejar en el olvido no sólo la guerra, sino toda esa ingrata etapa

* Una versión de este trabajo fue presentado como ponencia en el Simposium US Mexican War y Fourth Annual Palo Alto Conference, organizada y patrocinada por la Universidad de Texas en Arlington, octubre 25-26, 1996.

[1] PLETCHER, 1973; JOHANNSEN, 1985, y EISENHOWER, 1990.

de la vida nacional que va de la independencia al fin de la guerra. De esa manera, dos temas del suceso siguen siendo muy discutibles: las causas y el escenario político mexicanos.

De manera general hoy se acepta que la causa principal de la guerra fue el expansionismo estadounidense, aunque varían las interpretaciones sobre sus detonantes. Las revisiones superficiales de la guerra todavía mencionan justificaciones contemporáneas al suceso: la "necesidad" estadounidense de evitar que Gran Bretaña se apoderara de California, el "belicismo" mexicano y la torpeza del gobierno mexicano de negarse a vender un territorio que de todas formas iba a perder. Sin embargo, el aspecto más desconocido y peor representado es el de la compleja situación mexicana y un excelente historiador como David Pletcher la resume en una insensible caricatura:

> Mexico was a sick country, with the national equivalent of dropsy, intermittent fever, an creeping paralysis. In the cruel world of nineteenth-century *Machtpolitik** her ilness inspired in her ambitious neighbor more cupidity than sympathy".[2]

El párrafo es indigno de una profesión cuya meta es comprender y pasa por alto que las ambiciones sobre el territorio se iniciaron mucho antes, cuando la Nueva España era próspera y aún no la afectaban las divisiones y la bancarrota que le heredarían las infortunadas guerras de su metrópoli, la sangrienta lucha por la independencia y las amenazas desde el exterior. Por estudios clásicos como el de Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History*, sabemos de la temprana expresión del expansionismo que afectó a todas las regiones de Estados Unidos y que abarcaba a todas sus áreas, con el límite conveniente de "the color line of the Rio Grande".[3]

Los historiadores mexicanos han visto siempre en el expansionismo el origen de la guerra, con la independencia

* Las cursivas son de la autora.

[2] Pletcher, 1973, p. 31.

[3] Merck, 1963, pp. 9-15.

y anexión de Texas como causa inmediata y la infiltración estadounidense en California como agravante. Por eso, durante 1846 los mexicanos continuaron refiriéndose a "la guerra de Texas" y, según parece, no fue sino hasta que tuvo lugar el desembarco de Winfield Scott en Veracruz, que empezaron a denominarla "la intervención estadounidense". Desde la publicación de los *Apuntes para la guerra entre México y los Estados Unidos (1848)*, para los mexicanos los orígenes de ésta no encerraron misterio, "bastaría decir que la ha ocasionado la ambición insaciable de los Estados Unidos, favorecida por nuestra debilidad".[4]

Hoy, nuestros conocimientos históricos nos permiten ver el fenómeno en el amplio contexto de la historia universal, cuyos sucesos favorecieron la aparición de Estados Unidos y de Brasil, pero no de sus otros vecinos del sur.

La independencia de las trece colonias y la del reino de la Nueva España, y del resto de Hispanoamérica, resultó de la guerra europea de los siete años y de la bancarrota que produjera en los países involucrados. Para resolverla, Gran Bretaña y España reorganizaron sus gobiernos y establecieron nuevas cargas fiscales a sus colonias, lo que fomentó un gran malestar entre sus habitantes. Mas, la Nueva España, el reino más importante del imperio español, estaba en su momento de mayor prosperidad y con estrechas conexiones con la metrópoli, lo que retardó el rompimiento.

Los antecedentes de las dos repúblicas influyeron en su desarrollo como países independientes. Las trece colonias inglesas fueron colonizadas en el siglo XVII, en plena modernidad, mientras que las del sur resultaron de la conquista, a principios del siglo XVI, es decir, al inicio de la era moderna, todavía con rasgos medievales. Esto no impidió que la Nueva España se convirtiera en un reino rico, próspero e ilustrado, que en el siglo XVIII contrastaba con el provincialismo de las otras trece colonias británicas.

Éstas no sólo se establecieron al tiempo de la revolución puritana inglesa, sino antes de la organización del imperio británico, cuando eran más valoradas las exitosas "West

[4] *Apuntes*, 1991, p. 40.

Indies", lo que se tradujo en cierta autonomía que permitiría que los colonos adquirieran experiencia gubernamental. Además, la aparición de Estados Unidos como nación independiente estuvo favorecida por diversas circunstancias que, en cambio, se conjugaron para dificultar la de su vecina. En el contexto del Siglo de las Luces, anterior a los excesos de la revolución francesa, la lucha de los angloamericanos por una independencia en defensa de sus libertades, derecho a la representación y resistencia a la tiranía, despertó simpatías. A esto se sumó la posibilidad de que Francia y España, deseosas de desquite contra Gran Bretaña por la derrota que ésta les había infligido, se convirtieran en aliadas. Así, los sectores priviligiados angloamericanos pudieron movilizar a una sociedad que no carecía de los contrastes de la conquistada América hispánica —aunque estaba corroída por la esclavitud. La lucha independentista estuvo favorecida por la división política y el aislamiento diplomático británico, y fue corta y poco sangrienta. Por ende, antes de consumar su independencia, el nuevo país había sido reconocido por Francia (1778) y Holanda (1780), y para 1783 por su propia metrópoli en la firma de la paz, lo que les permitió entrar con plenos derechos al concierto de las naciones.

Todavía Estados Unidos contó con otras bendiciones: el mismo año que consolidaba su organización política al aprobarse la Constitución en 1789, estallaba la revolución francesa que iba a desencadenar un cuarto de siglo de guerras europeas. En ese marco, la nueva nación pudo ampliar su comercio bajo la bandera de la neutralidad, absorber emigrantes y experimentar su sistema político sin interferencia europea, lo que aseguró el aumento constante de su población y economía.

La Nueva España no iba a tener igual suerte. La modernización del imperio español y la profesionalización de su aparato administrativo rompió las estructuras desarrolladas en la colonia y dividió a lo más selecto y a la burocracia colonial en vísperas de la profunda crisis que enfrentaría el imperio al quedar acéfalo en 1808. Las reformas españolas aumentaron la captación hacendística, que el gobierno me-

tropolitano extrajo en forma constante para sostener sus guerras europeas. Para 1800 la Nueva España estaba descapitalizada y en bancarrota, y aun antes de iniciar su lucha independentista era blanco de la ambición de los poderes comerciales, pues su plata era indispensable para las guerras y el comercio, y primordial tanto para Gran Bretaña como para Francia y España.

Una Nueva España endeudada, descapitalizada, con una minoría fragmentada y la población pauperizada por el incremento de cargas fiscales y una larga sequía, sufrió la prolongada y sangrienta lucha por la independencia en la que no contó con aliados, ni siquiera Estados Unidos del cual esperaba solidaridad por su procedencia colonial. Después de once años de conflictos, México entró a la vida independiente desangrada y con una economía arruinada. Bancarrota, descapitalización e inexperiencia política eran bases endebles para construir un Estado sobre un territorio inmenso, sin comunicaciones efectivas y con una población heterogénea y mal distribuida.

El marco internacional tampoco le fue propicio, pues una Europa en paz, temerosa del liberalismo que permeaba los movimientos independentistas y afectada de legitimismo, hizo difícil su reconocimiento. La metrópoli, sin resignarse a perder su ex colonia, no sólo se lo negó —el que fue otorgado en 1836—, sino que, fortalecida por la Santa Alianza, la amenazó de reconquista, obligándola a endeudarse para defenderse. Gran Bretaña, tan interesada en su plata y su mercado, tardó en romper sus compromisos con la Santa Alianza.

De esa manera, para 1821, mientras la economía y la población de Estados Unidos habían crecido gracias a cuatro décadas de gobierno estable, dominado por una minoría ilustrada, México había perdido su antiguo dinamismo. La división social era profunda, la población se había reducido con la pérdida de unas 600 000 vidas —la mitad de la fuerza de trabajo— y la lucha había fragmentado las redes administrativas y económicas. La grandeza novohispana del siglo XVIII heredaría gran vulnerabilidad a la nueva nación, al despertar ambiciones europeas y estadounidenses, tanto

es así que México se convirtió en el país más amenazado del continente durante gran parte del siglo XIX. Todo se asoció para obstaculizar su recuperación y la consolidación de un gobierno estable.

Así, si en 1804 los dos países tenían un territorio y una población semejantes, para 1821 empezaba a notarse una asimetría que para la década de 1840 se había ampliado: el país del norte tenía ya casi 20 000 000 de habitantes y México apenas comenzaba a recuperarse de las pérdidas sufridas y contaba con poco más de 7 000 000.

Para el México que inauguró su vida independiente en 1821, el éxito del sistema político estadounidense convirtió a Estados Unidos en el modelo a imitar, sin que por otro lado dejara de representar también una amenaza. Con el ejemplo del norte, que hubiera hecho menos brusca la transición, la opción republicana derrotó a la monárquica. México confió entonces en que la colonización sería la respuesta y la convirtió en una utopía para conquistar la prosperidad, concediendo mejores condiciones que las del gobierno estadounidense. Por eso el fracaso de Texas fue tan doloroso para México que hubo de cobrar conciencia ante la tangible amenaza estadounidense.

Era natural que la cuestión de Texas afectara las relaciones entre México y Estados Unidos. La dudosa neutralidad del presidente Andrew Jackson permitió la libre entrada de una avalancha de voluntarios estadounidenses y de armas a Texas, acompañada de la movilización de tropas al mando del general E. P. Gaines hacia la frontera del río Sabinas para evitar que indios, texanos y mexicanos "violaran territorio estadounidense", y con autorización para adentrarse hasta Nacogdoches en caso de necesidad. Ante la falta de respuesta a sus protestas, el ministro mexicano en Washington, Manuel Eduardo de Gorostiza, pidió sus credenciales y regresó a México.[5]

Puesto que la rebelión de Texas, eliminaba de la agenda estadounidense la compra de esa provincia, que había monopolizado las normas de la diplomacia hacia México,

[5] *Don Manuel Eduardo de Gorostiza y la cuestión de Texas,* 1924, pp. 51-59.

las instrucciones al nuevo ministro Powathan Ellis,[6] que había llegado en abril de 1836, se centraban en presionar el pago de las reclamaciones contra el gobierno mexicano. La estrategia del presidente Jackson estaba destinada a debilitar la posición mexicana en el momento en que se emprendía la expedición para someter a los texanos.

Las reclamaciones estadounidenses eran una maraña de casos que afectaban diversos órdenes y autoridades locales y nacionales y se remontaban a la época colonial y la lucha independentista, y en su mayoría eran inaceptables o exageradas.[7] Muchas se relacionaban con las áreas comercial y fiscal: préstamos forzosos, doble cobro de impuestos, daños en propiedad durante disturbios y una pequeña parte se refería al ejercicio de la justicia: acusaciones de concubinato, asesinato, participación en invasiones o introducción de efectos no prohibidos expresamente, como la detención de una nave cargada de falsa moneda de cobre. Las más indignantes para el gobierno y el público mexicanos eran las reclamaciones originadas en intentos filibusteros que se volverían rutinarias, tanto que en 1840 varios estadounidenses e ingleses en California, arrestados por conspiración, al ser liberados en San Blas, presentaron increíbles reclamaciones por pérdidas y daños.[8]

Como el ministro Anthony Butler había acumulado sin discriminación alguna las reclamaciones, no era fácil su solución inmediata. No obstante, Ellis exigió reparación inmediata e insistió con su gobierno en tomar medidas enérgicas[9] y, después de la noticia de la derrota de San Jacinto, el secretario de Estado John Forsyth le ordenó insistir con firmeza, pero concediendo una prórroga antes de pedir sus credenciales de no obtener una respuesta favorable.[10] A pesar de la actitud conciliadora del ministro Luis

[6] Forsyth a Ellis, enero 29, 1836, en MANNING, 1937, vol. VIII, México, 1831-1848, p. 38, véase cita.

[7] Ashburham a Palmerston (26 jul. 1837), PRO FO 50, 107 y 141-144, consideraba que la mayoría eran insostenibles.

[8] Pakenham a Palmerston (5 jul. 1840), PRO FO 50, 95-102 y 136.

[9] RIVES, 1913, pp. 420-423.

[10] CALLAHAN, 1932, pp. 92-95 y RIVES, 1913, pp. 424-425.

G. Cuevas, Ellis se mostró provocador[11] y cuando se le pidieron detalles sobre algunos casos, en diciembre solicitó sus pasaportes y se marchó. De esta manera, las relaciones quedaron rotas y aunque Jackson no se atrevió de inmediato a anexar Texas, antes de abandonar la presidencia el 7 de marzo de 1837, extendió el reconocimiento a la República de Texas.

La depresión económica que enfrentó Estados Unidos, inclinó al gobierno de Van Buren a aceptar la oferta mexicana de someter las reclamaciones a arbitraje internacional. Fue complicado negociar criterios y condiciones del arbitraje, pero en 1839 se acordó que el tribunal sería constituido por dos mexicanos, dos estadounidenses y un representante del rey de Prusia. Éste después de revisar las reclamaciones estadounidenses que ascendían a 7 585 114 pesos, las redujo a 2 016 139.[12] El gobierno estadounidense se negó a incluir las reclamaciones mexicanas, por su "carácter nacional", lo que dio inicio a esta injusta práctica. Al concluir el arreglo de la primera Convención en 1842, ya había otras nuevas reclamaciones,[13] aunque el ministro Waddy Thompson advertía que algunas se consideraban dudosas y una de ellas tan exagerada,[14] que era ridículo sostenerla. La nueva Convención se firmó en 1843 y México empezó a pagar, aunque no sin retrasos, dada su delicada situación económica.

Para los mexicanos el asunto que interfería en sus relaciones con Estados Unidos seguía siendo Texas, que estaba en la agenda de los expansionistas. La presión diplomática

[11] Ashburham a Palmerston (2 jun. 1837), PRO FO 50, 106 y 228-230.

[12] ARRANGÓIZ, 1974, p. 308.

[13] Waddy Thompson a Daniel Webster, Mexico, agosto 16, 1842, en MANNING, 1937, vol. VIII, pp. 512-513.

[14] Waddy Thompson a Daniel Webster, Mexico, noviembre 30, 1842, en MANNING, 1937, vol. VIII, pp. 523-524: "The three first are all of retty much the same character —as to any negotiation as to them I have to observe that I have *none of the data upon which to enter into their discussion, except the assetions of the parties* [...] As to the 4th the claim of Mr. Parrott, it may be and no doubt is just to some extent, but I cannot forbear to say, *that it is exaggerated to a disgusting degree.* To assert such a claim would subject both me and my Government to ridicule if nothing worse.

británica y las condiciones económicas del país convencieron a la mayoría de los políticos mexicanos sobre la conveniencia de extender el reconocimiento de Texas, "para evitar males mayores". Pero las continuas incursiones texanas y la impopularidad de ceder a las pretensiones de los "ingratos texanos", permitió que las facciones convirtieran en intocable el asunto. No obstante, a principios de 1840, a la llegada de uno de los agentes texanos, el ministro Juan de Dios Cañedo decidió poner el problema a discusión del Consejo de Gobierno, que nombró una comisión, encabezada por Lucas Alamán para dictaminar. Alamán elaboró un ponderado documento en el que señalaba los males que conllevaba el reconocimiento:

> No se ocultan a la comisión todos los inconvenientes que van a resultar [...] del reconocimiento de Tejas [...] La frontera va a quedar más inmediata al centro de la República, y con esto van a facilitarse mucho los medios de hacer contrabando; va a perderse la más directa comunicación con el golfo de México de varios departamentos del Norte y, lo que es peor que todo, va a darse un ejemplo funesto a otros departamentos de la República, y a abrirse más y más la puerta a las empresas del genio invasor e insaciable de la raza anglosajona que no disimula su objeto de irse estendiendo ilimitadamente en todo el continente de la América Septentrional.

A pesar de esos problemas, la comisión concluyó que una guerra no los evitaría, por lo que era sano que el Consejo deliberara acerca de los puntos siguientes:

> 1o. Se entrará en la negociación propuesta por el gobierno inglés, y por su mediación, teniendo en base el reconocimiento de Tejas.
>
> 2o. Las condiciones de esta negociación serán. 1o. El establecimiento de los límites de la nueva República. 2o. Que ésta haya de conservar su independencia, sin poderse unir nunca a otra potencia. 3o. Que dará una indemnización pecuniaria, y reconocerá una parte que se convenga de la deuda extranjera. 4o. Se establecerá también una indemnización en favor de los mexicanos que poseían tierras en aquel país. 5o. Se establecerán también condiciones que ten-

gan por objeto el impedir las irrupciones de los indios bárbaros al territorio mexicano. 6o. Si fuere posible, se tratará de obtener que todas estas estipulaciones sean bajo la garantía de la Inglaterra.[15]

Por desgracia para el país, el ex ministro mexicano en Estados Unidos, Gorostiza, influyó para que la votación fuera negativa y se transfiriera la decisión al Congreso. Filtrado el rumor a la prensa, el escándalo neutralizó toda posibilidad de acción. El ministro británico Richard Pakenham comentó que el temor a la impopularidad del reconocimiento, la pretensión texana en la frontera del río Grande, obstaculizaba todo arreglo.[16]

Gran Bretaña reconoció a la República de Texas en 1840, con lo que se incrementó su insistencia ante el gobierno mexicano para pactar con éste. Tanto Francia como Gran Bretaña deseaban detener un expansionismo estadounidense que atentaba contra el equilibrio de poderes en el Nuevo Mundo e insistieron en este reconocimiento. En el Confidential Memorandum for the "Consideration of the Mexican Government", en 1841, el Conde de Aberdeen ya ofrecía la garantía de la frontera.[17] La Foreign Office empezó a advertir al gobierno mexicano que su ter-

[15] ALAMÁN, 1945, t. x, pp. 545-552.

[16] Pakenham a Palmerston, abril 28, 1840, PRO FO 50 y 134, pp. 148-152. Charles O'Gorman insistía desde 1836 que la frontera del río Grande que "it would embrace a large extent territory *no before belonging to Texas*". O'Gorman a Palmerson, junio 21, 1836, PRO FO 50, 101 y 218. El agente británico, Charles Elliot opinaba en 1842: "It does not seem possible that the Mexicans will be brought to admit the actual Texian demarcation of the Western frontier and *I certainly have never discovered upon what former territory division, the pretension to the line of the Rio Grande is founded*. What has been said about national geographical limits might equally be said of the line of the Pacific. In peace sake perhaps this government would excercise a sound judgement in abandoning any pretensions to the County West of the "Nueces". Elliot a Aberdeen, Galveston, septiembre 15, 1842, *Earl of Aberdeen Papers*, Biblioteca Británica, t. LXXXVIII, p. 31.

[17] Confidential Memorandum, mayo 11, 1841, PRO FO 50, 145 y 187-189.

quedad ponía en peligro otras regiones, en especial a California, donde la infiltración estadounidense hacía temer que la mecánica texana se repitiera. Sin embargo, no era fácil superar los problemas que planteaban los texanos al exigir una frontera injusta, al grado de reclamar Nuevo México como parte de Texas. Aunque el convencimiento general era que la provincia se había perdido, era difícil admitir las solicitudes texanas presentadas a través de los británicos, cuando éstas iban acompañadas de amenazas marítimas en los puertos del Golfo e intentos de conquista de Nuevo México.

Con el incremento de la retórica expansionista en las declaraciones de los políticos y la prensa estadounidense, que fue reproducida por la mexicana, el problema cobró difusión. Los mismos planes políticos se convirtieron en eficientes vehículos de información sobre el tema y la noticia del peligro del norte llegó hasta las regiones más remotas. La conciencia popular mexicana registró de esa forma cada insulto que el país recibía de texanos y estadounidenses, hecho que limitó la posibilidad de maniobra de sus diversos gobiernos para resolver el problema.

En 1842, durante su segunda presidencia, Houston decidido a lograr la anexión, cambió su estrategia y solicitó un armisticio por mediación británica. El mensaje no llegó a transmitirse, pero sirvió para que el Conde de Aberdeen concibiera un "utópico" plan de una triple mediación: Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos para inducir a México a extender el reconocimiento. Más tarde, al darse cabal cuenta de la agresividad de Estados Unidos, Aberdeen afinó su proyecto ofreciendo una garantía franco-británica.[18] López de Santa Anna nunca llegó a cobrar conciencia de la dimensión del problema de Texas y desaprovechó esta oportunidad que tal vez hubiera asegurado el apoyo británico.[19] En cambio, asediado por los problemas inte-

[18] Aberdeen a Pakenham (1º jul. 1842), PRO FO 50, 58-66 y 152 y Memorándum, 26 de abril de 1842, *Papers of Robert Peel*, Biblioteca Británica, t. CCXXII, pp. 121-125.

[19] El Conde de Aberdeen que venía preparando una garantía francobritánica para la frontera mexicana a cambio del reconocimiento de

riores, aceptó un armisticio solicitado nuevamente por Houston para dar tiempo a concertar las condiciones de la anexión. Aunque éste llegó a firmarse no tuvo vigencia, pues en cuanto Houston aseguró sus exigencias con el secretario de Estado John C. Calhoun, dejó de preocuparse por una guerra con México.[20]

En noviembre de 1844, bajo presión británica y un mes antes de ser destituido, López de Santa Anna había aceptado fijar las condiciones del reconocimiento a Texas,[21] las que sirvieron para que el ministro británico Charles Bankhead instara al gobierno de José Joaquín de Herrera a aceptar su negociación. En mayo de 1845, el documento fue llevado por el agente británico en Texas en un barco francés, pero era totalmente extemporáneo, y en julio de ese año una convención texana aprobaba la incorporación de la república a la Unión.

En tanto, Polk tomaba medidas tendientes no sólo a asegurar la anexión y seguridad de Texas, sino para provocar la guerra entre ésta y México. Su agente Robert F. Stockton se trasladó al nuevo estado para estudiar la forma de suscitarla, de manera que Estados Unidos tuviera que intervenir.[22] La retórica clamaba por "resistir la invasión" para disfrazar las órdenes giradas a los departamentos de Guerra y Marina. Mientras la convención tenía lugar en Texas para aprobar la anexión, el ministro de Marina, George Bancroft llamaba la atención al comodoro John D. Sloat, comandante de las fuerzas navales en el Pacífico, sobre las relaciones entre México y Estados Unidos:

> The Mexican ports on the Pacific, are said to be open and defenseless. If you ascertain with certainty that Mexico has

---

Texas, comprometida esta última a no anexarse a otro país, se entrevistó con el ministro mexicano en Londres el 29 de mayo de 1844 y unos días después propuso un plan semejante al ministro texano. Aberdeen a Bankhead, junio 3, 1844, PRO FO 33-36, 50 y 172, y Memorándum, mayo 31, 1844, PRO FO 21-25, 50 y 180.

[20] RIVES, 1913, t. II, pp. 596-597.

[21] VÁZQUEZ, 1987, pp. 553-562.

[22] PRICE, 1967.

> declared war against the United States, you will at once possess yourself of the port of San Francisco, and blockade or occupy such other ports as your force may permit.[23]

Al comodoro Conner, situado en Penzacola, se le ordenaba hacer frente a los puertos mexicanos como una muestra de su fuerza, "perhaps the largest fleet that ever sailed under the American flag" y, en caso de guerra, tomar posesión de Tampico y, si era posible de San Juan de Ulúa. Zachary Taylor recibió órdenes de marchar hacia el sur, auxiliado por el capitán Stockton en el traslado de las tropas.[24] Buchanan escribió también a Larkin, el cónsul en el puerto de Monterrey, que no creía que hubiera guerra porque se esperaba comprar el territorio, pero le fijaba líneas de conducta:

> On all proper occasions you should not fail prudently to warn the Government and people of California of the danger of such interference [of Europeans powers] to their peace and prosperity; to inspire them with a jealousy of European dominion, and to arouse in their bosoms that love of liberty and independence so natural to the American Continent [...] Whilst the President will make no effort and use no influence to induce California to become one of the free and independent States of this Union, yet if the people should desire to unite their destiny with ours, they would be received as brethren, whenever this can be done without affording Mexico just cause of complain.[25]

Por su parte el ministro de Relaciones mexicano, Luis G. Cuevas, al recibir la noticia oficial de la resolución conjunta del Congreso sobre la anexión de Texas consideró rotas las relaciones, tal y como el ministro José María Bocanegra lo había advertido en mayo de 1844,[26] comunicándolo al representante de Estados Unidos.[27] Los estadouniden-

[23] RIVES, 1913, t. II, p. 165.
[24] RIVES, 1913, t. II, pp. 164-165.
[25] RIVES, 1913, t. II, p. 167.
[26] Bocanegra a Almonte, mayo 10 y 30, 1844, en PLETCHER, 1973, p. 154.
[27] Cuevas a Shannon (2 abr. 1845), PRO FO 6-7, 50 y 185.

ses respondieron con el envío de un agente confidencial, William Parrot, para entrevistarse con las autoridades de México y comunicar que:

> [...] the admission of Texas as one of the states of this Union, having received the sanction both of the legislative and executive departments of the government is now *irrevocably* decided, so far as the United States are concerned [...] The president nevertheless sincerely regrets that the government of Mexico should have taken offense at these proceedings, and he earnestly trust that it may disposed to view them in a more favorable an friendly light.[28]

El agente no logró acercarse a las autoridades, por lo que pidió al cónsul considerar si el gobierno mexicano recibiría a un comisionado. El ministro de Relaciones Exteriores, asumiendo que éste vendría a negociar el restablecimiento del intercambio entre los dos países, como lo exigía la situación, contestó que sería recibido en caso de que fuera un comisionado "con plenos poderes [...] para 'arreglar' de un modo pacífico, razonable y decoroso la 'contienda presente'".[29] El embajador británico en México, Bankhead, escribió a Pakenham, ahora embajador de Gran Bretaña en Estados Unidos, para pedirle que influyera en la elección de una persona adecuada para lograr un acuerdo pacífico. Pakenham mencionó a Aberdeen que "an amicable settlement of the Texas Question, will I fear, have rather an unfavorable effect upon our interests in this part of the world at the moment, I mean with reference to the Oregon Question".[30] En un despacho separado, Pakenham subrayaba que mientras los mexicanos pensaban en solucionar el problema de Texas, los estadounidenses deseaban obtener más territorio. Informó que Estados Unidos estaba dispuesto a conceder 1 o 2 000 000 "for the 'arbitrary line of

[28] Buchanan a Parrott, marzo 28, 1845, en Bosch García, 1985, pp. 474-476.

[29] De la Peña a Black, octubre 15, 1845, en Bosch García, 1985, pp. 613-623.

[30] Pakenham a Aberdeen (13 nov. 1845), PRO FO 5, 92-98, 117-119 y 429.

boundary already adopted by this country, the money applied to U.S. claims' [si] the negotiation should be confined simply to the settlement of the Texas Question [pues] 'Califonia forms an essential part of the combination'".[31]

Pero la administración Polk estaba tan segura de que podría obtener territorio a cambio de las reclamaciones, que aprovechó la anuencia del gobierno mexicano para enviar un ministro plenipotenciario a tramitarla. El secretario de Estado James Buchanan eligió a John Slidell y a pesar de que el ex ministro Joel R. Poinsett y el ex secretario de la legación Benjamin E. Green advirtieron que México no lo recibiría con el carácter de plenipotenciario, se le dio tal carácter.[32] Sus instrucciones insistían en que "[...] the first subject which will demand your attention is, the claims of our citizens on Mexico", sin permitir el tema de Texas, pues "[...] the independence of Texas must be considered a settled fact, 'and is not to be called in question'. Texas achieved her independence on the plain of San Jacinto, in April 1836".

Tampoco debía aceptar ninguna reclamación sobre la frontera de Texas, puesto que representantes del territorio comprendido entre los ríos Nueces y Grande habían participado en su congreso y su convención, "besides, this portion of the territory was embraced within the limits of ancient Louisiana". La parte esencial la comprendía una lista de cantidades que ofrecerían por diversas porciones de territorio de Nuevo México y las Californias, subrayando que "the possession of the Bay and harbour of San Francisco, is all important to the United States", fijando 20 000 000 como suma máxima para ofrecer por la posible compra.[33]

Tal como Pakenham sospechaba, el gobierno mexicano esperaba un comisionado para restaurar las relaciones y

[31] Pakenham a Aberdeen, Washington, noviembre 13, 1845, PRO FO 5 (US), 92-98 y 429.

[32] Pletcher, 1973, pp. 278-279.

[33] Buchanan a John Slidell, Washington, noviembre 10, 1845, en Manning, 1937, pp. 172-182.

arreglar el asunto de Texas, mientras los estadounidenses sólo estaban interesados en más territorio. La ambición de Estados Unidos por California no era nueva, desde la breve estancia de López de Santa Anna en Washington, en 1836, Jackson había expresado el interés en la compra del norte de California con la bahía de San Francisco, por 3 500 000 dólares. Las descripciones de California publicadas por Alexander Forbes y Eugene Duflot de Maufras avivaron el deseo sobre el territorio y el empeño del secretario de Estado Daniel Webster, a quien el ministro Waddy Thompson había convencido de que "Texas tiene poco valor comparado con California, la tierra más rica, la más hermosa y saludable".[34]

A las advertencias de la Foreign Office sobre el peligro que corría California, se sumó el aviso que significaba el asalto al puerto de Monterrey, efectuado en octubre de 1842 por el comodoro Thomas Catesby Jones, y en 1845 para nadie era un secreto que la región era una de las metas de Polk[35] y que la débil presencia militar mexicana en ese estado la hacía presa fácil. A fines de 1845 se introdujo en California el capitán John C. Fremont y en marzo de 1846 estaba instalado, sin pasaportes ni permiso, cerca del puerto de Monterrey. Al recibir la notificación del comandante José Castro de que debía salir de los limites de California, no sólo se rehusó, sino que construyó un fuerte y ondeó la bandera de Estados Unidos.[36]

Como California contaba con sólo una población de 24 800 mexicanos y los extranjeros la habían invadido por todos lados, el gobierno mexicano era pesimista sobre su destino. En el Congreso se oyeron opiniones sobre la conveniencia de venderla o cederla a Gran Bretaña, a cambio de la deuda. El ministro mexicano en Londres sugirió constituir un estado independiente, garantizado por Francia y Gran Bretaña, y hasta los particulares idearon proyectos

[34] Thompson a Webster, 28 de abril de 1842, en Knapp, 1958, p. 197.

[35] "[...] the Mexican War was not the result of the annexation of Texas. The Mexican War was waged for the fulfillment of Polk's designs upon California". Reeves, 1906, p. 288.

[36] Rives, 1913, t. ii, p. 174 y Knapp, 1958, pp. 192-208.

fantasiosos.[37] Aunque al ministro Aberdeen le desagradaba la ocupación estadounidense de California, no estaba dispuesto a comprometer "el equilibrio europeo" y la cuestión de Oregon,[38] y dejó de hablar de garantía, ofreciendo una simple mediación y advirtiendo a México de abstenerse a toda costa de declarar la guerra para que Estados Unidos "no tuvieran derecho a ocupar ninguna parte de su territorio".[39]

El gobierno mexicano tuvo la certeza de que la guerra era inevitable, con plena conciencia de que sin recursos ni armas, con un ejército de apenas 30 000 hombres, incapaz a todas luces de defender una frontera tan extensa, y en un territorio casi deshabitado, se encontraba en una encrucijada. Los problemas eran aún más graves, pues al tiempo que el general Zachary Taylor trasponía la frontera del río Nueces, un proyecto monarquista elaborado por el gobierno español atizaba la división política interna de México y el general Mariano Paredes y Arrillaga, con la División de Reserva, se levantó en armas para derribar al gobierno de Herrera.[40]

Fue en ese preciso momento, cuando apareció Slidell, con credenciales inadecuadas. Su presencia hizo surgir el rumor de que el gobierno de Herrera había aceptado "vender Texas y California", lo que facilitó el golpe de Estado de Paredes e imposibilitó que Herrera y Paredes recibieran a Sli-

[37] El cónsul británico Erwin Mackintosh concibió obtener una concesión de 20 años por la que estaba dispuesto a pagar 10 000 000 de dólares para colonizar y explotar las minas, pesquerías y demás recursos de California.

[38] Murphy a Relaciones Exteriores, mayo 1º, 1845 y febrero 1º, 1846, en Peña y Reyes, 1935, pp. 24-26 y 62-64.

[39] Murphy a Relaciones Exteriores, 1º de agosto de 1845, en Peña y Reyes, 1935, pp. 36-38.

[40] El promotor de la conspiración para poner un infante español en el trono de México fue el embajador de España en México Salvador Bermúdez de Castro, para lo que el gobierno español había aprobado una suma de dinero desde 1845 y, después de la toma de poder de Paredes, inició un contacto con la corte de Francia y Gran Bretaña para asegurar su apoyo. Bermúdez de Castro, Memorándum, febrero 17, 1846, AHN, c.1, leg. 5869.

dell. Pero Polk, a pesar de su empeño por evitar la guerra por los costos políticos y materiales, empezó a preparar una "pequeña guerra que ameritara la firma de paz", en la que exigiría el territonio anhelado. Así a la primera noticia de las dificultades de Slidell en sus despachos (diciembre 20, 24, 27 y 29 de 1846),[41] Polk ordenó al general Zachary Taylor, quien ya estaba situado en Corpus Christi, avanzar hacia el río Grande,[42] sin informar al público de la provocativa orden.[43] Buchanan a su vez, comunicó a Slidell permanecer en México para ver si el nuevo gobierno era más receptivo

> [...] should the Mexican Government finally refuse to receive you, then demand passports from the proper authority and return to the United States. It will then become the duty of the President to submit the whole case to Congress and call upon the nation to assert its just rights and avenge its injured honor. In addition to the naval force already in the Gulph, the Frigates Cumberland, Potomac and Raritan have been ordered to rendezvous before Vera Cruz as speedily as possible. Should ear become inevitable, the President will be prepared to conduct it with vigor.[44]

La única esperanza mexicana estaba en que el deterioro de relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos desem-

[41] MANNING, 1937, t. VIII, pp. 785-787 y 790-805.

[42] EISENHOWER, 1990, pp. 49-50, cita la cuidadosa orden a Taylor: "It is not designed, in our present relations with Mexico, that you should treat her as an enemy; but should she assume that character by a declaration of war, or any open act of hostility toward us, you will not act merely on the defensive, if your relative means enable you to act otherwise [...] Texas is now fully incorporated into our union of States, and you are herby authorized to make a requisition upon the Executive of that State for such of its militia force as may be needed to repel invasion or to secure the country against apprehended invasion". Eisenhower nota que la orden violaba el artículo 1 de la Constitución que limitaba el uso de las milicias a suprimir insurrecciones y repeler invasiones, pero no a emprender invasiones.

[43] RIVES, 1913, t. II, p. 133.

[44] Buchanan a Slidell, enero 28, 1846, en MANNING, 1937, t. VIII, pp. 187-188.

bocara en una guerra. Mas ésta se desvaneció a mediados de 1846 con la firma de un tratado entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Los esfuerzos diplomáticos mexicanos, tanto en México como en Londres, se centraron en conseguir algún apoyo inglés, pero tropezaron con la decidida posición de Aberdeen, compartida por Palmerston al hacerse cargo de la Foreign Office. Un agravante internacional más para México fue la ruptura de relaciones declarada por el ministro francés Alleye de Cyprey, por un incidente baladí.

Polk deseaba de todas maneras evitar una guerra por sus costos, de manera que aprovechó las insinuaciones del aventurero de origen español coronel Alexander Atocha, para utilizar a López de Santa Anna exiliado en La Habana. Aunque sospechó de Atocha, terminó por enviar un agente a entrevistarse con el ex presidente en junio de 1846, quien expresó su interés en firmar un tratado y evitar la guerra.[45] Esto permitió a López de Santa Anna cruzar el bloqueo para regresar a México y aunque nada en su conducta posterior indica otra cosa que irresponsabilidad, tal como la prensa estadounidense reportó la visita, y la noticia fue reproducida por la mexicana, despertó sospechas sobre la conducta del general en jefe del ejército, lo que incidió en un debilitamiento del frente mexicano.

En marzo de 1846 Taylor había llegado a la desembocadura del río Grande, territorio mexicano o, en el peor de los casos, territorio en disputa. El hecho no pasó inadvertido para el coronel estadounidense Ethan Hitchcok, quien confió a su diario:

> [...] we *have not one particle of right to be here.* Our force is altogether too small for the accomplishment of its errand. It looks as if the government sent a small force on purpose to bring on a war, so as to have a pretext for taking California and as much of this country as it chooses.[46]

[45] Hutchinson, 1958, p. 187.
[46] Hitchcock, 1909, p. 213.

El incidente ansiado por Polk no tardó en tener lugar y el 25 de abril, un tiroteo en el río Grande entre soldados de los dos países tuvo como resultado algunos muertos. Taylor envió un mensaje lacónico: "hostilities may now be considered as commence", que llegó a Washington el 9 de mayo. Polk tenía listo su mensaje de declaración de guerra, el que empezaba aludiendo a las reclamaciones, la negativa de México de recibir a Slidell, enviado "with powers to adjust every existing differences", para mencionar que el avance de Taylor "a la frontera de Texas", había tropezado con el ánimo agresivo de los jefes mexicanos:

> The grievous wrongs perpetrated by Mexico upon our citizens throughout a long period of years remain unredressed; and solemn treaties, pledging her public faith for this redress, have been disregarded [...]We have tried every effort at reconciliation. The cup of forbearance had been exhausted, even before the recent information from the frontier of the Del Norte. *But now, after reiterated menaces, Mexico has passed the boundary of the United States, has invaded our territory, and shed American blood upon American soil. She has proclaimed that hostilities have commenced, and that the two nations are now at war.*[47]

El mensaje fue enviado el 11 de mayo al Congreso, que lo aprobó al día siguiente. Algunos congresistas objetaron que Polk atribuyera la culpa a México, pero ninguno se atrevió a oponerse a la aprobación de recursos para continuar con el conflicto. La injusta guerra de conquista se había iniciado. El Congreso mexicano reunido en junio, sólo declaró que existía "estado de guerra con Estados Unidos". Los insultos constantes procedían más bien de un Estados Unidos sin escrúpulos para obtener el territorio deseado. La misma conducta que siguieron las tropas de Taylor, después de las primeras batallas del 8 y 9 de mayo, indican el punto en que los planes sobrepasaban la simple defensa de la discutible frontera de Texas. El resultado era previsible y el tratado de paz significó la consolidación del atropello.

[47] RICHARDSON, 1902, t. IV, 437-443.

Las acusaciones de Polk de insultos y falta de pago mexicanos eran, por tanto, inexactos. Incluso en medio de grandes calamidades, los diversos gobiernos mexicanos se empeñaron en cumplir con las obligaciones económicas acordadas y su suspensión siempre fue temporal. Tampoco existió el belicismo mexicano que tanto subrayara Justin Smith, mencionado por Pletcher, y que Gene Brack se empeñó en explicar. Además, de 1837-1846 la escena mexicana estuvo dominada por pronunciamientos federalistas, que a pesar de las intenciones de recuperar Texas, los diferentes gobiernos supeditaron la política exterior a la interna; aun al iniciarse la invasión estadounidense en 1846, el gobierno distrajo tropas para someter a los federalistas.

La expansionista ofensiva retórica estadounidense generó una contra retórica absurda y la impotencia llevó al ministro José María Bocanegra a rebajarse en contestar las impertinencias del agregado de negocios estadounidense Benjamin Green en 1844.

El gobierno mexicano al darse cabal cuenta de la imposibilidad de enfrentar la guerra, trataron de evitarla. Esta debilidad dio como resultado que la diplomacia mexicana se refugiara en el derecho y la justicia, una base débil de defensa ante un enemigo decidido a todo para obtener el territorio.

Un aspecto que no puede soslayarse es que la inestabilidad favoreció al enemigo, a la cual contribuyeron los poderes extranjeros con sus amenazas, presiones diplomáticas e intervenciones en los movimientos políticos. La más grave fue la conspiración monarquista maquinada por España que eliminó a un aliado natural, y que además logró la anuencia franco-británica. Era un último empeño por detener el expansionismo estadounidense, sin arriesgar una guerra, y esto condenó a México a volver a quedar solo ante su fortalecido vecino. De nuevo todo favoreció a Estados Unidos: su dinamismo, sus recursos, la posibilidad de movilizar voluntarios y de entrenarlos, la existencia de un ejército profesional bien armado y con superior artillería.

Aunque el escenario político estadounidense estaba también asediado por el faccionalismo y aun por el secesionis-

mo, la ambición territorial fue capaz de neutralizarlos durante la guerra. La situación internacional volvió a favorecer esta situación y Gran Bretaña y Francia, que estaban empeñadas en preservar el equilibrio de poderes, impidieron cualquier intervención a favor de México.

Que el evento fue injusto y causado básicamente por el expansionismo, parece incontrovertible. El mismo comisionado estadounidense para la paz, Nicholas Trist, expresó su convicción de la injusticia del suceso. El 2 de febrero de 1848, después de muchas peripecias en el momento de firmar la paz, cuando los cuatro representantes estaban a punto de poner su nombre en el documento, Bernardo Couto, con voz grave, se volvió hacia el comisionado y le dijo: "Éste debe ser un momento orgulloso para usted, pero es menos orgulloso que humillante para nosotros", a lo que Trist se limitó a responder: "Estamos haciendo la paz, que ése sea nuestro único pensamiento". Más tarde, en el seno familiar, comentaría:

> Could those Mexicans have seen into my heart at that moment?, they would have known that "my" feeling of shame as an American was far stronger than theirs could be as Mexicans. For although it would not have done for me to say in "there", that was a thing for every right-minded American to be ashamed of, and I "was" ashamed of it, most cordially and intensely ashamed of it. This had been my feeling at all our conferences, an especially at moments when I had felt it necessary to "insist" upon things which they were averse to. Had my course at such moments been governed by my conscious as a man and my sense of justice as an individual American, I should have "yielded" in every instance. Nothing prevented my doing so but the conviction that the treaty would then be one which there would be no chance for the acceptance of by our government. My object, through out was not to obtain all I could, but on the contrary to make the treaty as little exacting as possible from Mexico, as was compatible with its being accepted at home.[48]

[48] Fragmento de la carta de Virginia Jefferson Trist al señor Tuckerman. *Trist Papers*, 2104, Southern Historical Collection, University of North Carolina, Chapel Hill, en SOBARZO, 1990, p. 233.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AHN Archivo Histórico Nacional, Madrid.
PRO FO Public Record Office Foreign Office, Londres.

ALAMÁN, Lucas
1945 "Dictamen sobre la independencia de Tejas. México, 29 de mayo, 1840", en Lucas ALAMÁN, *Obras. Documentos diversos.* México: Jus, t. x, pp. 545-552.

Apuntes
1991 *Apuntes para la historia de la Guerra entre México y los Estados Unidos.* México: Conaculta.

ARRANGÓIZ, Francisco
1974 *México desde 1808 a 1867.* México: Porrúa.

BOSCH GARCÍA, Carlos
1985 *Las reclamaciones, la guerra y la paz.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

CALLAHAN, James Morton
1932 *American Foreign Policy in Mexican Relations.* Nueva York: The Macmillan Co.

COTNER, Thomas E. (coord.)
1958 Essays *in Mexican History.* Austin: University of Texas Press.

Don Manuel Eduardo de Gorostiza
1924 *Don Manuel Eduardo de Gorostiza y la cuestion de Texas.* México: Secretaría de Relaciones Exteriores.

EISENHOWER, John S. D.
1990 *So Far from God. The U.S. War with México, 1846-1848.* Nueva York: Anchor Books.

HITCHCOCK, Ethan Allen
1909 *Fifty years in Camp and Field. Diary of Major General.* Nueva York: Putnam's and Sons.

HUTCHINSON, C. Alan
1958 "Farias and the Return of Santa Anna to Mexico", en Thomas E. COTNER, *Essays in Mexican History.* Austin: University of Texas Press.

JOHANNSEN, Robert W.

1985 *To the Halls of Montezumas: The Mexican War in the American Imagination.* Nueva York y Oxford: Oxford University Press.

KNAPP, Frank A.

1958 "The Mexican Fear of Manifest Destiny in California", en COTNER.

MANNING, William R.

1937 *Diplomatic Correspondence of the United States. Inter-American Affairs, 1831-1860.* Washington: Carnegie Endowment for International Peace, vol. VIII.

MERCK, Frederick

1963 *Manifest Destiny and Mission in American History. A Reinterpretation.* Nueva York: Knopf.

Papers

Papers of Robert Peel. Biblioteca Británica, t. CCXXII, pp. 121-125.

PEÑA Y REYES, Antonio de la

1935 *Lord Aberdeen, Texas y California.* Mexico: Secretaría de Relaciones Exteriores.

PLETCHER, David

1973 *The Diplomacy of Annexation. Texas, Oregon and the Mexican War.* Columbia: University of Missouri Press.

PRICE, Glen W.

1967 *Origins of the War with Mexico. The Polk-Stockton Intrigue.* Austin: University of Texas Press.

REEVES, Jesse S.

1906 *American Diplomacy under Tyler and Polk.* Baltimore: Johns Hopkin University Press.

RICHARDSON, James D.

1902 *A Compilation of the Messages and Papers of the Presidents, 1789-1897.* Nueva York: Bureau of National Literature and Art.

RIVES, George Lockhart

1913 *The United States and Mexico, 1821-1848. A History of the Relations between the Two Countries from the independence of Mexico to the Close of the War with the United States.* Nueva York: Charles Scribner's Sons.

SOBARZO, Alejandro

1990 *Nicolas Trist, el negociador norteameriano en la guerra del 47.* México: Diana.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

1987 "Santa Anna y el reconocimiento de Texas", en *Historia Mexicana,* XXXVI: 3(143) (ene.-mar.), pp. 553-562.

REGIONALISMO, PARTIDISMO Y EXPANSIONISMO. LA POLÍTICA INTERNA DE ESTADOS UNIDOS DURANTE LA GUERRA CONTRA MÉXICO

Jesús Velasco Márquez
Instituto Tecnológico Autónomo de México

Introducción

Hace 150 años tuvo lugar el acontecimiento más trascendental de la historia de las relaciones entre México y Estados Unidos. Entonces, los dos jóvenes países se vieron involucrados en un conflicto bélico, que dejó huellas indelebles en la historia de cada uno y en sus relaciones posteriores. Este acontecimiento ha sido objeto de diversos estudios y enfoques para explicar sus causas y efectos. En ambos países se han analizado las condiciones internas que incidieron en esta guerra, y estudiado las acciones individuales de sus principales dirigentes y se han examinado los sinuosos derroteros de los laberintos diplomáticos. Sin duda todo esto ha contribuido a aproximarnos a una comprensión más justa de este acontecimiento. Pero como en historia nunca está dicha la última palabra, en todos estos estudios existen dudas no aclaradas, interpretaciones parciales, o bien, deformaciones intencionadas o producto de fuentes ignoradas. Asimismo, nuevos instrumentos teóricos y metodológicos han obligado a revalorar estudios que parecían haber alcanzado rangos aceptables de equilibrio interpretativo y veracidad.

En este caso particular, los modelos teóricos para el estudio de las relaciones internacionales han ayudado significativamente a reenfocar el análisis de la historia di-

plomática, a partir de tres elementos fundamentales: primero, el examen de los problemas domésticos de los países involucrados; segundo, los proyectos de desarrollo planteados por sus gobiernos y líderes políticos, y tercero, las condiciones internacionales que circundan a los países en un momento dado. Dentro de este enfoque, se reconoce que los gobiernos son sólo un actor más en la formulación y ejecución de la política exterior, y no el único. Así, además de los órganos de poder público, también intervienen las sociedades —con sus percepciones, aspiraciones económicas y políticas y bagajes culturales— y sus organizaciones —grupos de presión, facciones ideológicas y partidos políticos.

A partir de este marco de análisis el presente ensayo se orienta a examinar las condiciones internas en Estados Unidos que condujeron a la guerra contra México. Cabe aclarar que esta pretensión no es novedosa. La historiografía estadounidense nos marca un punto de partida. Los ensayos y las obras que se escribieron durante e inmediatamente después de la guerra enfatizaron los intereses de las regiones o de los partidos, y estas explicaciones a su vez fueron un reflejo del debate que se generó en los recintos del Poder Legislativo federal, en las asambleas populares de las comunidades y en la prensa. No obstante, en las obras que hasta la fecha se han escrito sobre el tema se ha privilegiado responsabilizar a una región, a un sector social o a un partido político, más que hacer un análisis mayormente comprensivo de la realidad estadounidense. Lo cual ha conducido a la controversia y no a la explicación, o bien las explicaciones han sido parciales.[1] Además, todos los autores estadounidenses han presupuesto que su país constituía, para la decada de 1840, tanto un Estado como una nación con objetivos claramente definidos, domésticos e internacionales. Y según sea la interpretación de cuáles eran esos objetivos se ha responsabilizado o exculpado a los protagonistas sociales o individuales que participaron en el conflicto.

En lo que respecta a los mexicanos, la pregunta es ¿por qué es relevante conocer los factores que en el interior de

[1] VELASCO MÁRQUEZ y BENJAMIN, 1994, pp. 115-129.

Estados Unidos condujeron a la guerra? La primera respuesta es que de no tener una cabal comprensión de lo que aconteció en este aspecto, sólo podremos tener una visión parcial de la guerra. Asimismo, a lo largo de la historia de las relaciones bilaterales, se ha podido comprobar que los problemas fundamentales de éstas han surgido de las dificultades internas de cada uno de ellos. Y en el marco de la asimetría, que siempre ha estado presente, éste ha conducido a que los problemas de Estados Unidos acaben impactando en México con una mayor frecuencia. Por lo tanto, se puede afirmar que además de una historia diplomática, en el caso de México y Estados Unidos hay, además, una historia común, una especie de traslape, que ha sido más evidente en periodos en los que ambos países han experimentado crisis internas. Dentro de este desarrollo, la guerra tiene un lugar por demás importante ya que dejó huellas indelebles. Las más evidentes y materiales están en la línea fronteriza; pero también, aunque en forma menos perceptible, se encuentran en las percepciones propias y recíprocas. La guerra aun proyecta su sombra en nuestros días.

Seccionalismo, partidismo y expansionismo

En la historia de Estados Unidos, de 1774-1850, generalmente se resalta el crecimiento de una nación asertiva que llegó a ser potencia continental. Este punto de vista enfatiza la búsqueda de la democracia y la reforma social, el incremento de su población, el crecimiento de su economía y el ensanchamiento de su territorio. Sin embargo, sin negar estas características, también se puede apreciar la historia de un país joven e inseguro que trataba de consolidarse. Desde esta perspectiva se puede resaltar la agudización de las divergencias regionales respecto al proyecto de nación y por ende las constantes amenazas y riesgos de secesión, que finalmente conducirían a la guerra civil. Lo que hace muy confuso el estudio de este periodo de la historia estadounidense, es que Estados Unidos aparece, casi

desde el principio de su vida independiente, como un Estado bien concebido y organizado, pero al mismo tiempo como una nación muy débil.

En 1789 la Constitución de Estados Unidos fue ratificada y los primeros órganos del gobierno federal fueron conformados de acuerdo con ésta. Estos acontecimientos implicaron que "una unión más perfecta" había sido establecida. Esta unión fue posible porque existía consenso en un punto sumamente importante: la ideología del liberalismo. La sociedad estadounidense era liberal aun antes de que ésta fuera formulada como doctrina política y económica. Así, sus principios fueron asimilados fácilmente porque ellos enfatizaban el interés individual como una meta legítima, y reafirmaban la diversidad y competencia. A partir de entonces, "el nacionalismo estadounidense se ha definido más en términos políticos que orgánicos; las ideas políticas del Credo Americano han sido las bases de la identidad nacional".[2] No obstante, desde los primeros intentos de conformación del Estado, primero bajo los artículos de la Confederación y después bajo la Constitución de 1787, los intereses regionales y aun locales, que se habían generado durante el periodo colonial, se hicieron patentes. La negociación de ambos documentos fue ardua y su ratificación mucho más. De hecho, Estados Unidos nació más como el producto de negociación y avenimiento de intereses regionales y particulares, que como la expresión de una voluntad colectiva. Y estos dos mecanismos —negociación y avenimiento— serían claves para mantener la precaria unidad que se logró hasta la guerra civil.

Entre 1789-1840, la federación estadounidense se fue conformando en tres grandes regiones con características socioeconómicas propias. El norte, desde la consumación de la independencia, se perfiló como una región con potencial industrial propio y poco a poco se fue consolidando en ese sentido, sobre todo después de la guerra de 1812. Allí, además, se concentraría la mayor inversión en el desarrollo de vías de comunicación y los flujos migratorios de la

[2] Huntington, 1981, p. 23.

época. El sur, por el contrario, se afianzó como región agrícola orientada a la exportación del algodón, cultivo que fue rentable después de la invención de la despepitadora, por Eli Whitney, de este vegetal, y por la creciente demanda en Europa de ese producto; este fenómeno reafirmó la esclavitud negra en la región. Para 1820, el territorio del valle del río Ohio se había poblado y el cultivo del algodón se había extendido en su parte meridional, mientras que en la parte norte predominó la producción de cereales y ganado en granjas familiares. Aunque en el interior de estas tres regiones hubo variantes locales en las estructuras social y económica, se puede distinguir que en la primera dominaron los intereses industriales y financieros, en la segunda, la de los grandes hacendados y en la tercera, la de los llamados "pioneros".[3]

Cuatro temas dominaron el debate entre los intereses regionales: la esclavitud, los aranceles, el financiamiento federal a la construcción de vías de comunicación y el precio de las tierras públicas. Y de éstos, los dos primeros fueron los que mayor impacto tuvieron como fuerzas disruptoras del federalismo estadounidense. Entre 1819-1821, con motivo de la admisión de Missouri a la federación, se puso de relieve que la expansión del sistema esclavista en los territorios del oeste era ya un tema central de conflicto regional. Por su parte, las leyes arancelarias de 1828 y 1832, producirían el movimiento "Nulificador", en el estado de Carolina del Sur, el cual no sólo evidenció la rivalidad regional y las divergencias en la concepción del federalismo, también anunció la posibilidad de una secesión. Sin embargo, en ambos casos, se encontraron soluciones negociadas y avenimientos que momentáneamente salvaron al Estado federativo de Estados Unidos.

Los intereses regionales también se manifestaron en las divergencias sobre la concepción del Estado. En 1790, con motivo de las medidas económicas propuestas por el secretario del Tesoro del gobierno de Washington, Alexander Hamilton, se dio el primer debate sobre la interpretación

[3] Jackson Turner, 1935, p. 379.

de la Constitución, entre Hamilton y Thomas Jefferson, quien ocupaba la cartera del Departamento de Estado. El punto culminante de la polémica se centró en la constitucionalidad de la ley federal que creaba el banco de Estados Unidos. El resultado fue que mientras Hamilton sostuvo el principio de la "interpretación flexible de la Constitución", Jefferson mantuvo el de la "construcción estricta". Implícito en este debate estaba el de si la Constitución había sido conformada por la voluntad colectiva de los ciudadanos —y, por lo tanto, la soberanía estatal había quedado subordinada a la nacional— de acuerdo con la argumentación de Hamilton; o bien si ésta era el resultado de la cesión de una parte de las soberanías originales de los estados, bajo un principio contractual, de acuerdo con la opinión de Jefferson. Este debate condujo a la aparición formal, en 1793, del primer sistema de partidos políticos en los estados, con la renuncia de Jefferson al gabinete de Washington. Unidos, Jefferson y Madison organizaron el Partido Republicano —más tarde Demócrata-Republicano— y Hamilton y John Quincy Adams el Partido Federalista.

Aunque el origen de ambos partidos estuvo en diferencias ideológicas y políticas, no por ello dejaron de desempeñar un papel importante los intereses regionales. Las bases populares del Partido Demócrata-Republicano estuvieron en los agricultores del sur y del oeste, pero también logró atraer el apoyo de los trabajadores y artesanos de los centros urbanos del este. Por su parte, el Partido Federalista, se convirtió casi exclusivamente en el de los intereses industriales, comerciales y financieros del este, aunque de igual manera logró atraer ciertos intereses del oeste, principalmente, a los especuladores de tierras. Así, ambos se convirtieron en organizaciones políticas nacionales.[4]

A partir de la elección de 1801, con el ascenso a la presidencia de Thomas Jefferson, el Partido Federalista inició su descenso. Los jeffersonianos, una vez en el poder, asimilaron parte de las propuestas de sus opositores y además, lograron movilizar a la mayoría de la población, principal-

[4] MILLER, 1960, pp. 84 y ss.

mente a través del estímulo que significaba el ejercicio del derecho al sufragio. Los federalistas, con sus temores a una democracia popular, se fueron convirtiendo en un partido de sectores económicamente poderosos, pero minoritarios; además, cometerían el grave error de oponerse a la guerra de 1812, contra Gran Bretaña, y durante ésta al haber sugerido la posibilidad de separar de la unión a los estados de Nueva Inglaterra, durante la Convención de Hartford en 1814. Esta equivocación, la recordarían sus herederos, el Partido *Whig*, durante la guerra contra México, y por supuesto tratarían de no volverla a cometer.

Con el fin de la guerra de 1812 y la elección de James Monroe en 1817 y hasta 1828, el bipartidismo desapareció temporalmente. Ante la amenaza externa —real o percibida— que produjo la guerra contra Gran Bretaña, los intereses regionales parecieron conducir a una "era de buenos sentimientos".[5] No obstante, la elección de John Quincy Adams, en 1824, y la propuesta del programa de Henry Clay denominado el "Sistema Americano", que rescataba algunas de las propuestas de Hamilton, entre ellas la elevación de los aranceles y el financiamiento federal de obras públicas, volvió a revivir el partidismo, precisamente porque también rescataba intereses regionales.[6] El catalizador del resurgimiento bipardista fue Andrew Jackson, quien con una propuesta a medio camino entre populismo y elitismo acabó por antagonizar los intereses regionales y sociales. Al término de su gestión presidencial ya se habían redefinido dos nuevos partidos: el Demócrata y el *Whig*. El primero, constituía una frágil alianza de intereses, entre éstos estaban el sector agrícola del sur y del oeste y los trabajadores del norte. Su alianza fue más el resultado de una retórica populista que de un programa o de una ideología específica. El segundo, fue mucho más consistente en cuanto a las ideas de crear un sistema que política y económicamente integrara a la nación; no obstante, su base popular fue, otra vez limitada,

[5] DANGERFIELD, 1952, pp. 95 y ss.
[6] MCCORMICK, 1966, p. 3.

y sus apoyos regionales más reducidos, pues se concentraron, fundamentalmente, en el norte y algunas regiones del oeste.

Una característica importante de los partidos Demócrata y *Whig*, entre 1824-1850, fue el protagonismo de dirigentes regionales en cada uno de ellos, que desempeñaron un papel importante tanto para formar coaliciones en el interior de cada partido o con la oposición. Estos líderes partidistas constituyeron la primera generación de políticos que no participaron activamente ya fuera en la independencia o en el periodo de creación del Estado; la mayoría de ellos adquirieron prominencia como diputados de la 12a. Legislatura, con un programa agresivamente nacionalista, frente a supuestas violaciones por parte de Gran Bretaña a la seguridad y los intereses de Estados Unidos. Empero, algunos de ellos, al paso del tiempo, se movieron hacia la defensa de los intereses regionales. Entre éstos estuvieron John Quincy Adams y Daniel Webster quienes para la década de 1840 se identificaron plenamente con los intereses del norte y formaron parte de la dirigencia del Partido *Whig*. Dentro del Partido Demócrata destacó John C. Calhoun, quien terminó por ser el más acérrimo defensor de los intereses sureños. Otra característica importante fue que estos dirigentes fueron causantes de fracturas en el interior de sus partidos; por ejemplo, la rivalidad entre Calhoun y Martin van Buren, en el Partido Demócrata, causó escisiones, ya que el primero privilegiaba los intereses sureños, mientras que el segundo los del norte.

Algo similar aconteció entre los *whigs*, en los casos de Daniel Webster y Henry Clay, ya que el primero controlaba la organización partidista en el norte y el otro en el oeste. Evidentemente todos ellos había hecho de la actividad política su objetivo último, por ello sus ambiciones personales fueron también un factor desestabilizador y de agudizamiento de las rivalidades regionales. Así, al iniciarse la década de 1840, los grandes partidos políticos, aunque todavía mantenían apoyos en todas las regiones, empezaron a dar muestras de descomposición interna y polarización regional. De hecho, estos partidos políticos al

extenderse a todas las regiones "crearon influencias nacionalizadoras que normalmente funcionaban como ligas elásticas, manteniendo unidas a las regiones, pero en años de tensiones especiales cedían a las demandas fundamentales de las regiones".[7]

Una de las funciones valiosas de los partidos políticos y sus dirigentes, para la estabilidad política de Estados Unidos, fueron los vehículos institucionales para negociar las divergencias regionales y encontrar puntos de avenimiento. Pero ciertamente, toda negociación siempre deja espacios para el descontento de aquellas demandas que no pueden ser plenamente satisfechas. De éstas surgirían los llamados "Terceros Partidos", los que fueron importantes porque pudieron inclinar la balanza a favor o en contra de los principales partidos. Entre éstos estuvo el Partido de la Libertad, que mantuvo una propuesta a favor de la abolición de la esclavitud y el Partido de Tierras Libres que se opuso a la expansión de la esclavitud hacia los territorios del oeste. El primero, afectaría inicialmente al Partido *Whig*, y el segundo, sería un elemento disruptor de la precaria unidad del Partido Demócrata. En resumen, la temprana aparición de los partidos políticos fue un factor importante para controlar los conflictos derivados de los intereses regionales, pero al mismo tiempo también fueron producto, y presa de éstos.

El expansionismo estadounidense, durante la primera mitad del siglo XIX, fue otra de las características distintivas de ese país; entre 1790-1848 su extensión territorial pasó de 2 301 000 a 5 525 959 km^2. La movilidad horizontal de la sociedad estadounidense fue uno de los factores determinantes de este fenómeno, pero también desempeñaron un papel importante los ciclos económicos; las crisis de 1819 y de 1837 obligaron a muchos residentes de los estados del medio oeste a trasladarse a Texas, en el caso de la primera, y a Oregon y California en el de la segunda.

Las presiones expansionistas, al igual que el surgimiento de los partidos políticos tuvieron un doble efecto: por

[7] JACKSON TURNER, 1935, p. 380.

una parte, fueron en ocasiones, un factor de unidad y momentánea exaltación nacionalista; pero, por otra parte, fueron también un factor de debate y confrontación regionales. Por ello, y aunado a la progresiva democratización de las instituciones gubernamentales, el expansionismo se convirtió en una parte sustancial de la agenda de los políticos estadounidenses.

En la historia de la expansión territorial de Estados Unidos se pueden distinguir dos etapas. La primera, se genera en la segunda mitad del siglo XVIII y culmina con la firma del Tratado Adams-Onis en 1819. Durante ésta, se incorporó primero el territorio comprendido entre las montañas Apalaches y el río Misisipí, cedido por Gran Bretaña al término de la guerra de independencia en 1783. Después, se añadió el territorio de Luisiana, comprado a Francia en 1803, y finalmente, el territorio de Florida por medio del Tratado de 1819. Esta primera fase estuvo justificada principalmente por la política de aislamiento internacional, que desde 1796 había anunciado George Washington en la búsqueda de una seguridad territorial, y en el deseo de Thomas Jefferson de consolidar una democracia agraria. Asimismo, debe añadirse también la búsqueda de la ampliación y protección del comercio, lo que repercutiría en enfrentamientos con las potencias marítimas europeas de esos años, principalmente, con Gran Bretaña. De aquí surgiría el primer conflicto bélico en el que se involucraría Estados Unidos, la guerra de 1812. Durante ésta, se expuso, por primera, vez un agresivo programa expansionista basado en la conquista u ocupación forzada de territorio ajeno y ya no sólo a través de la negociación o la compra. Este programa pretendía la ocupación de lo que hoy es el territorio oriental de Canadá y la península de Florida. Además, fue la primera vez que el expansionismo fue usado como bandera de un precario nacionalismo, aunque también acabó produciendo conflictos entre los intereses regionales; incluso se llegó a plantear la posibilidad de una secesión.[8]

[8] PRATT, 1925.

Los objetivos expansionistas de la guerra no se consiguieron con el Tratado de Gante de 1814, pero esto no impidió que se mantuvieran y se reafirmaran en términos de seguridad nacional.[9] En el caso de la frontera norte, la pretensión de anexar Canadá se limitó a fijar la frontera. En este sentido tanto el Acuerdo Rush-Bagot de 1817, como la Convención de 1818, lograron parte de los objetivos; sobre todo la segunda, ya que permitía la ocupación conjunta del territorio de Oregon. En lo que respecta a la frontera sur, los afanes expansionistas sí lograron parte de sus objetivos en la negociación con España, para establecer la frontera entre Estados Unidos y la Nueva España, que culminó con el Tratado de 1819. Con éste Estados Unidos obtuvo la península de Florida y consiguió la posesión legal de la región costera del golfo de México, entre el río Misisipí y la península de Florida, territorio que habían ocupado ciudadanos estadounidenses e invadido sus fuerzas militares, antes de la negociación. Además, con este tratado Estados Unidos obtendría un argumento más para reclamar Oregon ya que España les cedía sus derechos sobre ese territorio.[10]

Entre 1821-1844 —o sea entre la ratificación del Tratado Adams-Onis y la negociación con Texas para ser anexada a Estados Unidos— se detuvo la política de expansión territorial; aunque esto no quiere decir que se haya detenido el movimiento de la población estadounidense al territorio ya perteneciente a México o en disputa con Gran Bretaña. Las causas de este momentáneo hiato fueron el agudizamiento de los conflictos secesionistas, así como de los conflictos entre e intrapartidistas. Varios acontecimientos fueron particularmente importantes. En 1819, al tiempo que tenían lugar las negociaciones con España, se iniciaba el debate en el Congreso sobre la admisión de Missouri y la extensión de la esclavitud al oeste. Para 1824, las elecciones presidenciales eran denunciadas como el producto de un "corrupto regateo", y en 1828, con motivo del

[9] Chance y Carr, 1988, pp. 37 y 38.
[10] Jones, 1988, vol. 1, p. 108.

llamado "arancel de las abominaciones", Calhoun proponía la posibilidad de que un estado de la federación desobedeciera una ley federal. Con base en esta teoría, en 1832, Carolina de Sur declaraba nula en su territorio la ley arancelaria de ese año. Al finalizar la década, además, el abolicionismo dejó de ser un movimiento humanitario y se convirtió en un movimiento político que se fundaría, en 1939, como el Partido de la Libertad.

Sin embargo, en la siguiente década volvería a resurgir la política de expansión con la misma vehemencia y agresividad que había tenido durante la guerra de 1812. La diferencia fue que la tónica nacionalista fue más efímera y débil. En realidad este nuevo impulso expansionista no fue tanto por la percepción de una amenaza externa —aunque sí éste se usó como una justificación— sino la de buscar, en la adquisición o conquista de territorio, una solución a los problemas derivados de la confrontación de intereses regionales que amenazaban la supervivencia de la federación estadounidense. También era un recurso para superar la crisis de fragmentación partidista, sobre todo en el seno del Partido Demócrata. En consecuencia, la anexión de Texas, la conquista de territorio mexicano y la adquisición de parte de Oregon fueron parte del conflicto regionalista de Estados Unidos y de la precaria habilidad unificadora de los principales partidos políticos en ese momento.

La guerra contra México

Un somero repaso de las actitudes adoptadas por algunos de los más prominentes líderes políticos estadounideses en las décadas de 1820-1840, nos proporciona una imagen inicial de la complejidad que significó la vinculación entre regionalismo, partidismo y expansionismo.

Entre los miembros del Partido *Whig*, John Quincy Adams, como secretario de Estado durante la presidencia de James Monroe, fue un agresivo expansionista que trató de forzar la adquisición de Texas, al negociar con España los límites entre la Nueva España y Estados Unidos;

posteriormente, cuando ocupó la presidencia, insistió en adquirir ese territorio; no obstante, en 1844, se opuso vehementemente contra ella, pero, en 1846, cuando se planteó la posibilidad de que se llegara a un avenimiento con Gran Bretaña respecto al territorio de Oregon, retomó su postura de intransigente expansionista. Henry Clay, como dirigente de la Cámara de Representantes en 1821, denunció que no se hubiera incorporado a Texas en el Tratado de 1819 y luego como secretario de Estado de Adams instruyó a Joel R. Poinsett para que sondeara la posibilidad de que México lo cediera a Estados Unidos; luego, en 1844, al ser nominado como candidato a la presidencia, adoptó una posición cautelosa y contradictoria sobre su anexión. Daniel Webster, tal vez el menos expansionista de los dirigentes políticos de esa época, durante su gestión como secretario de Estado trató de involucrar a Gran Bretaña para que México cediera la bahía de San Francisco, a cambio de llegar a un arreglo respecto al territorio de Oregon, y aunque siempre mantuvo interés en California no daría un apoyo abierto a la anexión de Texas, a la guerra contra México y los objetivos de conquista de ésta.

Entre los miembros del Partido Demócrata, Andrew Jackson, el más agresivo expansionista de su tiempo, siempre mantuvo interés en la adquisición de Texas y California; sin embargo, durante su presidencia se contentó con declarar la neutralidad de su gobierno ante la separación de Texas de México, sin aceptar las reiteradas peticiones de los texanos por anexarse a Estados Unidos; aunque en 1844, ya retirado de la política activa y a punto de morir, retomó su retórica expansionista. Su primer secretario de Estado, Martin van Buren, asimismo, compartió el interés en adquirir Texas y California de México y así lo dejó en claro en las instrucciones de Anthony Butler, aunque al asumir la presidencia se negó a llevar a cabo la anexión de Texas y después como precandidato en 1844, se pronunciaría contra ella. Por último, John C. Calhoun que inició su carrera política como uno de los "halcones de guerra" durante la guerra de 1812, con un proyecto abiertamente expansionista, después sería, como tercer secre-

tario de Estado de John Tyler, el arquitecto de la anexión de Texas. Respecto a Oregon mantuvo una postura cautelosa y, pocos meses después, al retornar al Congreso como senador por Carolina del Sur, se convirtió en un acérrimo crítico de la guerra contra México y de los objetivos que perseguía el presidente Polk.

Ante la veleidad de la mayoría de estas posiciones de los líderes políticos el interrogante es: ¿a qué respondía ésta? Si se rechaza, aunque sea parcialmente, el capricho personal, nos enfrentamos al problema de que algo había en las condiciones internas de Estados Unidos que conducían a que las posiciones en su política exterior cambiaran con extraordinaria rapidez, ante lo que resultaron sorprendidos, aun los más astutos políticos de México y Europa. Después de todo, como afirmó por aquellos años Alexis de Tocqueville: "[...] en la dirección de los intereses exteriores [...] es donde [...] los gobiernos democráticos son decididamente inferiores a los demás".[11]

La "cuestión de Texas" fue el inicio del problema. Una de las demandas del gobierno de Monroe, en las negociaciones con España, consideraba a Texas como parte del territorio adquirido en la compra de Luisiana. De esta manera, Estados Unidos propuso inicialmente delimitar el río Bravo como frontera sur con la Nueva España. Sin embargo, a lo largo de las negociaciones, el secretario de Estado, John Quincy Adams, por instrucciones del presidente Monroe, abandonó tal pretensión. Tanto el presidente, como los miembros de su gabinete, temían que la inclusión de Texas no sólo pudiera afectar las negociaciones sobre Florida, sino que también tuviera serias repercusiones sobre el equilibrio regional. En una carta dirigida al general Andrew Jackson, Monroe afirmó: "Teniendo conocimiento desde hace tiempo de la repugnancia con que la porción Este de nuestra Unión ha visto el agrandamiento del Oeste y del Sur, ha sido de la opinión que debemos estar satisfechos, por el momento, con Florida".[12]

[11] TOCQUEVILLE, 1963, p. 239.
[12] SHURZ, 1899, vol. 1, p. 164.

La explicación a este comentario estriba en que, mientras se conducían las negociaciones, en el Congreso de Estados Unidos se debatía la admisión de Missouri a la Unión, como estado esclavista y esto venía a "trastornar el delicado equilibrio entre los estados libres y los esclavistas en el Senado".[13] Sin embargo, el abandono temporal de Texas fue objeto de reclamaciones de algunos políticos del suroeste, entre ellos el más vociferante fue Henry Clay, el mismo que diseñó el arreglo conocido como el "Avenimiento de Missouri", con el cual trató de superar el problema regional de la expansión de la esclavitud. Él, en marzo de 1820, durante los debates sobre la ratificación del Tratado Adams-Onis, propuso dos resoluciones condenándolo, y en una de ellas afirmó que "Texas valía diez Floridas".[14]

Para entonces, existía en el Senado un equilibrio entre estados esclavistas y estados libres: de los 22 estados de la Unión, once eran esclavistas y once no lo eran. Sin embargo, en la Cámara de Representantes el sur sólo contaba con 81 escaños, contra 105 del norte, y las tendencias de crecimiento demográfico favorecían a la segunda región. Por lo que era previsible una reducción de la influencia política sureña y esclavista no sólo en el Poder Legislativo federal, también en la elección del Ejecutivo, ya que la región perdería votos electorales.

Por esos mismos años se inició la colonización estadounidense de Texas, estimulada por las condiciones económicas en Estados Unidos y por los compromisos adquiridos por España en el Tratado de 1819, así como por la generosa política de los primeros gobiernos mexicanos. El proyecto de colonización por parte de México, resultó ser una utopía plagada de errores,[15] en gran parte derivados de la inestabilidad política e institucional del país. Los texanos, de hecho, no sólo mantuvieron contacto con su país de origen, sino que poco a poco lo estrecharon más. En estas condiciones la pretensión de Estados Unidos a ese territo-

[13] Jones, 1988, p. 107.
[14] Jones, 1988, p. 107.
[15] Vázquez y Meyer, 1989, p. 39.

rio contó con un factor más a su favor. De hecho, el primer ministro estadounidense en México, Joel R. Poinsett fue instruido por el presidente Adams y por el secretario de Estado, Clay, para hacer una oferta de compra al gobierno mexicano, por un millón de dólares. Ambos personajes, como se ha visto, habían expuesto su interés en ese estado con anterioridad. Sin embargo, la acción de Poinsett no pasó de ser sólo una sugerencia[16] ya que otros asuntos, principalmente el de negociar un tratado de comercio, fueron prioritarios. En ello, además, hay que considerar que tanto Adams como Clay estaban en ese momento en abierto conflicto con los líderes sureños, principalmente, con Andrew Jackson y John C. Calhoun. En primer lugar, Jackson acusaba a Adams y Clay de que éstos le habían robado la elección en 1824, por medio de un "regateo corrupto". En el segundo, este gobierno trataba de impulsar el proyecto de Clay denominado el "Sistema Americano", en el cual se retomaban tres de los puntos principales de la agenda que Alexander Hamilton había tratado de impulsar en los primeros años de la República: elevación de aranceles, financiamiento público de construcción de vías de comunicación y mantenimiento del banco de Estados Unidos. Estos puntos eran rechazados por el sur. Además, tanto para Adams como Clay, extender el comercio de su país era más importante que expandir su territorio.

El arribo de Andew Jackson a la presidencia no sólo significó el resurgimiento de la lucha partidista al conformarse el Partido *Whig*, sino también el del expansionismo. El programa jacksoniano significó un nuevo impulso hacia la democracia que tuvo tono populista y sesgo regionalista a favor de las demandas de los habitantes del oeste. Con ello acabo por confrontar a los intereses del norte, principalmente por el retiro de los fondos federales del banco de Estados Unidos, y con el sur por la aprobación del arancel de 1832. Pero además, durante esos años se inició la campaña de William Lloyd Garrison por la abolición y John Quincy Adams regresó a la vida política, como diputado,

[16] PLETCHER, 1973, p. 69.

en 1831, y desde su escaño se dedicó a denunciar la existencia de la esclavitud.[17] Al mismo tiempo, el norte y el sur se enfrascaron en una álgida polémica sobre la naturaleza de la Unión Americana, a través de los senadores Daniel Webster y Robert Y. Hayne, como resultado de la llamada teoría de la "Nulificación".

Jackson, retomó el proyecto de adquirir Texas. Para agosto de 1829 él y su primer secretario de Estado, Martin van Buren, instruyeron a Poinsett para que presentara una nueva oferta al gobierno mexicano;[18] estas instrucciones fueron reiteradas a Anthony Butler, a fines del mismo año,[19] y en 1835 fueron ampliadas para conseguir la venta de parte de California.[20] Más aún, Jackson trató de vincular estas adquisiciones territoriales al asunto de las reclamaciones,[21] e incluso en su mensaje al congreso de 1836, manifestó respecto a México que: "[...] las repetidas e infructuosas solicitudes de reparación [y] el disoluto carácter de algunos ultrajes [...] justificarían a los ojos de todas las naciones la inmediata declaración de guerra".[22]

Ciertamente, este enunciado ya contenía el principio del uso de la fuerza para obtener el territorio; además, sería conceptualmente un antecedente de los argumentos que usaría en 1846 James K. Polk, para justificar la guerra contra México.

No obstante, al producirse la separación de Texas, con las correspondientes ofertas de los texanos para anexarse a Estados Unidos, Jackson se tuvo que conformar con declarar la "neutralidad" de su país ante el conflicto y proporcionar ayuda encubierta a los rebeldes. Obviamente, en esta política estaban involucrados los problemas generados en el interior de Estados Unidos, producto de algunas de sus precipitadas decisiones, que produjeron antagonismos internos y una severa crisis económica. Su sucesor Martin

[17] CLAVEN, 1966, p. 191.
[18] PLETCHER, 1973, p. 69.
[19] GIBSON, 1973, p. 47.
[20] PLETCHER, 1973, p. 94.
[21] PLETCHER, 1973, pp. 56-57.
[22] PLETCHER, 1973, p. 57.

van Buren, a pesar de que como se ha visto compartía los intereses de su antecesor y mentor, tuvo que enfrentarse a los problemas generados por aquél, y conformarse con dar reconocimiento oficial a Texas.

Para entonces este estado se había convertido en tema de debate partidista y regional. En mayo de 1836, John C. Calhoun había declarado en el Senado que existían "poderosas razones por las que Texas debía ser parte [de la Unión]; los estados sureños, por su población de esclavos, [estaban] profundamente interesados en prevenir que ese país tuviera el poder de afectarlos".[23] Pero John Quincy Adams, a raíz del debate por las llamadas "resoluciones de censura" contra el derecho de petición a favor de la abolición, denunció en la Cámara de Representantes todas las propuestas de anexión como un "designio proesclavista".[24] Por su parte, Daniel Webster, en representación del Partido *Whig*, afirmó: "Es probable que Texas sea un país esclavista, y yo francamente confieso mi completa renuencia a llevar a cabo cualquier acción que extienda la esclavitud de la raza africana en este continente o añada otro estado esclavista a la Unión".[25]

Los demócratas sureños, a su vez, reafirmaban su interés en Texas, incluso llegando al extremo de mencionar la posibilidad de una secesión. Al respecto es reveladora la carta que, en 1843, F. W. Pickens dirigió a Calhoun, en la que afirmaba:

> Estoy completamente de acuerdo en la importancia del asunto de Texas en todos sus aspectos. Pienso que estamos comprometidos a sostener los argumentos más altos y decididos [...]. si los estados no esclavistas se oponen a su admisión, con base a que fortalecerá los intereses esclavistas [...] debemos estar comprometidos con pundonor y autopreservación a anexar Texas con o sin la Unión.[26]

[23] Claven, 1966, p. 191.
[24] Claven, 1966, p. 191.
[25] Ford Rhodes, 1963, p. 10.
[26] Claven, 1966, p. 190.

Bajo estas consideraciones, la dirigencia sureña, encabezada por el propio Calhoun, buscaría la oportunidad para llevar a cabo su proyecto. En octubre de 1841, la muerte del máximo dirigente del Partido *Whig*, William Henry Harrison permitió a John Tyler ocupar la presidencia. Éste, a pesar de pertenecer a ese partido, resultaba un tanto endeble por sus intereses sureños ya que era oriundo de Virginia. Así desde el inicio de su gestión simpatizó con la idea de la anexión de Texas, pero ésta fue postergada, tanto por el desacuerdo de la base de su partido como por el hecho de que estaban en proceso las negociaciones con Gran Bretaña sobre la frontera norte. Para 1842, al firmarse el Tratado Webster-Ashburton, que resolvió parte de las disputas fronterizas y otros asuntos pendientes entre Estados Unidos y Gran Bretaña, el camino quedó libre para satisfacer las demandas sureñas. En 1843 la reorganización del gabinete puso de manifiesto esta intención; Daniel Webster dejó el Departamento de Estado y fue sustituido a sugerencia de Calhoun por Abel P. Upshur, y un año después al fallecer este último, Calhoun fue nombrado secretario de Estado. Desde el nombramiento de Upshur se iniciaron las negociaciones de un tratado entre Texas y Estados Unidos para formalizar su anexión. El plan de inmediato adoptó un carácter regional, ya que Calhoun trató de justificarlo en términos casi exclusivos de los intereses sureños, ante lo cual el norte reaccionó al denunciar el tratado como una "conspiración esclavista".[27] No obstante, el tratado fue firmado el 12 de abril de 1844, pero su aprobación fue rechazada en el senado por el voto de 35 en contra y 16 a favor. La oposición provino fundamentalmente de los senadores del norte, pero también de algunos senadores sureños del Partido *Whig*.

A pesar de este escollo, el proyecto no se detendría. Después de todo, el problema había sido una estrecha justificación regionalista, en la que los intereses del norte y del oeste no habían sido considerados. Asimismo, el Tratado Webster-Ashburton, había dejado a un lado el asunto de la

[27] MERK, 1973, pp. 44 y ss.

ocupación de Oregon que tenía particular interés para los pioneros, y los intereses mercantiles del norte, y éstos eran parte de la coalición del Partido *Whig*. Así, si se encontraba una manera para vincular la anexión de Texas a estos dos intereses, se podría lograr no solamente la expansión del territorio, también se contaría con una causa nacional que ayudaría a superar las fracturas generadas por el regionalismo. Expandir el territorio consolidaría el federalismo y la Unión. Para este esfuerzo estaban mejor preparados los demócratas que los *Whigs*. Los primeros contaban con apoyos nacionales más amplios —granjeros en el oeste, hacendados en el sur y trabajadores en el norte; además, su concepción contractualista de la federación se podía reafirmar, así como su noción agraria de la democracia. Los segundos, por el contrario, contaban con bases más reducidas y pugnaban por la consolidación de un proyecto nacional basado en la conformación de un mercado doméstico y externo, ante el cual la expansión territorial, en ese momento, significaba un elemento disruptor y con posibles conflictos internacionales adversos.

En estas condiciones se presentó la campaña electoral de 1844. El presidente Tyler después del rechazo del Tratado de Anexión por parte del Senado, buscó la alternativa de que ésta se llevara a cabo por medio de una resolución conjunta de ambas cámaras legislativas, para lo cual era necesario sólo un voto mayoritario, más factible de obtener que el de dos tercios en el Senado, como requería el tratado. Para ello, el 11 de junio de 1844, envió a la Cámara de Representantes tanto el tratado como los documentos relativos a la negociación, y así se pudo iniciar esta otra alternativa. Entonces las maniobras intrapartidistas para designar candidatos a la presidencia ya estaban en marcha. Los posibles postulantes eran: John C. Calhoun y Martin van Buren, por el Partido Demócrata, y Henry Clay y Daniel Webster, por parte del *Whig*; a éstos se añadían John Tyler, como posible candidato demócrata o independiente. Por su parte, el Partido de la Libertad ya había nominado a James G. Birney como su candidato. De todos ellos sólo Calhoun y Tyler se habían pronunciado a favor de la anexión de

Texas. Birney, por supuesto, estaba en franca oposición a ésta. Las posibilidades de nominación de Calhoun eran muy remotas por la oposición contra él en el seno de su partido, mientras que Tyler y Birney tenían apoyos sumamente reducidos para alcanzar la presidencia, además que representaban posturas estrictamente seccionales. En consecuencia, los precandidatos más fuertes eran van Buren y Clay. Ambos, al parecer, habían llegado al acuerdo, desde 1842, de que no usarían el asunto de Texas como parte de sus campañas.[28] Lo cierto es que el 27 de abril de 1844, los dos se pronunciaron contra la "inmediata anexión de Texas", en sendas cartas publicadas por Clay en el *National Intelligencer*, y la de van Buren en el *Globe*, sólo cinco días después de que el tratado fuera rechazado en el Senado.

El 1º de mayo de 1844, la convención del Partido *Whig*, reunida en la ciudad de Baltimore, confirmó la candidatura de Henry Clay; con una plataforma en la que no se incluía la anexión de Texas. Por su parte, el Partido Demócrata, llevó a cabo su convención en la misma ciudad y después de nueve votaciones, nominó el 27 de mayo a James Knox Polk, con una plataforma en la que los puntos más relevantes eran: el expansionismo, la defensa de la esclavitud, la revisión de los aranceles, y la igualdad de derecho de todas las regiones.[29] En todos los sentidos esta plataforma trataba de satisfacer demandas de las tres regiones, pero en su propuesta expansionista fue donde las ganancias parecían ofrecer las mejores ventajas. Su oferta de "reanexar Texas" favorecía las demandas sureñas, y la de "reocupar Oregon" las del oeste y del norte. Con ello, los demócratas fijaron las bases del debate electoral. Henry Clay tuvo que enfrentarse a este problema, y en sus *Cartas de Alabama*, escritas en julio de 1844, pareció retractarse de lo que había sostenido en su anterior *Carta de Raleigh*, respecto a Texas.[30] Este cambio de postura le enajenó parte de sus apoyos en el norte, que ante la alternativa del Partido

[28] PLETCHER, 1973, pp. 139-140.
[29] APPELMAN WILLIAMS, 1971, vol. 1, p. 180.
[30] CLAVEN, 1966, p. 196.

de La Libertad, votarían por Birney. En el resultado final de las elecciones, Polk obtendría sólo 38 180 votos populares más que Clay, pero en el colegio electoral logró 65 más. La clave de la derrota de Clay estuvo en los comicios en Nueva York, ya que perdió los 36 votos electorales de ese estado, por sólo 5 080. La causa de este resultado fue el voto de los abolicionistas que originalmente apoyaban a Clay, pero ante su cambio de opinión sobre Texas, sufragaron a favor de Birney. El triunfo de Polk, a su vez, se explica por el artificio del avenimiento de los intereses regionales. El problema interno, y también para México, era que en ese momento, tanto la unidad del Partido Demócrata y de la misma Unión Americana dependían de completar el programa expansionista expuesto en la plataforma de Polk.

El resultado inmediato de la elección fue que el Poder Legislativo considerara más favorablemente el proyecto de anexión de Texas, ya que se pensó que el triunfo de Polk constituía un mandato nacional. El asunto, como se ha dicho antes, se encontraba para entonces sujeto a la decisión de ambas cámaras del Poder Legislativo, por medio del recurso de la Resolución Conjunta. El 2 de diciembre de 1844, el presidente Tyler urgió al Congreso a aprobar esa medida. La Cámara de Representantes consideró la propuesta casi de inmediato, y el 25 de enero de 1845 la aprobó por 120 votos a favor y 98 en contra. Esta votación tuvo un carácter tanto partidista como regionalista; sólo nueve *whigs* votaron a favor y éstos eran sureños; mientras que de los 31 votos contra los demócratas, con excepción de uno, correspondían, a los representantes de los estados del norte, todos los demás fueron de *whigs*. El Senado aprobó su versión un mes más tarde, aunque la votación en esta ocasión fue muy cerrada: 27 a favor y 25 en contra; la alineación partidista fue más clara y sólo un demócrata sureño votó en contra, mientras que dos *whigs* norteños a favor.[31] Por supuesto que en esta votación estaba la expectativa de que se compensara la anexión de Texas con la otra propuesta expansionista.

[31] COLLINS, 1973, p. 69.

Al asumir la presidencia, Polk reafirmó su compromiso de "reanexar Texas y reocupar Oregon".[32] En ambos casos prometía una ganancia territorial equilibrada a las tres regiones, y esto significaba que no podía defraudar a ninguna de ellas sin poner en riesgo su base política, la cohesión de su partido y la existencia misma de la Unión.

En el caso de Texas el proceso había avanzado significativamente, pero aún se presentaban algunos problemas. El principal fue la elección en este estado de Anson Jones como su presidente, ya que éste se mostraba inclinado a negociar con México el reconocimiento y mantener a Texas como estado independiente. Para ello había aprovechado los buenos oficios del ministro británico Charles Elliot, quien entre abril y mayo estuvo involucrado en conducir las ofertas y contraofertas entre México y Texas. Ante la arriesgada posibilidad de que la anexión de Texas se viera frustrada, Polk envió allí a varios agentes especiales para que apoyaran el cabildeo del ministro Andrew Jackson Donelson, con el objeto de asegurar la aprobación sobre la legislatura texana de la resolución de anexión. El señuelo fundamental fue aceptar como legítima la dudosa reclamación texana, de que su territorio se extendía hasta el río Bravo, y a la vez instigar a su ocupación, comprometiéndose Estados Unidos a apoyarla.[33]

En lo que respecta a la reocupación de Oregon, Polk, aparentemente estaba dispuesto a mantener la demanda de los principales líderes demócratas de los estados del oeste, en el sentido de que todo el territorio, hasta el paralelo 54° 40' pertenecía a Estados Unidos. La prensa demócrata, incluso, acuñó un agresivo emblema en apoyo a esta supuesta defensa de Polk: "Fifty four, forty or fight". Sin embargo, ante los riesgos de llegar a un conflicto más serio con Gran Bretaña, se procedió con cautela y no fue sino hasta enero de 1846 que se introdujo en el Congreso un

[32] Polk, Inaugural adress, 4 de marzo de 1845; James Knox Polk, *Message to Congress*, 2 de diciembre de 1845, en Appelman Williams, 1971, pp. 180-181.

[33] Stenberg, 1963, p. 69.

proyecto de resolución conjunta que estipulaba la terminación de la ocupación británico-estadounidense del territorio. Entre enero y junio se llevaron a cabo negociaciones tanto en Londres como en Washington, en las que finalmente Estados Unidos aceptó la antigua oferta británica de extender la línea del paralelo 49° hasta la costa del Pacífico como frontera entre ambos países, dejando la totalidad de la isla de Vancouver en posesión británica.[34] Este avenimiento produjo las correspondientes divisiones regionales y partidistas. En la Cámara de Representantes una coalición de diputados del oeste y del norte, entre ellos John Quincy Adams, habían demandado la completa ocupación de Oregon.[35] Cuando el tratado fue firmado el 15 de junio de 1846 se le sometió a la aprobación del Senado; 14 senadores, en su mayoría del oeste votaron en contra, y los 41 votos a favor fueron el producto de una alianza entre demócratas y *whigs*, sureños y norteños. Entre éstos figuraron Webster y Calhoun;[36] el primero, consideraba muy arriesgado para los intereses del norte, un conflicto con Gran Bretaña y al segundo no le interesaba la adquisición de territorio que ampliara la zona de influencia antiesclavista.

Uno de los objetivos que motivaban extender al norte la línea fronteriza de Oregon, era que Estados Unidos contara con un puerto apropiado para ampliar sus contactos comerciales en el Pacífico. De ahí el apoyo de parte de los grupos comerciales del norte, que, obviamente, quedaron insatisfechos con la negociación final. No obstante, éstos podían ser compensados con alguna otra posesión territorial y ésta era California. De hecho, la vinculación entre aceptar la oferta británica en Oregon con la adquisición de al menos parte de California se había presentado desde 1842. Durante las negociaciones entre Webster y Ashburton, el primero, como secretario de Estado, sugirió que Estados Unidos estaría dispuesto a aceptar el río Columbia como límite en Oregon si Gran Bretaña persuadía a Mé-

[34] PLETCHER, 1973, pp. 236-253.
[35] PLETCHER, 1973, p. 329.
[36] JONES, 1988, p. 153.

xico en ceder San Francisco, o incluso el territorio completo de California, desde el paralelo 36° hasta el 42°.[37]

Tal vez no haya sido coincidencia que en ese mismo año ocurriera el incidente de la ocupación temporal del puerto de Monterrey por parte del comodoro Jones, ya que en 1846 las condiciones para apoderarse de ese territorio eran mejores. Por una parte, la población de Estados Unidos en California había aumentado con habitantes procedentes del oeste, con lo que se facilitó vincular los intereses agrarios del oeste y mercantiles del norte. Por la otra, tanto México como la provincia de California se encontraban inmersos en una crisis. El gobierno estadounidense desde mediados de 1845, posiblemente adelantando los resultados de la negociación con Gran Bretaña había enviado a California, a través del secretario de Guerra, a John Charles Freemont y nombrado a Thomas O. Larkin, su cónsul en Monterrey, como agente confidencial para inducir la anexión de California a Estados Unidos.

Durante la segunda mitad de 1845 y la primera de 1846, las promesas expansionistas de Polk se habían logrado parcialmente. En cuanto a lo que se refiere a Texas, se logró su anexión al ser ésta ratificada el 4 de julio de 1845, por una convención texana. Pero faltaba asegurar la posesión del territorio a lo largo de la ribera del río Bravo. Respecto a Oregon se procedía a aceptar la oferta británica y se daban los primeros pasos para compensarla con la adquisición de California. Por ello, en este lapso Polk se concentró en forzar a México a aceptar ambas condiciones, ya que en ello estaba comprometido su capital político. El primer arbitrio fue a través de una pretendida oferta de negociación, con la misión de John Slidell. La amañada acreditación de éste y su oferta de vincular el pago de indemnizaciones con la cesión tanto del territorio en disputa, en Texas, y la adquisición de Nuevo México y California —ideas que estaban tomadas de la estrategia jacksoniana— condujeron a que su misión resultara un fracaso. El único medio que le quedó a Polk para cumplir sus promesas fue la guerra de conquista contra México.

[37] PLETCHER, 1973, p. 100.

El 11 de mayo Polk envió al Congreso su mensaje para solicitar su autorización y declarar la guerra a México, basaba su argumento en que éste había invadido territorio de Estados Unidos. La Cámara de Representantes de inmediato consideró el asunto y el mismo día aprobó la medida con una votación de 174 votos a favor y sólo 14 en contra;[38] estos últimos fueron en su totalidad de parte de *whigs* y norteños, encabezados por John Quincy Adams. El resto de los diputados *whigs* votaron a favor teniendo en mente el antecedente de los federalistas que en 1812 se habían opuesto a la guerra, y lo habían pagado con su desacreditación política; pero la posibilidad de obtener California también estuvo presente.

En el Senado el debate fue más largo. John C. Calhoun demandó que el mensaje presidencial fuera analizado con mayor cuidado, Thomas Hart Benton solicitó que las comisiones de Asuntos Militares y de Relaciones Exteriores dieran su dictamen y John Davis coincidió con Calhoun en que se requería un examen más minucioso de los argumentos de Polk, particularmente sobre si el territorio, entre los ríos Nueces y Bravo, era legítimamente parte de Estados Unidos.[39] No obstante, el 13 de mayo fue aprobada la medida con una votación de 40 votos a favor y dos en contra; de nueva cuenta estos últimos fueron de dos senadores *whigs*: Thomas Clayton de Delaware y John Davis de Massachusetts. John C. Calhoun y otros dos senadores *whigs*, aunque presentes al momento de la votación se abstuvieron.

Los resultados de ambas votaciones evidenciaron el resurgimiento de un nacionalismo parecido al de 1812, pero como en aquellos años, esto no era otra cosa que una nueva forma de avenimiento regional, ya que además de ofrecer ventajas territoriales a las tres regiones, también se había llegado a un acuerdo parcial sobre el asunto de los aranceles, desde abril de ese año.[40]

[38] COLLINS, 1973, p. 70.
[39] *Congressional Globe*, 29th Congress, 1st. Session, p. 786.
[40] PLETCHER, 1973, p. 382.

A pesar de la inicial popularidad de la guerra, en el ámbito político no tardó en ser un tema de disensión. Los miembros del Partido *Whig*, especialmente los del norte, no tardaron en denunciar que la guerra carecía de sustentos legal y moral. Dentro del Partido Demócrata, John C. Calhoun, se convirtió en un severo crítico de Polk, sobre todo porque temía que la adquisición de territorio mexicano acabara debilitando la posición del sur dentro de la federación, como finalmente sucedería en la década siguiente.[41] En este sentido, el problema de la extensión de la esclavitud surgió casi de inmediato. En agosto de 1846, el representante demócrata David Wilmot de Pennsylvania, introdujo una enmienda al proyecto de ley para asignar fondos para la guerra; en ésta se establecía que no se podría extender la esclavitud al territorio que se obtuviera de México. A pesar de la oposición sureña, la enmienda se añadió al proyecto de ley y éste fue aprobado por la Cámara de Representantes;[42] pero esta versión no pudo ser considerada en el Senado por falta de tiempo. Mientras tanto, en las elecciones legislativas de 1846, el Partido *Whig* consiguió triunfos importantes en el norte, y esto le significó ser dominante en la Cámara de Representantes con un margen de 115-108; no obstante, en el Senado los demócratas mantuvieron el control. La guerra, sin duda, desempeñó un papel importante en el resultado de la elección de diputados, aunque también el tema de los aranceles contribuyó a ello.

En febrero de 1847, la Enmienda de Wilmot fue nuevamente propuesta al introducirse un proyecto de asignación de fondos para continuar la guerra, que sustituía al anterior. El debate en la Cámara de Representantes sobre la enmienda fue muy intenso, e incluso se llegó a escuchar alguna sugerencia secesionista, como la del representante Jacob Brinkerhoff de Ohio quien afirmó: "[...] si las armas y la sangre de esta nación van a ser usadas para propagar la esclavitud sobre tierra libre, ¿por qué no dejar que venga la disolución?".[43]

[41] Velasco Márquez, 1977, pp. 73-75.
[42] Going, 1924, p. 101.
[43] *Congressional Globe*, 29th Congress, 2nd. Session, p. 377.

La votación se llevó a cabo el 15 de febrero de 1847 y la enmienda fue aprobada por 115 votos a favor y 106 en contra, con un abierto sesgo secesionista; la mayoría de los diputados del norte, sin importar filiación partidista votaron a favor, mientras que lo contrario sucedía en las delegaciones partidistas provenientes del sur. En el Senado, el debate se centró en la amenaza que significaba la guerra contra México a la Unión Americana y la enmienda fue rechazada por 31 votos en contra y 21 a favor. Nuevamente el regionalismo determinó este resultado. El rechazo por parte del Senado obligó a una reconsideración por parte de la Cámara de Representantes en donde finalmente fue rechazada la enmienda con una votación de 97 a favor y 102 en contra. Este giro en sentido contrario se debió a los temores levantados por la retórica regionalista y por los riesgos, ya evidentes, de polarizar a los partidos políticos. De hecho aunque la Enmienda Wilmot fue rechazada, esto no evitó la fragmentación de los partidos políticos y el resentimiento del sur.[44]

En 1847, a pesar de los triunfos militares del ejército estadounidense en la invasión de México, de la inicial popularidad de la guerra y la exaltación romántica en la imaginación popular, ésta era cuestionada en importantes sectores de la opinión pública,[45] produciendo efectos negativos en las alianzas políticas y los intereses regionales. El Partido *Whig* se dividió en dos facciones: los "*whigs* de conciencia", para los que la expansión de la esclavitud era inaceptable, y los "conservadores" también llamados los "*whigs* del algodón", los cuales estaban dispuestos a aceptar ciertas concesiones a las demandas del sur, en aras de mantener la cohesión del partido y entre los cuales se encontraban líderes de las tres regiones. En el seno del Partido Demócrata, los seguidores de la no extensión de la esclavitud se confrontaron con los demócratas sureños. Durante la 30a. Legislatura se empezaron a formar nuevas coaliciones políticas, que pronosticaban la radical regionalización de los

[44] COLLINS, 1973, pp. 73-74.
[45] MERK, 1970, p. 55.

partidos políticos. Los "*whigs* de conciencia" se aliaron a los demócratas antiesclavistas, y con ello se sentaron las bases para la conformación de un nuevo partido político, el de Tierras Libres. Por su parte, los *whigs* sureños y los conservadores del norte sumaban fuerzas con los demócratas sureños.[46] La pretensión de unidad producida a través de la expansión territorial y de exaltación nacionalista por medio de una guerra extranjera de conquista, empezaba a evidenciar la fragilidad de la Unión Americana.

El 27 de mayo de 1847, el diario *New York*, publicó un editorial titulado "Mexico Annexed to the United States", con el cual se iniciaría una efímera, pero importante, controversia: "El Movimiento de Anexar todo México", en apariencia fue una expresión más del impulso nacionalista-expansionista, pero en realidad respondía nuevamente al regionalismo y partidismo de Estados Unidos.

Algo que desconcertó a los dirigentes y a la opinión pública estadounidense fue que, a pesar de las derrotas militares y la invasión de su territorio, la resistencia mexicana se mantuviera firme contra los empeños estadounidenses. Por ello, primero la prensa y después algunos dirigentes, llegaron a proponer la anexión de todo México a la federación estadounidense. Ante esta posibilidad se volvieron a radicalizar las posiciones regionales y partidistas; sobre todo las primeras. En el sur, la propuesta fue recibida con franco rechazo. Anexar a todo México significaba apoyar a los antiesclavistas dada la posición frente a la esclavitud asumida por el pueblo y los diferentes gobiernos en México; a lo que se añadía un importante contenido de racismo, que consideraba que los pueblos no anglosajones eran inferiores e incapaces de entender un sistema republicano como el de la Unión Americana. En la Nueva Inglaterra, la propuesta fue percibida como un argumento más en favor de la extensión de los intereses sureños. Pero en las ciudades comerciales del Atlántico medio y del norte la proposición resultó atractiva, ya que para los intereses de éstas, anexar todo México significaba debilitar al sur como

[46] HAUN, 1973, pp. 84-85.

región políticamente importante al contrarrestar la fuerza de los estados esclavistas con población tradicionalmente opuesta a esa práctica, al tiempo que abría espacios para incrementar el mercado interno. El debate público, y en el recinto del Congreso, favorecieron aún más las escisiones regionales y partidistas generadas por la Enmienda Wilmot.

La ocupación de la ciudad de México por las fuerzas del general Scott en septiembre de 1847 fue un triunfo militar, pero una derrota diplomática. Si bien Estados Unidos había logrado sus objetivos de ocupar y conquistar el territorio, que Polk ofreció como panacea de unidad nacional y como la contribución de su partido político a ésta, no había conseguido legitimarlo y menos aún legalizarlo. En este punto la decisión de Nicholas Trist de avanzar la negociación con México, pese a que él mismo reconoció la injusticia de las demandas de su gobierno, vino a ser la salida al problema.[47] El mismo Polk, a pesar de haber desautorizado a Trist como negociador, no encontró otra alternativa que someter al Senado el resultado de la negociación de aquél; aunque para tratar de salvar su autoridad y prestigio lo hizo sin recomendar su aprobación. El Tratado de Guadalupe-Hidalgo fue aprobado por el Senado el 10 de marzo de 1848, por 38 votos a favor y 14 en contra, sin que en esta votación se manifestaran diferencias regionales o partidistas. Por una parte, la guerra contra México había generado ganancias territoriales evidentes y, por la otra, había causado ya suficientes daños a la estabilidad interna de Estados Unidos; en consecuencia, la alternativa no era otra.

Pero faltaba pagar el saldo del pírrico triunfo. Sin duda Estados Unidos expandió su territorio, pero arriesgando su precaria unidad nacional y este acto de temeridad acabó siendo muy costoso para su futuro, ya que a mediano plazo el efecto de la guerra fue dejar:

> [...] tras si misma tensiones regionales que iniciaron el proceso que destruyó los antiguos lazos de la Unión, especialmente a los partidos políticos nacionales, y los reemplazó por

[47] Drexler, 1991, pp. 119 y ss.

partidos regionales. En los feroces sucesivos conflictos que tuvieron lugar en torno a la organización de la cesión mexicana, el partido de Tierras Libres nació, la crisis de 1850 ocurrió y el Partido Republicano se prefiguró, el cual cuando triunfó, condujo a la secesión de los estados sureños.[48]

REFERENCIAS

APPELMAN WILLIAMS, William (comp.)

1971 *The Shaping of American Diplomacy. Readings and Documents in American Foreign Policy*. Chicago: Rand McNally & Company, vol. 1, p. 180.

CLAVEN, Avery

1966 *The Coming of the Civil War*. Chicago: University of Chicago Press, p. 191.

COLLINS, John R.

1973 "Sectionalism and Political Fragmentation", en FAULK y STOUT, p. 69.

CHACE, James y Cabel CARR

1988 *America Invulnerable. The Quest for Absolute Security from 1812 to Sats Wars*. Nueva York: Summit Books, pp. 37-38.

DANGERFIELD, George

1952 *The Era of Good Felings*. Nueva York: Harcout, Brace & World, Inc., pp. 55 y ss.

DREXLER, Robert W.

1991 *Guilty of Making Peace. A biography of Nicholas Trist*. Lanham, Maryland: University Press of America, Inc.

FAULK, Odie B. y Joseph A. STOUT

1973 *The Mexican War. Changing Interpretations*. Chicago: The Swallon Press.

FORD RHODES, James

1963 *History of the United States from the Compromise of 1850*, en RUIZ, p. 10.

[48] MERK, 1970, p. 63.

GIBSON, Joe

1973 "A Butler: What a Scamp", en FAULK y STOUT, p. 47.

GOING, Charles B.

1924 *David Wilmot, Free Soiler.* Nueva York: Appleton and Co.

HAUN, Cheryl

1973 "The Whig Abolitionist's Attitude", en FAULK y STOUT, pp. 84-85.

HUNTINGTON, Samuel P.

1981 *American Politics. The promise of disharmony.* Cambridge, Massachussetts: The Belknap Press of Harvard University.

JACKSON TURNER, Frederick

1935 *The United States, 1830-1850.* Nueva York: W.W. Norton & Co.

JONES, Howard

1988 *The Course of American Diplomacy.* Chicago: The Dorsey Press, vol. 1.

KNOX POLK, James

1971 *Inaugural Adress.* 4 de marzo de 1845; James Knox Polk, *Message to Congress,* 2 de diciembre de 1845, en APPELMAN WILLIAMS, pp. 180-181.

MCCORMICK, Richard P.

1966 *The Second American Party System. Party Formation in the Jacksonian Era.* Nueva York: W.W. Norton and Co.

MERK, Frederick

1970 "Dissent in the Mexican War", en MORRISON, MERK y FREIDEL, p. 55.

1973 *Slavery and the Annexation of Texas.* Nueva York: Alfred A. Knopf.

MILLER, John C.

1960 *The Federalist Era, 1789-1801.* Nueva York: Harper & Row Publishers.

MORRISON, Samuel Eliot, Frederick MERK y Frank FREIDEL

1970 *Dissent in Three Americans Wars.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

PLETCHER, David M.

1973 *The Diplomacy of Annexation. Texas, Oregon and the Mexican War.* Columbia, Missouri: University of Missouri Press.

PRATT, Julius

1925 *Expansionists of 1812.* Nueva York: The Macmillan Company.

RUIZ, Eduardo Ramón (comp.)

1963 *The Mexican War. Was it Manifest Destiny?* Nueva York: Holt, Rinehart and Wiston.

SCHUMACHER, María Esther

1994 *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos.* México: Fondo de Cultura Económica.

SHURZ, Carl

1899 *American Statesmen, Henry Clay.* Boston: Houghton, Miffing and Company, vol. 1.

STENBERG, Richard R.

1963 "The failure of Polk's Mexican War Intrigue of 1845", en RUIZ, p. 69.

TOCQUEVILLE, Alexis de

1963 *La democracia en América Latina.* México: Fondo de Cultura Económica.

VÁZQUEZ, Josefina y Lorenzo MEYER

1989 *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-1988.* México: Fondo de Cultura Económica.

VELASCO MÁRQUEZ, Jesús

1977 "John C. Calhoun y el expansionismo estadounidense", en *Anuario de Historia.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, año IX, pp. 73-75.

VELASCO MÁRQUEZ, Jesús y Thomas BENJAMIN

1994 "La guerra entre México y los Estados Unidos", en SCHUMACHER, pp. 115-129.

LOS SAN PATRICIOS EN LA GUERRA DE 1847

Robert Ryal MILLER
Berkeley, California

LA SAGA DE LOS SAN PATRICIOS ES UNA VERDADERA y fascinante historia de guerra, intriga, deserción y brutal justicia militar. Un episodio único en la historia militar, que involucra a desertores del ejército de Estados Unidos que cruzaron las líneas enemigas y se unieron al ejército mexicano en un momento en que las dos naciones estaban en guerra. Como representantes de un corte transversal de las fuerzas estadounidenses, muchos desertores eran extranjeros —la mayoría irlandeses. Bajo la bandera de San Patricio, santo patrono de Irlanda, formaron una unidad específica del ejército mexicano, compuesta principalmente de desertores, que peleó en cinco batallas.[1]

La historia de los san patricios está entretejida con la guerra que brotó en el río Bravo después de que Estados Unidos anexó Texas, a finales de 1845. Un problema era la frontera: los estadounidenses sostenían que era la del río Bravo, mientras que los mexicanos la reconocían en el río Nueces, 150 millas (240 km) al noreste, que había sido la frontera tradicional. A finales de marzo de 1846 el general Zachary Taylor se encontraba en el suroeste de Texas, donde comandaba un ejército estadounidense de 3 900 hombres, casi la mitad de los cuales habían nacido en Irlanda, Gran Bretaña o Euro-

[1] El único libro que no es de ficción sobre el tema, en MILLER, 1989. Además, existen tres novelas: COX, 1954; HAYES, 1977, y KRUEGER, 1960.

pa occidental.[2] Los hombres de Taylor construyeron una fortaleza en el territorio disputado, sobre la ribera izquierda del río Bravo, frente al pueblo de Matamoros, donde existía una base militar mexicana. Así quedó preparado el escenario para la guerra —y también para la deserción.

Cuando se enteró del campamento estadounidense sobre el río Bravo, el general mayor Pedro de Ampudia, comandante del Ejército Mexicano del Norte, llegó rápidamente a la zona con refuerzos de 2 400 soldados. Aun antes de su llegada a Matamoros ordenó la impresión en inglés de volantes que se esparcieron por los caminos y se pasaron de contrabando al campamento estadounidense. Dirigido "A los ingleses e irlandeses del ejército del General Taylor", la retahíla de Ampudia, fechada el 2 de abril de 1846, protestaba contra la agresión estadounidense y exhortaba a los soldados a desertar:

> Recuerden que nacieron en Gran Bretaña, que el gobierno estadounidense mira con frialdad la poderosa bandera de San Jorge y está provocando hasta que truene al pueblo guerrero al que pertenece; el presidente Polk está manifestando con desafío el deseo de tomar posesión de Oregon, como ya ha hecho con Tejas. Así pues, vengan con toda confianza a las filas mexicanas.[3]

Tres semanas más tarde el general mayor Mariano Arista, que había recibido órdenes de remplazar a Ampudia, llegó a Matamoros con tropas adicionales. También él introdujo volantes de contrabando en el campamento estadounidense, uno de los cuales exhortaba a los soldados a abandonar la "desesperada y profana causa [...] depongan sus armas y corran a nosotros, y los acogeremos como verdaderos amigos y cristianos". Los volantes de deserción prometían que se daría tierra a los desertores según su rango —los soldados rasos recibirían un mínimo de 320 acres (128 ha). No se lo declaraba explícitamente, pero para ser candidato a la con-

[2] NICHOLS, 1963, p. 33.
[3] El llamado de Ampudia está impreso en FROST, 1847, pp. 48-49.

cesión de tierras los desertores tendrían que unirse al ejército mexicano y la tierra se repartiría al finalizar la guerra.[4]

El 25 de abril de 1846 ocurrió un enfrentamiento armado entre las fuerzas enemigas, cuando una unidad de la caballería mexicana atacó a una estadounidense de reconocimiento en el territorio disputado, dio muerte a once estadounidenses, hirió a seis y tomó prisioneros a 63. Taylor envió esta noticia urgentemente a Washington, donde el presidente Polk usó el incidente como parte de su mensaje al Congreso y solicitó una declaración de guerra. El 13 de mayo una abrumadora mayoría de los congresistas votó a favor de proseguir el conflicto y reclutar tropas voluntarias. El Congreso mexicano demoró su declaración oficial de guerra hasta el 2 de julio, la que se anunció públicamente a la siguiente semana.[5]

Incluso, antes del comienzo de las hostilidades, soldados estadounidenses desertaron del ejército de Taylor y cruzaron a nado el río Bravo. Como en ese punto el río sólo tenía 200 yardas (180 m) de ancho, los hombres podían ver en Matamoros el movimiento y excitación de un pueblo, comparados con su triste y reglamentada vida de campamento; también oían música de fandangos y el frecuente repicar de las campanas de la iglesia, que debe haber despertado nostalgias en algunos soldados extranjeros. Otros fueron provocados por las señoritas escasamente vestidas que nadaban en el río y por las engalanadas sirenas de la ribera opuesta. Y los volantes mexicanos, con sus promesas de tierra, fueron factores de importancia. A estas atracciones se sumaban los reportes de dos "dragones" capturados, quienes al ser repatriados dijeron que en México los desertores recibían buen trato. El 11 de abril la *Gaceta* de Matamoros declaró que 43 desertores y seis esclavos negros que pertenecían a los oficiales estadounidenses habían buscado re-

[4] El llamado del 20 de abril de 1846 se encuentra en US Congress, House, *Mexican War Correspondence*, H. Exec. doc. 60, 30er. congreso, 1ra. sesión, pp. 303-304.

[5] BAUER, 1974, pp. 48 y 67-69; la declaración mexicana aparece en el *Diario del Gobierno* (7 jul. 1846).

fugio cruzando el río. No todos ellos tomaron las armas en México, aunque un buen número sí lo hizo.[6]

Uno de los desertores que cruzaron el río Bravo fue un irlandés llamado John Riley, quien se volvió el principal organizador de los san patricios. Se conocen muy pocos datos biográficos sobre Riley, y mucha de la evidencia es fragmentaria y contradictoria. Un problema lo constituye la ortografía de su apellido —ya que en algunas de sus cartas firmaba como Riley, otras veces usaba Reily, o Reilly (nunca O'Reilly); y los documentos del ejército mexicano lo llamaron Juan Reyle, Reley, Reely y Reiley. Las variaciones en la escritura de los patronímicos eran comunes en Irlanda, especialmente en el condado de Galway, donde persistía el idioma gaélico y a Riley se le hubiera conocido como Seán O'Raghailligh. Aunque él decía haber nacido en ese lugar, la fecha exacta no se conoce, ni en cuál de las 95 parroquias del condado se pudo haber registrado su bautizo. Cuando se enroló en el ejército de Estados Unidos en 1845, declaró que tenía 28 años, lo cual supondría que su año de nacimiento fue hacia 1817. Sin embargo, el editor de un periódico estadounidense que pudo verlo dos años más tarde calculó que tenía unos 35 años, lo cual indicaría que había nacido en 1812. Todos los registros coinciden en que Riley era un hombre alto, musculoso y de hombros anchos; medía un metro con 87 cm, tenía cabello oscuro, ojos azules y tez rojiza. Estaba casado y tenía un hijo en Irlanda, según una de sus cartas, y al parecer regresó allá después de sus aventuras en el Nuevo Mundo.[7]

Riley fue un mercenario que sirvió sucesivamente en los ejércitos de tres países: Gran Bretaña, Estados Unidos y México. Evidencia circunstancial y su propio testimonio indican que en algún momento de la década de 1830 se unió al ejército británico, probablemente en un puesto militar en Irlanda. Parece haber sido asignado a una unidad real

[6] Unos 4 000 soldados estadounidenses desertaron en México durante la guerra. MILLER, 1989, p. 24; NICHOLS, 1963, p. 52, y SMITH, 1919, I, p. 160.

[7] USNA RG 94, Register of Enlistments, 44, p. 218; *North American* (24 dic. 1847); Riley a Ewan Mackintosh, Puebla, 6 de agosto de 1849, GB/PRO FO 94, p. 124 y 203.

de artillería, pues luego demostró que sabía servir cañones. En esta primera carrera militar obtuvo el grado de cabo o sargento, probado por una afirmación posterior, cuando era soldado raso en el ejército de Estados Unidos, de que si Dios le daba licencia, "nuevamente obtendría mi grado anterior o moriría".[8] Mientras estaba en una estación de la Norteamérica británica (muy probablemente Canadá), Riley desertó en 1843 y huyó hacia el sur a Estados Unidos, donde trabajó dos años de bracero en Michigan, cerca de la frontera canadiense. Su patrón era Charles O'Malley, un pionero que había llegado siete años antes del condado de Mayo en Irlanda.[9]

El 4 de septiembre de 1845 Riley se fue a Fort Mackinac, donde se enroló por un periodo de cinco años en el ejército de Estados Unidos. Tenía el grado de soldado raso y fue asignado a la compañía K del primer regimiento de infantería. Sólo dos días después de alistarse, su regimiento partió hacia Texas, bajando por el río Misisipí hasta Nueva Orleáns, luego por barco hasta Corpus Christi, Texas, y de ahí por tierra a través de la pradera texana hasta el río Bravo, frente a Matamoros. Allí, el domingo 12 de abril, Riley consiguió permiso para asistir a una misa católica, que dijo iba a ser ofrecida por un sacerdote de Matamoros en la costa izquierda, pero nunca regresó a su unidad y fue reportado como desertor.[10]

Dos años y medio después Riley alegó que no había desertado voluntariamente. "Fui a escuchar un servicio [religioso] y me capturaron los mexicanos, llevándome como prisionero a Matamoros ante el general Ampudia", dijo.[11] Recordó que luego había sido interrogado durante varios

[8] Riley a Charles O'Malley, ciudad de México, 27 de octubre de 1847, USNA/RG 94, Mexican War, miscelánea de documentos, c. 7. Una búsqueda en las listas de revista de la oficina de registros públicos de Londres no logró localizar el registro de Riley, porque no se conocen las fechas de servicio ni su unidad militar.

[9] O'Malley al mayor general Winfield Scott, Mackinac, 5 de febrero de 1848, USNA/RG 94, Mexican War, miscelánea de documentos, c. 7.

[10] El alistamiento de Riley aparece en USNA/RG 94, registro de alistamientos, 44, p. 218 y USNA/RG 153, caso 27, John Reilly [Riley].

[11] USNA/RG 153, EE531, caso 27, John Reilly [Riley].

días y que finalmente se le había dado a elegir entre unirse al ejército mexicano del norte o ser fusilado, con el pretexto de que como irlandés era extranjero tanto en México como en Estados Unidos, por lo que escogió la primera opción y fue comisionado como primer teniente de la artillería mexicana. En ese momento recibió su espada, símbolo distintivo y principal arma portada por los oficiales.[12] Vale la pena hacer notar que Riley habría ganado siete dólares al mes como soldado raso estadounidense, mientras que su paga como teniente mexicano sería de 57 dólares mensuales.

Riley exigió luego reconocimiento por haber organizado a los san patricios. En una carta al presidente mexicano declaró: "Desde abril de 1846, cuando me separé de las fuerzas norteamericanas [...] he servido constantemente bajo la bandera mexicana. En Matamoros formé una compañía de 48 hombres".[13] En julio de 1847 el número de san patricios ya había pasado de 200. No todos los hombres que se unieron a la unidad se volvieron oficiales; sus rangos iban desde soldados rasos hasta tenientes coroneles. Aunque la unidad estaba compuesta en su mayoría por desertores del ejército estadounidense —tanto nacidos en Estados Unidos como inmigrantes europeos—, entre sus miembros también se incluían extranjeros residentes en México y algunos ciudadanos mexicanos[14] (véase al final de este artículo la lista de los san patricios más conocidos). La mayoría eran irlandeses, y aunque no todos los hombres eran católicos romanos, su unidad llevaba el nombre del santo patrono de Irlanda y peleaban bajo una bandera de color esmeralda blasonada con un trébol y un arpa irlandesa, que les daba un símbolo distintivo y ofrecía cohesión al grupo.

El segundo en el mando después de Riley era Patrick Dalton, quien había nacido hacia 1824 en la baronía de Tirawley,

[12] USNA/RG 153, EE531, caso 27, John Reilly [Riley].

[13] Riley al presidente mexicano, ciudad de México, 20 de agosto de 1848, GB/PRO FO 93, p. 203 y 367.

[14] Durante más de diez años al autor de este artículo se le ha negado acceso al Archivo Histórico de la Defensa Nacional de México, que contiene registros de personal y de otros tipos sobre los san patricios.

cerca de Ballina, condado de Mayo, Irlanda. Cuando Dalton se alistó en el ejército de Estados Unidos el 2 de agosto de 1845, en Nueva York, dijo que tenía 21 años y que había nacido en Quebec. Este falso lugar de nacimiento sin duda fue dado para cubrir sus huellas recientes, probablemente como desertor del ejército británico. Después de catorce meses como soldado raso en el ejército de Estados Unidos, Dalton desertó el 23 de octubre de 1846, cuando su unidad estaba apostada en Camargo, sobre el río Bravo. Cruzó hacia el ejército mexicano, donde posteriormente fue ascendido a capitán al mando de una de las compañías de san patricios.[15]

También, ciudadanos británicos residentes en México se volvieron miembros del grupo de san patricios. Entre éstos destacaban tres escoceses: John Sutherland, Henry Thompson y James Humphrey, este último era un cirujano que había estado en el país desde 1842. Los civiles nacidos en Irlanda y residentes en México que se sumaron a la unidad incluían a Richard Burke, Thomas Donaley, John Hynes, Patrick Maloney, Peter O'Brien y Thomas O'Connor. Un inglés llamado John Wilton, que había desertado de un barco británico en Jamaica antes de llegar a México, se unió a la compañía de Patrick Dalton.[16]

La unidad también incluía a siete ciudadanos mexicanos. Tres comandantes de las unidades de San Patricio eran oficiales de carrera del ejército mexicano: el teniente coronel Francisco Schafino, los mayores Francisco Rosendo, nacido en Florida, Moreno y José María Calderón; y por lo menos otros cuatro oficiales mexicanos sirvieron en el grupo: el capitán Ignacio Álvarez, y los tenientes Casimiro Arce, Ramón B. Bachelor y Camilo Manzano.[17]

Como dijimos, los san patricios pelearon bajo su propia bandera; en realidad, bajo sus diversas variantes a medi-

[15] El alistamiento de Dalton aparece en USNA/RG 94, registros de alistamientos, 44, p. 68; su lugar de nacimiento aparece en John Riley a Charles O'Malley, ciudad de México, 27 de octubre de 1847, USNA/RG 94, miscelánea de documentos, c. 7.

[16] GB/PRO FO 93, pp. 105-106; 94, pp. 74-75 y 203 y GB/PRO FO 102 y 204, pp. 64, 71-72 y 483.

[17] FINKE, 1957, pp. 37-38.

da que progresaba la guerra. John Riley decía que la bandera verde esmeralda tenía una imagen de San Patricio emblasonada de un lado, con un trébol y el arpa de Erin, del otro. Un corresponsal de un periódico de Nueva Orleáns describió una bandera de San Patricio capturada como hecha de seda verde, con un arpa bordada, el escudo de armas mexicano con las palabras "Libertad por la República Mexicana", y debajo del arpa la leyenda "Erin go Bragh" (Irlanda por siempre). Samuel Chamberlain, un soldado "yankee" que había peleado contra los san patricios, recordaba de este modo su bandera: "Una hermosa bandera de seda verde ondeaba sobre sus cabezas; en ella brillaba una cruz plateada y un arpa dorada, bordadas por las manos de las bondadosas monjas de San Luis Potosí".[18]

La primera experiencia de batalla de los san patricios ocurrió cuando estaban apostados en el pueblo de Matamoros sobre el río Bravo. Aún no tenían toda la fuerza de una compañía, pero el 3 de mayo de 1846 ayudaron a la artillería mexicana a bombardear la guarnición estadounidense del otro lado del río, que primero era llamada Fort Texas y luego renombrada como Fort Brown cuando el mayor Jacob Brown fue mortalmente herido en el ataque. Riley luego aseguró haber participado en esta acción, y el general Taylor reportó: "Se sabe que algunos de nuestros desertores fueron empleados en contra nuestra y de hecho sirvieron armas en el cañoneo y bombardeo de Fort Brown".[19] Aunque no existe evidencia de que hayan participado en las batallas de Palo Alto y Resaca de la Palma, efectuadas río abajo los días 8 y 9 de mayo.

Cuando el ejército del norte del general Arista evacuó Matamoros el 17 de mayo, sus tropas incluían a los san patricios. Después de retirarse río arriba unas 10 millas (16 km),

[18] CHAMBERLAIN, 1956, 124; Riley a Charles O'Malley, ciudad de México, 27 de octubre de 1847, USNA/RG 94, Mexican War, miscelánea de documentos, c. 7, y *Daily Picayune* (9 sep. 1847).

[19] Taylor al Gen. Adj., Matamoros, 30 de mayo de 1846, en US Congress, *Mexican War Correspondence*, House Exec. doc. 60, 30er. congreso, 1ra. sesión, 303; Riley al presidente de México, prisión de Santiago, 20 de agosto de 1848, GB/PRO FO 93, p. 367 y 203.

con su séquito de casi 1 000 dependientes y seguidores de campamento, la fuerza mexicana se dispersó unas 200 millas (320 km) hacia el suroeste, por una tierra agreste, y llegó, finalmente, al pueblo de Linares a fines de mayo. A mediados del verano marcharon otras 100 millas (160 km), y cruzaron la escarpada Sierra Madre Oriental hasta la ciudad de Monterrey, capital del estado de Nuevo León, que entonces tenía unos 13 000 habitantes.[20] Pronto los residentes se enteraron de que las fuerzas estadounidenses del general Taylor estaban avanzando hacia ellos, y les pareció que habría una importante batalla en esta ciudad.

El general Ampudia, que encabezaba la defensa de Monterrey, enfrentó a los invasores con propaganda, así como con un gran ejército. Además de emitir una serie de proclamas patrióticas, una de las cuales amenazaba de muerte a cualquier mexicano que comerciara con los "yankees", autorizó la impresión de volantes en inglés, que se esparcieron por los caminos. Con fecha del 15 de septiembre de 1846 y el nombre de Ampudia, los volantes exhortaban a los soldados estadounidenses a desertar:

> Ofrezco a todos los individuos que depongan sus armas y se separen del ejército estadounidense, buscando protección, que serán bien recibidos y tratados en todas las plantaciones, ranchos o pueblos, donde llegarán primero, y que serán asistidos en su marcha hacia el interior de la república por todas las autoridades en el camino, como se ha hecho con todos aquellos que se han pasado con nosotros.[21]

La batalla de Monterrey comenzó el 21 de septiembre de 1846. Incluía a los refuerzos recién llegados, el ejército de Ampudia sumaba 7 300 hombres, contra los 6 200 de Taylor. Los defensores tenían más de 40 piezas de artillería, algunas colocadas estratégicamente en la ciudadela en las vías de acceso del norte y otras en las colinas que dominan la ciudad. Varios historiadores han descrito que Riley y otros san patricios

[20] Roa Bárcena, 1947, 1, p. 90. El registro de pago de Riley muestra que estaba en Linares en junio de 1846, GB/PRO FO 94, p. 114 y 203.

[21] El texto del volante está impreso en el *Diario del Gobierno* (25 sep. 1846); hay una copia original en CyY/BRBL.

estuvieron empleados "restaurando, plantando y sirviendo los cañones". Manuel Balbontín, un oficial de la artillería mexicana en la campaña, escribió después de la batalla que el general Taylor interrogó a varios oficiales mexicanos capturados y les preguntó por los extranjeros que servían en las baterías mexicanas. Un historiador estadounidense citó un detallado papel de la guarnición e hizo notar que "una partida de desertores del ejército americano (la mayoría irlandeses), que sirvió en Monterrey, estaba supuestamente incluida en dicha lista".[22] Después de tres días de feroz pelea, el general Ampudia acordó capitular en términos que incluían un armisticio de ocho semanas, la rendición de la ciudad y el retiro de todas las fuerzas mexicanas con sus armas personales y una batería de artillería de seis cañones.

Entre el 26 y 28 de septiembre los soldados estadounidenses vieron a las tropas mexicanas marchar fuera de Monterrey por el camino a San Luis Potosí, con sus banderas en alto. Un testigo "yankee" reportaría que:

> Varios de nuestros desertores fueron reconocidos en las filas del enemigo, el más conspicuo de los cuales era un irlandés de nombre Riley, que ha sido asignado como capitán en la artillería enemiga. Fue reconocido por sus antiguos compañeros de rancho, y los pasó entre abucheos y una sarta de reproches.[23]

Durante las siguientes semanas, mientras las tropas de Taylor ocupaban Monterrey, la deserción fue un serio problema. El mayor Luther Giddings del primer regimiento de voluntarios de Ohio citaría que más de 50 soldados regulares habían abandonado el servicio.

> A éstos el enemigo [los] recibió con alegría y alistó rápidamente en sus filas, donde sirvieron con un coraje y fidelidad que nunca habían exhibido en las nuestras. Sin duda el más humilde del batallón de San Patricio fue honrado con mucha consideración por los mexicanos.[24]

[22] SMITH, 1919, 1, p. 494, n. 11; BALBONTÍN, 1883, p. 38, y LAVENDER, 1966, p. 101.

[23] HENRY, 1847, pp. 223-224.

[24] GIDDINGS, 1853, p. 276.

En la misma época en que se estaba realizando la batalla de Monterrey, el general Antonio López de Santa Anna regresaba de su exilio en Cuba. Tomó el comando total del ejército mexicano y el 28 de septiembre de 1846 se dirigió al norte hacia San Luis Potosí, donde se reunió con las fuerzas de Ampudia, que incluían a los san patricios. Con fondos de los gobiernos estatal y federal, 98 barras de plata tomadas de la ceca local, un préstamo de 2 000 000 de pesos de la Iglesia católica y parte de su fortuna personal, Santa Anna creó el Ejército Liberador del Norte, compuesto por más de 20 000 hombres. En diciembre el Congreso mexicano lo nombró presidente interino de México; pero mientras él estuviera en el frente militar, su vicepresidente, Valentín Gómez Farías, se haría cargo del gobierno en la capital.[25]

En enero de 1847 el editor de *El Republicano*, un periódico de la ciudad de México, publicaba la siguiente descripción de los san patricios, a quienes había visto en San Luis Potosí:

> Tuvimos el gusto el domingo pasado de ver a una compañía de desertores estadounidenses, principalmente irlandeses, pasar revista ante Su Excelencia, el general en jefe. Están perfectamente armados y equipados, y están a punto de partir [...] Estos valientes hombres, que han abandonado una de las más injustas de las causas con el propósito de defender el territorio de su país adoptivo, encontrarán en los mexicanos un corazón franco y leal, abierto y hospitalario, y además, una justa y amplia recompensa por sus meritorios servicios.[26]

El ejército de Santa Anna dejó San Luis Potosí el 27 de enero, hacia una confrontación con los "yankees", que estaban a unas 200 millas (320 km) al norte, cerca del pueblo de Saltillo. Los san patricios iban a la vanguardia de las fuerzas que conducían catorce piezas de artillería. Unos días más tarde fueros vistos por un grupo de prisioneros estadouni-

[25] MILLER, 1989, pp. 49-51.

[26] La versión traducida al inglés aparece en *Niles National Register* (13 mar. 1847), p. 32.

denses que eran llevados al sur por sus captores mexicanos, y uno de ellos recordaría luego su encuentro con las fuerzas de Santa Anna:

> Entre Metahuila [Matehuala] y San Luis nos encontramos con el gran ejército del "Napoleón del Sur", con veinte mil y marchando en cuatro divisiones. Primero venía su espléndido parque de artillería de cincuenta cañones; luego un inmenso cuerpo de caballería; luego infantería y caballería juntas en grandes cuerpos [...] Entre las poderosas huestes que pasamos estaba O'Reilly [Riley] y su compañía de desertores enarbolando en total desgracia la santa bandera de San Patricio.[27]

Los ejércitos enemigos convergieron unas 20 millas (32 km) al sur de Saltillo, en el paso de La Angostura, cerca de la hacienda Buena Vista. Con unos 4 700 hombres y oficiales, las fuerzas de Estados Unidos estaban en desventaja de tres hombres a uno, aunque tenían a su favor estar descansados, bien comidos y apostados en un sitio estratégico. Cuando Santa Anna revisó sus tropas el 20 de febrero éstas sumaban 14 048, sin contar unos 1 200 miembros de la caballería bajo las órdenes del general de brigada José Vicente Miñón, que se había separado antes para rodear a los estadounidenses e interceptar su ruta de retirada. El general Ignacio Mora y Villamil, ingeniero jefe del ejército mexicano, asistido por quien dirigía la artillería, el general Antonio Carona, eligió la ubicación de la batería de tres cañones, servidos por la compañía de San Patricio de 80 hombres.[28]

La batalla de Buena Vista (La Angostura) comenzó en la tarde del 22 de febrero de 1847 y continuó al día siguiente, y las unidades de artillería de ambos lados desempeñaron un papel crucial en la serie de acciones del 23 de febrero. La batería de San Patricio, situada en una loma desde donde dominaba toda la llanura, disparó botes de metralla que abrieron grandes huecos en las filas estadounidenses. Tay-

[27] Scott, 1848, pp. 43-45.

[28] Bauer, 1974, p. 211; Lavender, 1966, pp. 192 y 226, y *Diario del Gobierno* (18 ago. 1847).

lor, preocupado por los disparos de los san patricios, ordenó a los primeros "'dragones' tomar esa maldita batería", pero la carga de éstos no tuvo éxito. Además, dos cañones de seis libras de la Cuarta Artillería estadounidense fueron capturados por los mexicanos como resultado de una intensa balacera por parte de los cañoneros de San Patricio, apoyados por tropas auxiliares.[29] Al final del día ambos ejércitos estaban gravemente vapuleados y exhaustos.

Durante la noche, mientras los hombres de Taylor anticipaban un renovado ataque, Santa Anna levantó secretamente el campamento y se retiró hacia el sur. En consecuencia, ambos generales aseguraron haber ganado la batalla, y los dos ejércitos se apropiaron de banderas enemigas y otros trofeos para reforzar sus alardes de victoria. Sin embargo, un hecho delator era que Taylor tenía el campo de batalla, y los estadounidenses pudieron conservar el control del norte de México durante el resto de la guerra.

En la batalla de La Angostura más de la tercera parte de los 80 hombres de la compañía de San Patricio murió o fue herida. El teniente Camilo Manzano, además de dos sargentos, dos cabos y 17 soldados rasos perdieron sus vidas; los seis san patricios heridos fueron el comandante, capitán (teniente coronel honorario) Francisco Rosendo Moreno, un cabo y cuatro soldados rasos. El 25 de febrero, en su reporte de la acción, el general Francisco Mejía, en cuya brigada habían peleado los cañoneros, describió a la compañía de San Patricio como "merecedora del elogio más consumado, porque los hombres lucharon con desafiante valor".[30]

Los comandantes mexicanos otorgaron condecoraciones militares a varios san patricios por sus acciones en La Angostura, y fueron designados los siguientes hombres: Ignacio Álvarez, Ramón B. Bachelor, Francisco Moreno, John Riley y John Stephenson para recibir una Cruz de

[29] Chamberlain, 1956, p. 124 y Bauer, 1974, p. 216.

[30] El reporte de Mejía aparece en el *Diario del Gobierno* (7 abr. 1847); las pérdidas estadounidenses se encuentran en Bauer, 1974, p. 217, las mexicanas están en Balbontín, 1883, p. 91; el reporte del capitán Moreno sobre las pérdidas de los san patricios, en Castillo Negrete, 1890-1891, 2, p. 407, y *Diario del Gobierno* (18 ago. 1847).

Honor de Angostura, esmaltada en blanco, tan pronto como se pudieran fabricar. Después de aquella batalla todos ellos, excepto Álvarez, fueron ascendidos a nuevos rangos permanentes. Moreno fue hecho coronel, Riley capitán y los otros dos primeros tenientes.[31]

Por la falta de provisiones, sobre todo de alimentos, los generales subordinados a Santa Anna recomendaron una retirada a San Luis Potosí. Cuando el comandante en jefe llegó a esta ciudad el 7 de marzo, se enteró que un ejército naval de expedición estadounidense con 9 000 hombres al mando del general Winfield Scott estaba a punto de desembarcar cerca de Veracruz, y que en la capital mexicana tres batallones de tropas de la guardia nacional se habían rebelado contra el gobierno. A mediados de marzo, antes de partir hacia la ciudad de México, Santa Anna dividió lo que quedaba de su ejército en dos fuerzas: una permaneció en San Luis Potosí y la otra, de 5 650 hombres, recibió órdenes de marchar hacia Veracruz para reforzar al ejército de oriente. Este ejército auxiliar, compuesto de dos brigadas de infantería, una brigada de caballería y dos baterías de artillería, incluida la de los san patricios, llegaron a Jalapa el 5 de abril y dos semanas más tarde entraron en acción en el frente oriental.[32]

Después de desembarcar cerca de Veracruz el 9 de marzo de 1847, los soldados del general Scott sitiaron el puerto y forzaron su capitulación, luego de lo cual las fuerzas estadounidenses avanzaron tierra adentro. Mientras tanto, el general Santa Anna había puesto fin a la rebelión de la guardia nacional en la capital y se dirigía hacia el frente oriental con refuerzos militares. Cuando tomó el comando supremo del ejército de oriente, planeó detener la avanzada "yankee" en lo que consideraba un sitio inexpugnable, el paso de cerro Gordo, cerca de la ciudad de Jalapa. En el lugar colocó baterías de artillería en tres lomas que dominaban un barranco empinado por el cual pasaba la carretera nacional. Después del 12 de abril, cuando llega-

[31] *Diario del Gobierno* (25 y 26 jun. 1847).

[32] Roa Bárcena, 1947, 2, pp. 9-11 y Riva Palacio, 1887-1889, 4, p. 714.

ron de San Luis Potosí las tres brigadas y la compañía de artilleros de San Patricio, Santa Anna reportó al ministro de Guerra que sus fuerzas sumaban 6 000 en infantería, 2 000 en caballería y un número no especificado en artillería con 34 cañones de gran calibre. Para desalentar la deserción, Santa Anna había emitido una circular que contenía esta advertencia: "Todo desertor del Ejército de Oriente —cuerpos permanentes, regulares o de la Guardia Nacional— que sea aprehendido, será ejecutado sin remisión, de acuerdo con las regulaciones".[33]

Finalmente, la batalla de cerro Gordo, ocurrida el 17 y 18 de abril, fue ganada por los estadounidenses, quienes escalaron los cerros y lograron rodear el flanco izquierdo mexicano, que se retiraron en total desorden por el camino a Jalapa. Sus registros de esta batalla son escasos —ya que muchos documentos se perdieron o destruyeron en la desbandada. El general Santa Anna y algunos seguidores avanzaron por tierra unas 60 millas (96 km) hacia el suroeste, a Orizaba, donde establecieron su cuartel general el 23 de abril. Aparentemente, la compañía de San Patricio se retiró de cerro Gordo a Jalapa, luego se trasladó a Puebla y finalmente a la ciudad de México. Un reporte de intendencia fechado el primero de marzo de 1847 muestra que la compañía todavía pertenecía al ejército de oriente; y más tarde en el mismo mes se encontraba en la ciudad de México.[34] Mientras tanto, las fuerzas estadounidenses avanzaron hacia Puebla, donde permanecieron tres meses, durante los cuales 33 de sus hombres desertaron y se unieron a los san patricios.

En la primavera de 1847 Manuel Baranda, el ministro mexicano de asuntos exteriores, concibió un plan para convencer a los soldados estadounidenses de desertar y unirse a los san patricios. Baranda comisionó a varios escritores, incluyendo a Luis Martínez de Castro y Guillermo Prieto, la

[33] Santa Anna al ministro de Guerra, 6 y 13 de abril de 1847, en "Letters...", *Annual Report*. La participación de los san patricios está en Riley al presidente de México, 20 de agosto de 1848, GB/PRO FO 93, p. 367 y 203; Riva Palacio, 1887-1889, 4, p. 714, y Roa Bárcena, 1947, 2, p. 12.

[34] Reporte en *Diario del Gobierno* (14 jun. 1847).

preparación de volantes en inglés para distribuir entre las tropas invasoras. Se delegó un aliado político, José Fernández Ramírez, para informar al general Santa Anna del esquema de reclutamiento y negociar la recompensa. El plan culminó a finales de abril de 1847, cuando Santa Anna emitió una circular impresa en su cuartel de Orizaba. En este volante en inglés enlistaba las concesiones que se harían a cualquier soldado estadounidense que se pasara del lado mexicano: a cada desertor se le prometían 10 pesos en efectivo, un pago por su mosquete, 5 pesos por cada camarada que le acompañara, un mínimo de 200 acres (81 ha) de tierra al finalizar la guerra y otras gratificaciones.[35]

En junio de 1847 Santa Anna estaba de regreso en la ciudad de México, donde hizo planes para defender la capital. Decretó ley marcial en el Distrito Federal; ordenó que todos los hombres capaces de entre 15-60 años se enlistaran en alguna unidad militar; organizó unidades voluntarias de la guardia nacional; autorizó fuerzas guerrilleras y creó una legión extranjera mexicana. Varios extranjeros residentes en la capital pronto se enlistaron en la legión, y el 1º de julio las dos compañías de san patricios fueron transferidas de la artillería a la infantería y fundidas en la legión extranjera. Las regulaciones especificaban que cada compañía tendría un capitán, dos tenientes segundos, un sargento primero, cuatro sargentos segundos, nueve cabos, cuatro cornetas y 80 soldados, y su uniforme sería el mismo de la infantería.[36]

Cuando los san patricios voluntarios se incorporaron como tropas de infantería en la legión extranjera el 1º de julio de 1847 fueron obligados a firmar el siguiente contrato, que especificaba lo que recibirían a cambio de sus servicios militares.

[35] Una copia original del impreso en CyY/BRBL. El origen del esquema aparece en Prieto, 1948, 2, p. 139 y Ramírez, 1970, p. 127.

[36] *Diario del Gobierno* (15 jul. 1847); Dublán y Lozano, 1876-1879, 3, pp. 734-735; véase también Katcher, 1976, pp. 26 y 30 y láminas a color.

LEGIÓN EXTRANJERA-COMPAÑÍAS DE SAN PATRICIO

Nosotros, los extranjeros sin designación, nos comprometemos a servir en dicha legión por el término de seis meses, contados a partir de esta fecha, sirviendo legalmente a la República Mexicana bajo las siguientes condiciones:

1. El gobierno mexicano nos dará tierras para cultivar al final de la guerra.
2. Aquellos de nosotros que no deseen permanecer en este país serán embarcados para Europa a expensas del supremo gobierno, que también les dará una gratificación en efectivo.
3. El gobierno mexicano consiente en ofrecer a [los miembros de] la legión, durante el tiempo de su servicio, cuarteles, ropa, zapatos, etcétera.
4. Los sargentos primeros recibirán diario cinco reales, los de segunda clase cuatro reales, los cabos tres y los soldados rasos dos reales y medio diario.
5. Reconocemos al coronel Francisco R. Moreno como comandante de la legión, en conformidad con la orden del supremo gobierno. Todas las órdenes que dicho jefe pudiera dar serán obedecidas por la legión; si no, se nos aplicará el castigo prescrito por las regulaciones del Ejército Mexicano.
6. La legión estará sujeta en todo sentido a dichas regulaciones del ejército.[37]

Durante julio y agosto de 1847 el *Diario del Gobierno* (el único periódico de la ciudad de México que tuvo permiso de ser publicado entre el 11 de julio y el 13 de septiembre) refirió a menudo los pagos transferidos de la Tesorería a la legión extranjera, a veces refiriéndose a la unidad como "La Legión Extranjera de San Patricio". Como se mencionó antes, el comandante general de la legión era el coronel Francisco R. Moreno. Tenía dos comandantes de compa-

[37] *Diario del Gobierno* (18 ago. 1847). Traducción del contrato en el *Daily Picayune* de Nueva Orleáns (28 sep. 1847).

ñía: el capitán John Riley, con rango honorario de mayor, quien dirigía la primera compañía, y el capitán Santiago (James) O'Leary, también mayor honorario, que estaba a cargo de la segunda. Otros oficiales incluían a los tenientes Ramón B. Bachelor, Patrick Dalton, Matthew Doyle, Agustín Mestard y Auguste Morstadt.[38]

Durante el verano de 1847 se reclutaron en la ciudad de México hombres adicionales para las compañías de San Patricio. Para esto, el coronel Francisco R. Moreno y el capitán John Riley visitaron a los soldados "yankees" cautivos en la cárcel de Santiago Tlatelolco para persuadirlos de que cambiaran al uniforme mexicano. Estos oficiales también se acercaron a los desertores del ejército estadounidense que no se habían unido al mexicano, algunos de los cuales servían como voluntarios civiles en la compañía lancera de escolta, un grupo que acompañaba a los ciudadanos mexicanos en viajes hacia y de la capital. Hezekiah W. Akles y John Bowers estuvieron entre los lanceros que se unieron a ellos. Otros reclutas de los san patricios fueron un grupo de desertores del ejército estadounidense nacidos en Gran Bretaña. Al llegar a la ciudad de México, por lo menos 24 de estos hombres, pidieron consultar a agentes del Reino Unido para pedir ayuda financiera y conseguir empleos en lugares como la mina de plata inglesa Real del Monte, cerca de Pachuca. Al recibir poca simpatía por parte de los diplomáticos británicos, algunos de ellos, incluyendo a Matthew Doyle, Francis O'Connor y Henry Hudson, se unieron a los san patricios.[39]

A principios de agosto las dos compañías de san patricios se unieron a unos 7 000 soldados mexicanos en un cerro fortificado conocido como El Peñón, a unas 10 millas (16 km) al este de la capital. Aquí, bajo el mando general de Santa Anna, esperaron a las fuerzas estadounidenses, que avanzaban desde Puebla. Unos 13 000 soldados mexicanos adicionales estaban desplegados en bases para defender las prin-

[38] Oficiales de la legión enlistados en *Diario del Gobierno* (21 jul. 1847).

[39] USNA/RG 153, EE 531, casos 24 y 25. Varios desertores a Ewan Macintosh, HBM cónsul general, ciudad de México, 23 de junio de 1847, GB/PRO FO 93, pp. 105-106 y 203, véanse también los números 66, 107-108 y 115.

cipales entradas a la ciudad. El 15 de agosto Santa Anna distribuyó una nueva tanda de volantes en inglés diseñados para convencer a los soldados estadounidenses de desertar. Parte de su texto decía: "En nombre de la Nación que represento y cuya autoridad ejerzo, les ofrezco una recompensa si, desertando del principio estadounidense, se presentan como amigos de una nación que les ofrece ricos campos y grandes extensiones de tierra, que cultivados con su industriosidad los coronarán de felicidad y beneficios".[40]

Aproximadamente, al mismo tiempo se preparaba otro volante mexicano dirigido a los soldados estadounidenses, en cooperación con el recién nombrado mayor John Riley, quien firmaba la circular. Dado el rápido progreso de los sucesos militares este llamado nunca se imprimió, aunque uno de sus borradores, encontrado en una imprenta de la ciudad de México, indica su intención y enfoque. Dirigido "a mis amigos y compatriotas en el ejército de Estados Unidos", uno de los principales párrafos de la invitación afirmaba: "El presidente de esta República [...] les ofrece una vez más su mano y los invita, en nombre de la religión que profesan [...] a impedir que sus manos asesinen a una nación cuyos pensamientos y hechos nunca los dañaron a ustedes ni a los suyos".[41]

Como las fuerzas estadounidenses de Scott, de 10 000 soldados, rodearon El Peñón y amenazaron a la capital por el sur, Santa Anna transfirió la mayoría de sus hombres a dicho puesto. La mayor parte de las tropas defensoras fueron desplegadas en San Ángel, Coyoacán y San Antonio, al norte y oeste de la base estadounidense de San Agustín. Después de estar acuartelados dos días en la Ciudadela de la ciudad de México, el 19 de agosto los san patricios marcharon cinco millas (ocho km) hacia Churubusco, al sur, que estaba sólo a cinco millas de la base "yankee".

Una de las batallas más sangrientas de la guerra sucedió el 20 de agosto, en el antiguo monasterio de piedra de San-

[40] Copia original del prospecto en CU-B.

[41] Manuscrito sin fecha c. el 17 de agosto de 1847, c. 2E 288, col. George W. Kendall, TxU/BTHC.

ta María de los Ángeles y su iglesia adyacente. Todo el complejo se conocía como el convento de Churubusco, nombre derivado de una palabra náhuatl que significa "lugar del dios de la guerra". El general mayor Manuel Rincón comandaba 1 400 soldados mexicanos en defensa del convento fortificado; además de los batallones Independencia y Bravo, había dos compañías de san patricios que sumaban poco más de 100 hombres, la mayoría de los cuales funcionaba como soldados de infantería, aunque había algunos que servían a tres de los siete cañones de la guarnición. Durante la batalla llegaron como refuerzos 200 pelotones de los batallones de Tlapa, Chilpancingo y Galeana, con una carreta de munición que resultó no ser del calibre adecuado para los mosquetes, excepto los que portaban los san patricios.[42]

Casi 300 metros al noreste del convento, sobre la ribera sur del río Churubusco, había una *tête de pont*, o cabeza de puente fortificada, que controlaba el movimiento sobre el camino principal entre San Agustín y la ciudad de México. Se encontraban allí tres piezas de artillería y el sitio estaba defendido por un regimiento de infantería independiente, mientras otros dos regimientos custodiaban la orilla del río. El reporte del general Santa Anna al ministro de Guerra señalaba que en la madrugada del 20 de agosto las dos compañías de san patricios habían llegado primero a la cabeza de puente cuando fueron enviados como refuerzos al convento. En esa guarnición el general Rincón ordenó que el batallón Independencia cubriera los altos y el flanco derecho, y que los del Bravo y los san patricios ocuparan los parapetos y tabiques del frente y la izquierda.[43]

Poco antes del mediodía del 20 los estadounidenses iniciaron una ofensiva combinada contra la cabeza de puente y el convento fortificado de Churubusco. Después de una feroz pelea cuerpo a cuerpo tomaron el primer lugar

[42] Reporte posbatalla del general Rincón, *Diario del Gobierno* (31 ago. 1847).

[43] Santa Anna al ministro de Guerra, Tehuacán, 19 de noviembre de 1847, impreso en *El Correo Nacional* (7 dic. 1847); el reporte de Rincón aparece en *Diario del Gobierno* (31 ago. 1847).

y dirigieron los cañones cautivos hacia el convento. Varios asaltos de la infantería a la guarnición fueron devueltos por un fuego cada vez más débil de los defensores, hasta que finalmente, después de tres horas de batalla, cuando los defensores se habían quedado sin pedernal ni munición del calibre adecuado, los "yankees" escalaron los muros y siguieron adelante. El corresponsal del *Picayune* de Nueva Orleáns, que venía con el ejército estadounidense, relató lo ocurrido de esta manera: "Habiendo tomado esta posición firme [...] la guarnición completa, con la excepción de los pocos que lograron escapar durante la parte inicial del conflicto, se rindió. Los que se negaron con más vigor fueron los desertores del batallón de San Patricio, quienes pelearon con desesperación hasta el final, arrancando con sus propias manos varias de las banderas blancas izadas por los mexicanos como prueba de rendición".[44]

Para las compañías de San Patricio la batalla de Churubusco fue devastadora. La habían comenzado con fuerzas completas de 102 hombres cada una, y tres horas después 60% de ellos estaban muertos, heridos o prisioneros. Murieron en acción dos tenientes, cuatro sargentos, seis cabos y 23 soldados rasos. Los capitanes John Riley y Santiago O'Leary fueron heridos, así como Francis O'Connor, un soldado enrolado. Los prisioneros sumaban 85, 72 de los cuales se comprobó luego que eran desertores del ejército estadounidense. Los 84 san patricios restantes habían escapado, y permanecieron dispersos y escondidos algunos días.[45]

Después de la batalla de Churubusco hubo un armisticio de dos semanas, periodo durante el cual se emprendieron negociaciones de paz y se llevaron a juicio a los san patricios prisioneros, separados en dos grupos. Una docena de oficiales presidieron los consejos de guerra en Tacubaya y San

[44] Kendall, "War between the United States and Mexico", 725, col. Fayette Copeland, OkU/WHC; reporte del general Worth, US Congress, Senate, *Message from the President...*, Se. Exec. doc. 1, 30er. congreso, 1ra. sesión, 1847, pp. 315-322.

[45] US Congress, Senate, *Message from the President...*, Se. Exec. doc. 1, 30er. congreso, 1ra. sesión, 1847, pp. 324-325; *Diario del Gobierno* (31 ago. 1847); la lesión de Riley se menciona en GB/PRO FO 93, p. 367 y 203.

Ángel, juzgando cada caso. Cada vez que se pasaba al frente a un prisionero se le leían los cargos: deserción y "servir en las filas mexicanas", o una frase similar. Luego el prisionero hacía su declaración: 60 se declararon inocentes, once se declararon culpables y otro, Edward Ellis, se negó a hacer una declaración, alegando que nunca había hecho juramento como soldado del ejército de Estados Unidos. Con la excepción del sargento Abraham Fitzpatrick, todos los acusados habían sido soldados rasos o reclutas en el ejército estadounidense al momento de su desaparición.[46]

El testimonio de la acusación siguió un patrón: primero, un testigo de cargo, ya fuera un oficial no comisionado o un oficial del ejército de Estados Unidos, quien declaraba conocer al acusado y que había servido bajo sus órdenes en la misma unidad hasta que había desertado en una fecha especificada. Luego, en prácticamente todos los casos, otro testigo juraba que el prisionero había estado en el servicio mexicano y había peleado en Churubusco. Por esta evidencia, sumada al hecho de que aún portaban sus uniformes mexicanos, los prisioneros apenas podían negar que habían servido bajo la bandera mexicana. Dos san patricios capturados, John Wilton y Thomas O'Connor, ambos sujetos británicos que nunca habían estado en el ejército estadounidense, proporcionaron testimonios irrecusables: "El prisionero estuvo en la legión conmigo; peleó contra los americanos en Churubusco y ahí fue tomado como prisionero junto conmigo".[47] Los registros no indican por qué declararon de este modo estos dos hombres; quizás esperaban que les permitiría una rápida salida de prisión.

Se les ofreció a los san patricios prisioneros una oportunidad de presentar evidencia en defensa propia. En algunos casos, los hombres pidieron testimonio de su buen comportamiento mientras estuvieron al servicio estadouni-

[46] USNA/RG 153, EE 525, "Proceedings of a General Court Martial convened at Tacubaya, México", 43 casos; EE 531, "Proceedings of a General Court Martial convened at San Angel, Mexico", 29 casos.

[47] Los antecedentes de Wilton aparecen en USNA/RG 153, EE 531, caso 1, Henry Venator; los de O'Connor están en EE 531, caso 27, John Riley.

dense. Muchos de los acusados ofrecieron excusas para justificar la situación, como los malos tratos de sus sargentos, pero ninguno expuso una razón religiosa o ideológica para su acción. Tampoco ningún acusado mencionó las concesiones de tierra, gratificaciones en dinero o elevados rangos militares prometidos por las autoridades mexicanas. En lugar de esto, dos quintas partes de los hombres culparon al alcohol, aduciendo que habían estado borrachos al ser capturados por los mexicanos. El testimonio del soldado raso John McDonald es típico: dijo que se había emborrachado en Puebla como un mes antes de la batalla de Churubusco y lo habían capturado los mexicanos, llevándolo a un pueblo donde lo mantuvieron dos semanas. Luego, con otros diez o quince prisioneros estadounidenses, lo llevaron a la ciudad de México, y al llegar lo habían obligado a tomar las armas.[48] Varios acusados mencionaron que después de ser capturados por el enemigo se habían reconocido como extranjeros en un país hostil y se habían unido a las fuerzas mexicanas.

Algunos san patricios adujeron haber sido obligados a ponerse el uniforme enemigo. John Bowers describió gráficamente su inducción al ejército mexicano:

> Riley, Bachelor y Dalton [...] convencieron a todos los que pudieron de unirse a la legión [...] Vinieron y me preguntaron si estaba dispuesto a ir. Yo dije que no. Entonces vinieron con un guardia y me llevaron, me quitaron la ropa que tenía puesta, la mandaron de regreso y me pusieron el uniforme. Me dijeron que nunca me harían pelear contra los estadounidenses.[49]

Otros testigos de cargo negaron que los prisioneros de guerra fueran obligados a unirse al ejército mexicano. En un caso el juez preguntó al testigo John Wilton, "¿Sabes de americanos que se negaran a enrolarse en el servicio mexicano y qué se hizo con ellos?", a lo que Wilton respondió,

[48] USNA/RG 153, EE 525, caso 42, John McDonald.
[49] USNA/RG 153, EE 532, caso 29, John Bowers.

> Conozco a algunos que de ninguna manera quisieron enrolarse y fueron enviados como prisioneros a Santiago [prisión militar mexicana]. Un grupo de la legión, por orden del mayor O'Leary y bajo el mando del teniente Mestard, los escoltó.[50]

Con la excepción de dos prisioneros, Ellis y Pieper, los consejos de guerra encontraron que todos los acusados eran culpables de deserción, y los sentenciaron a muerte. La demanda contra Edward Ellis fue retirada cuando los oficiales de su compañía no pudieron probar que había hecho oficialmente el juramento en el ejército de Estados Unidos. Durante el juicio de Lewis Pieper (escrito como Prefier en los registros del tribunal militar), que no era un san patricio y no se había unido al ejército mexicano, resultó evidente que estaba loco. Se le encontró culpable de "ausentarse sin permiso del 10 al 26 de agosto" y fue eximido, perdiendo la paga que se le debía. De los setenta prisioneros restantes, 68 fueron condenados a la horca, castigo reservado para los traidores. Recomendó un amparo para los otros dos, Martin Miles y Abraham Fitzpatrick, la corte los sentenció a un castigo más honorable: "ser fusilados por un escuadrón de tiro".[51]

Mientras el comandante en jefe revisaba estas sentencias, docenas de personas suplicaban a las autoridades estadounidenses que les perdonaran la vida a los san patricios. Además de oficiales mexicanos —tanto civiles como militares— los apelantes incluían al arzobispo de México, algunas mujeres de la sociedad mexicana, el ministro británico y varios individuos. Una carta, firmada por veinte ciudadanos estadounidenses que eran extranjeros en la capital, decía:

> Humildemente rogamos que Su Excelencia el General en Jefe de las fuerzas estadounidenses tenga la gracia de complacerse en otorgar un perdón al capitán John O'Reilly de la Legión de San Patricio y, hablando en general, a todos los desertores del servicio estadounidense.[52]

[50] El testimonio de Wilton aparece en USNA/RG 153, EE 531, caso 14, James McDowell.

[51] USNA/RG 153, EE 525, casos 24, 33, 41 y 43.

[52] USNA/RG 94, miscelánea de documentos, c. 7, núm. 3; *American Star* (20 sep. 1847), y *Niles National Register* (16 oct. 1847).

El general Scott, quien había practicado el derecho brevemente antes de comenzar su larga carrera militar, revisó con cuidado las conclusiones de los consejos de guerra. Primero perdonó a cinco prisioneros, dos de ellos, John Brooke y David H. McElroy, por ser muy jóvenes. La sentencia de Henry Neuer (Newer en los registros del tribunal militar), un soldado alemán de nacimiento, fue remitida porque se demostró que después de haber sido capturado por los mexicanos y forzado a entrar en una compañía de san patricios, se había negado a pelear. Edward H. McHeran (Mc Herron en los registros del tribunal militar) fue liberado del cadalso y devuelto al servicio por su larga trayectoria militar. La sentencia de muerte de Abraham Fitzpatrick se canceló porque al desertar no se había unido al ejército mexicano; fue degradado al rango de soldado raso y se reincorporó a su unidad.[53]

Luego Scott redujo las sentencias de quince san patricios prisioneros. A Riley y cinco compañeros se les suspendió la pena de muerte porque habían desertado antes de que el Congreso estadounidense declarara la guerra. Los compañeros de Riley eran James Kelley, John Little, James Mills, John Murphy y Thomas Reiley (Riley en los registros del tribunal militar), todos ellos nacidos en Irlanda, excepto Mills. Las circunstancias mitigantes que rodeaban a la captura y encierro por parte de los mexicanos salvaron a otros nueve de la horca: los soldados rasos Hezekiah W. Akles, John Bartley, John Bowers, Thomas Cassady, John Daly, Roger Duhan, Alexander McKee, Martin Miles y Samuel H. Thomas. En lugar de ser ahorcados, estos hombres recibirían cincuenta latigazos "bien dados en la espalda desnuda" y serían marcados con un hierro candente con una letra "D", de desertor, de cinco centímetros. Doce fueron marcados en la mejilla derecha y los demás en la cadera derecha. Además, estos quince san patricios estarían encarcelados en México mientras permaneciera allí el ejército estadounidense.[54]

[53] DAVIS, 1891, pp. 228-229; USNA/RG 94, Register of Enlistments, 21 y 44, p. 80, Abraham Fitzpatrick, 21 y 44, p. 190, Henry Neuer.

[54] USNA/RG 94, Cuarteles del Ejército en México, órdenes genera-

El 7 de septiembre de 1847 terminó el armisticio, y durante la siguiente semana, mientras se desataban batallas en los alrededores de la ciudad de México, los san patricios condenados se enfrentaron a su sentencia. El 10 de septiembre 14 de los hombres fueron atados a los árboles en la plaza de San Ángel, tras lo cual un arriero mexicano les infligió 50 latigazos en sus espaldas desnudas. Luego se ordenó a otros 16 san patricios que se parasen en la orilla de ocho carretas jaladas por mulas, directamente debajo de un cadalso construido con pesadas maderas. Aún vestidos con sus uniformes mexicanos, los prisioneros estaban encapuchados y tenían las sogas suspendidas alrededor del cuello, y al sonido de un tambor los carreteros arrancaron, dejando a los hombres colgando en el aire. Nueve de los cuerpos fueron enterrados en las cercanías, y sus tumbas fueron cavadas por Riley y los otros prisioneros marcados; las otras siete víctimas, que habían declarado ser católicos practicantes, fueron enterrados por curas en el cementerio de Tlacopac. Al siguiente día otros cuatro san patricios convictos fueron ahorcados y enterrados en el pueblo de Mixcoac.[55]

Tres días después de las ejecuciones de San Ángel los 30 san patricios restantes condenados fueron ahorcados cerca de Mixcoac de una manera cruel y dramática. El coronel William Harney había decidido coordinar las ejecuciones con el asalto estadounidense al castillo de Chapultepec, que se veía claramente a 3 km de distancia. En la madrugada colocó a los prisioneros en las carretas debajo de los cadalsos y anunció que permanecerían ahí, con las sogas alrededor del cuello, hasta que la bandera estadounidense se izara sobre el castillo. Finalmente, poco antes de las 9:30 de la mañana, cuando las rayas y estrellas remplazaron a la tricolor mexicana sobre el castillo, el coronel ondeó su espada y las carretas avanzaron bamboleantes, lanzando a los san patricios hacia la eternidad.[56]

---

les 281 y 283, Tacubaya, México, 8 y 11 de septiembre de 1847; órdenes resumidas en *American Star* (25 sep. 1847).

[55] Davis, 1891, pp. 226-228 y *American Star* (20 sep. 1847).

[56] *American Star* (20 sep. 1847).

Después de la pérdida de Chapultepec una delegación de dirigentes capitalinos suplicó a Santa Anna que abandonara la capital antes de permitir su destrucción en las batallas que tendrían lugar. Durante un consejo de guerra sus generales subordinados aceptaron por unanimidad retirar todas sus tropas de la capital, lo cual hicieron en la madrugada del 14 de septiembre, marchando hacia el pueblo de Guadalupe Hidalgo. Allí se dividió el ejército: Santa Anna dirigió las unidades de caballería hacia el este para hostilizar a la guarnición y al hospital estadounidenses en Puebla, y las fuerzas restantes, incluyendo a los san patricios sobrevivientes, avanzaron hacia Querétaro donde se estableció un gobierno civil fugitivo. Para marzo del siguiente año los san patricios habían aumentado a dos compañías de 114 hombres cada una, con la ayuda de nuevos desertores del ejército de Estados Unidos.[57]

Luego de que las tropas estadounidenses entraron a la ciudad de México, colocaron a John Riley y otros 21 san patricios como prisioneros en la antigua cárcel de La Acordada. Cada prisionero recibió una camisa nueva, un par de zapatos, una estera para dormir y una cobija; su alimento diario consistía de media barra de pan, avena en la mañana, arroz y carne al mediodía y arroz con frijoles a las seis de la tarde. A finales de diciembre de 1847 Riley y otros san patricios prisioneros fueron transferidos al fuerte militar de Chapultepec. Desde aquel castillo de piedra, Riley escribió al ministro británico en México:

> Esperando que su Señoría tenga compasión de mí como sujeto británico, que como tengo el infortunio de estar aquí en prisión, escribo esperando que haga todo lo que esté en sus manos con el general Scott [...] con las condiciones de que yo no tome las armas contra ellos bajo ninguna circunstancia, de aquí en adelante, y de que me vaya a mi casa, es decir al terruño, tan pronto como arregle unos pequeños asuntos en esta ciudad.[58]

[57] *The Eagle*, pp. 108-109 y *El Correo Nacional* (7 y 9 mar. 1848).

[58] Riley al ministro británico, Chapultepec, 7 de enero de 1848, GB/PRO FO 99, p. 9, y 204; las condiciones en La Acordada están en *El Monitor Republicano* (8 oct. 1847).

El diplomático británico respondió que no veía posibilidad alguna de serle de utilidad a Riley.

El 2 de febrero de 1848 se reunieron en Guadalupe Hidalgo comisionados mexicanos y estadounidenses y firmaron el proyecto de un tratado de paz, y los comandantes militares enemigos acordaron suspender las hostilidades. La ratificación del tratado tardó casi cuatro meses, aunque finalmente se firmó a fines de mayo. De acuerdo con las disposiciones, los estadounidenses liberarían a todos sus prisioneros. De este modo, Riley y otros quince san patricios prisioneros, que habían sido transferidos de Chapultepec a la Ciudadela, finalmente fueron liberados el 1º de junio.[59] De manera simultánea al término de la guerra y a la liberación de los prisioneros, los funcionarios del gobierno mexicano regresaron a la antigua capital y las tropas estadounidenses evacuaron la ciudad de México, como primera etapa de su viaje de regreso a Estados Unidos.

A principios de junio de 1848 había claramente dos grupos de san patricios en México. El contingente más grande era sin duda el de Querétaro, con dos compañías que sumaban 230 hombres. Los otros eran veteranos ubicados en o cerca de la ciudad de México; incluían a Riley y a los prisioneros liberados, además de una docena de rezagados que emergieron después de la partida "yankee". Como no tenían medios de subsistencia, se reportó que algunos estaban mendigando en las calles. Pero a mediados de junio, Riley y sus compañeros fueron reincorporados al ejército mexicano. Seguidos por san patricios renegados que habían estado escondidos y por desertores recientes, se organizaron en dos compañías de infantería. Una unidad fue designada para hacer guardia en la capital y la otra tuvo como base Guadalupe Hidalgo. Como comandante de ambas compañías, ahora el rango honorario de Riley era el de teniente coronel (con rango permanente de mayor); y su adjunto era José María Calderón.[60] Las dos nuevas com-

[59] Los nombres de los prisioneros liberados aparecen en MILLER, 1989, p. 129.

[60] ZAMACOIS, 1877-1882, 13, p. 191; RIVA PALACIO, 1887-1889, 4, pp. 713-714, y *El Siglo XIX* (6-9 jun. 1848).

pañías, y las de San Patricio con base en Querétaro, formaron el nuevo batallón de San Patricio.

El 18 de junio de 1848, dos semanas después de subir al poder como presidente de México, el general José Joaquín Herrera emitió un decreto que constituía el batallón de San Patricio. Los principales artículos de este decreto fueron los siguientes:

—El periodo de alistamiento será de un año; los oficiales servirán durante un periodo definido señalado en sus comisiones.
—Si desean volver a alistarse, recibirán una gratificación de diez pesos.
—Los soldados recibirán uniformes, así como 30 pesos al mes.
—Se aceptarán irlandeses, alemanes, españoles y franceses.
—Se concederá una gratificación de 170 acres (78 ha) de tierra a cada individuo que complete cinco años de servicio satisfactorio.
—Se otorgará una doble porción de tierra a comandantes y oficiales.[61]

El batallón de San Patricio tuvo una vida corta —al ser suprimido por el presidente después de dos meses. La razón: las unidades de Querétaro apoyaron una revuelta contra el presidente Herrera, encabezada por el general Mariano Paredes y Arrillaga; y en la ciudad de México John Riley y otros san patricios fueron acusados de hacer planes para derrocar al gobierno. Sí, Riley y otros catorce sospechosos fueron arrestados el 23 de julio. Al siguiente día, al oír rumores de que Riley sería ejecutado, los miembros de la compañía de San Patricio en Guadalupe Hidalgo también se rebelaron y dispersaron por el campo, y algunos se dirigieron hacia la zona donde Paredes estaba desafiando al gobierno. Como resultado el presidente Herrera disolvió el batallón; la mayoría de los san patricios fueron removidos de sus cargos, aunque 50 se quedaron en el ejército.

[61] AHSDN, exp. XI/481.3/2806 (microfilm, CU-B).

Varios dirigentes, incluyendo a Riley, siguieron arrestados, y algunos antiguos miembros fueron deportados.[62]

El mayor John Riley fue colocado en prisión durante seis semanas, luego interrogado y devuelto a la infantería mexicana. Durante los últimos cuatro meses de 1848 se lo colocó en una unidad en Veracruz; luego fue transferido "por motivos de salud" a otra unidad militar en Puebla, donde sirvió sus últimos 18 meses en el ejército mexicano. Aunque Puebla era un lugar de servicio agradable y Riley era un oficial con grado de campo, parece no haber recibido la paga o subsistencia adecuadas. En julio de 1848 escribió al cónsul británico en la ciudad de México, diciendo: "Me he estado muriendo de hambre en estas calles de Puebla". Con la carta enviaba un recuento de sus ingresos mensuales en el ejército mexicano, desde el 12 de abril de 1846 hasta el 14 de julio de 1849, y le pedía al cónsul que mostrara este registro al gobierno mexicano. Según el cálculo de Riley, su pago retroactivo sumaba 1 275 pesos, además de 456 pesos por asegurar personalmente los alistamientos de 152 hombres en compañías de san patricios (un acuerdo previo establecía tres pesos por cada uno). También solicitaba licencia absoluta y nueve leguas de tierra en Sonora o Jalisco. Finalmente, en el verano de 1850 Riley recibió la licencia "con paga completa por incapacidad de servicio" y fue enviado a Veracruz, donde seguramente se embarcó para regresar a Irlanda.[63]

Libros y leyendas en México y Estados Unidos perpetúan mitos y una gran cantidad de desinformación sobre John Riley y los san patricios. Algunos errores se deben, sin duda, a la falta de acceso a registros oficiales, aunque otras historias parecen haber sido creadas por personas definitivamente prejuiciosas. Varios escritores que lo mencionan han declarado erróneamente que antes de la guerra Riley

[62] MILLER, 1989, pp. 136-141; *El Correo Nacional* (20 y 22 jul. 1848); RIVA PALACIO, 1887-1889, 4, pp. 712-713; *El Siglo XIX* (24 jul. 1848), y COIT, 1967, p. 47.

[63] Riley a Macintosh, Puebla, 14 de julio de 1849, y documentos adjuntos, GB/PRO FO 94, pp. 110-115, y 203. La absolución de Riley está en *Periódico Oficial* (15 ago. 1850).

era sargento de instrucción en la academia militar estadounidense en West Point. Los mismos escritores han ignorado su trayectoria posterior a la guerra, incluyendo su papel en el intento de golpe militar de 1848 y sus siguientes dos años de servicio como mayor en el ejército mexicano. Aunque Riley recibió licencia absoluta con honores en 1850 y sin duda partió de México a Irlanda, el *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México,* menciona (bajo "O'Reilly, Juan") que se quedó en México, donde murió. Las memorias de Samuel Chamberlain, *My Confession,* sostienen que después de la guerra, Riley se casó con una acaudalada señora y se quedó a vivir en México. Por otro lado, una historia de *Smithsonian* afirma que "se le pidió que dejara el país", y un artículo en *The Americas* asegura que fue expulsado de México. Virtualmente todos los artículos en inglés sobre los san patricios han repetido la falsa historia de que Riley regresó a Estados Unidos y demandó al gobierno federal por 50 000 pesos por haberlo azotado y marcado.[64]

Casi todos los recuentos impresos sobre las unidades de san patricios en el ejército mexicano están plagados de errores. Algunos libros y artículos indican que los desertores venían de la colonia irlandesa de San Patricio en Texas; en realidad, ninguno de ellos vivió en Texas, además de que esa colonia fue abandonada en 1836. Varias versiones insisten en que los san patricios desertaron *en masse* en la frontera del río Bravo; sin embargo, un análisis de los sitios y fechas de deserción muestra que los hombres desertaron poco a poco, en distintas partes de México y a lo largo de dos años. *Ahí vienen los del norte* (vol. 8 de *México: Historia de un pueblo,* publicado por la Secretaría de Educación Pública) sostiene que todo el batallón irlandés de San Patricio desertó en Puebla en agosto de 1847 y dos días después se unió al ejército mexicano; por supuesto, no existía tal batallón en el ejército de Estados Unidos. El artículo de James Callaghan, "La brigada de los San Patricio", publicado en *The World of Hibernia* (primavera de 1996), indica que los

[64] MILLER, 1989, pp. 172 y 176-177.

desertores formaron una brigada en el ejército mexicano, lo cual hubiera significado más de 4000 hombres, otros han dicho que la unidad era un regimiento (1500 miembros) y la mayoría de los recuentos se refieren a un batallón. En realidad, durante la guerra sólo hubo dos compañías de san patricios, que en total nunca llegaron a reunir ni 450 soldados, aunque después de la guerra sí se creó un batallón de duración efímera.[65]

Dos veces al año, el día de San Patricio y en septiembre en el aniversario de los ahorcamientos, mexicanos e irlandeses se reunen en la plaza San Jacinto de San Ángel para honrar a los san patricios. Mientras las bandas tocan los himnos nacionales de las dos naciones y niños de la cercana escuela "Batallón de San Patricio" colocan coronas conmemorativas, un dignatario pronuncia los nombres de los 71 san patricios enlistados en una placa de mármol de la plaza. Después de cada nombre los asistentes responden: "¡Murió por la patria!". En la placa hay una inscripción que dice: *En memoria de los soldados irlandeses del heroico Batallón de San Patricio, mártires que dieron sus vidas por la causa de México durante la injusta invasión americana de 1847.*

Es una ceremonia conmovedora, aunque cerca de la tercera parte de los soldados mencionados en la placa no fueron mártires por México —es decir, no murieron por México durante la guerra de 1846-1848. Los 71 nombres corresponden a los san patricios juzgados en el tribunal militar, aunque sólo 50 de ellos fueron ahorcados; los demás, como John Riley, vieron sus sentencias reducidas. Si alguna vez se erige una placa conmemorativa apropiada en honor a los san patricios mártires, deberá incluir a los 57 miembros que perdieron sus vidas peleando en La Angostura y Churubusco, además de los 50 ahorcados en las afueras de la ciudad de México.

Otro indicio de que los mexicanos reverencian a los san patricios es la medalla conmemorativa emitida por la casa de moneda del gobierno, en versiones de oro, plata y bronce. En el frente de la medalla aparecen un águila mexica-

[65] Miller, 1989, pp. 172-173.

na, una cruz celta y la leyenda *Al heroico Batallón de San Patricio, 1847.* El reverso muestra a un oficial militar frente al convento de Churubusco, enarbolando una espada en la mano derecha y señalando con la izquierda hacia un cañón. Con medallas, una placa conmemorativa, ceremonias anuales y escuelas públicas que les honran, es evidente que en México los san patricios son tratados como héroes. Al norte del río Bravo, en cambio, su fascinante historia apenas se conoce.

Traducción de Lucrecia Orensanz

INTEGRANTES DEL BATALLÓN DE SAN PATRICIO

Nombre	*Unidad del ejército de E.U.*	*Edad*	*Fecha de enlistamiento*	*Lugar de nacimiento*	*Fecha de deserción*
Akles, Hezekiah W.	Co. H, 3d Art.	28	4 de mayo de 1846	Winchester, Va.	21 de mar. de 1847
Aloif. C.					
Álvarez, Ignacio*				México	
Antison, Patric[†]	Co. E, 4th Inf.	24	25 de dic. de 1845	Londonderrey, Irlanda	14 de nov. de 1846
Appleby, John[†]	Co. D, 2d Art.	25	20 de jul. de 1846	Donegal, Irlanda	24 de jun. de 1847
Arce, C. D. N.*					
Bachelor, Ramón B.*				México	
Bachiller, Michael*					
Bartley, John	Co. H, 3d Art.	23	8 de sep. de 1846	Nueva York, N. Y.	21 de mar. de 1847
Benedck, John[†]	Co. F, 6th Inf.	23	nov. de 1846	Hamburgo, Alemania	19 de jun. de 1847
Bingham, George					
Bowers, John	Co. H, 3d Art.	22	21 de ago. de 1846	Inglaterra	21 de mar. de 1847
Brooke, John	Co F, 6th Inf.	[16]	13 de jun. de 1847	Somerset, Pa.	20 de jul. de 1847
Burke, Richard				Irlanda	
Burns, Michael	Co. A, 6th Inf.	28	23 de sep. de 1846	Wiclow, Irlanda	11 de abr. de 1847
Calderón, José M.*				México	
Casey, Patrick[†]	Co. F, 4th Inf.	21	4 de nov. de 1846	Nueva York, N. Y.	3 de ago. de 1847
Cassady, Thomas	Co. I, 8th Inf.	25	4 de sep. de 1846	Dundalk, Irlanda	15 de jul. de 1847
Cavanaugh, John[†]	Co. E, 8th Inf.	23	26 de nov. de 1845	Dublín, Irlanda	19 de oct. de 1846
Chambers, John				Inglaterra	
Conahan, Denis[†]	Co. I, 7th Inf.	27	26 de jun. de 1845	Londoderry, Irlanda	4 de oct. de 1846
Cuttle, John[†]	Co. B, 2d Inf.	23	25 de abr. de 1846	Irlanda	29 de nov. de 1846
Dalton, Patrick*[†]	Co. B, 2d Inf.	21	2 de ago. de 1845	Co. Mayo, Irlanda	23 de oct. de 1846

Dalwig, George†	Co. K, 2d Art.	22	4 de oct. de 1844	Bremen, Alemania	18 de jul. de 1847
Daly, John	Co. F, Mtd. Rif.	27	16 de jul. de 1846	Co. Cork, Irlanda	10 de dic. de 1846
Delaney, Kerr†	Co. D, 4th Inf.	23	13 de ago. de 1845	Tipperary, Irlanda	14 de nov. de 1846
Donaley, Thomas				Irlanda	
Doyle, Matthew*					
Duhan, Roger*	Co. F, 6th Inf.	21	24 de nov. de 1846	Roscommon, Irlanda	23 de jun. de 1847
Eglen, William					
Ellis, Edward	Co. I, 2d Drag.		[no prestó juramento]		17 de jun. de 1847
Fany, Carlos*					
Fischer,William	Co. D, 1st Art.	26	29 de oct. de 1846	Machias, Maine	1º de nov. de 1847
Fitz-Henry, Henry				Gran Bretaña	
Fogal, Frederick K.†	Co. K, 2d Drag.	24	13 de mayo 1846	Alemania	10 de jul. de 1847
Frantius, Marquis T.†	Co. K, 3d Inf.	32	3 de abr. de 1846	Rockland, N. Y.	23 de jul. de 1847
Fritz, Parian†	Co. F, 6th Inf.	22	21 de ago. de 1846	Cumoree, Pa.	20 de jul de 1847
Garretson, Robert W.†	Co. H, 3d Art.	22	5 de feb. de 1845	Messina Prov., Italia	13 de jun. de 1847
Geary, August				Gran Bretaña	
Green, Joseph					
Groot, Othon de				Prusia, Alemania	
Hamilton, John					
Hanley, Richard†	Co. A, 2d Art.	26	18 de mar. de 1844	Limeric, Irlanda	17 de jul. de 1847
Hart, Barney†	Co. K, 2d Art.	21	24 de mar. de 1846	Irlanda	7 de jun. de 1847
Hogan, Roger†	Co. I, 4th Inf.	24	23 de nov. de 1846	Tipperary, Irlanda	21 de jul. de 1847
Hoginn, John					
Horacs, John					
Humphrey, James†				Escocia	
Hynes John				Irlanda	

(*continuación*)

Nombre	*Unidad del ejército de E.U.*	*Edad*	*Fecha de enlistamiento*	*Lugar de nacimiento*	*Fecha de deserción*
Jackson, George W.†	Co. H, 1st Art.	21	1º de jun. de 1846	Philadelphia, Pa.	14 de feb. de 1847
Keech, William H.†	Co. F, 4th Art.	26	9 de sep. de 1845	Tompkins, N. Y.	27 de may. de 1847
Kelley, James	Co. C, 3d Inf.	30	10 de ago. de 1844	Cork, Irlanda	15 de nov. de 1845
Kenney, Harrison†	Co. E, 4th Inf.	25	2 de jun. de 1845	Berkeley, Va.	28 de may. de 1847
Klager, John W.†	Co. K, 2d Drag.	24	2 de jun. de 1846	Francia	27 de jul. de 1847
Linger, John					
Little, John	Co. C, 2d Drag.	25	1º de ago. de 1845	Kildare, Irlanda	8 de abr. de 1846
Longenhamer, Henry†	Co. F, 2d Drag.	25	18 de mayo de 1846	Darmstadt, Alemania	6 de ago. de 1847
Lusk, Elizier S.†	Co. F, 2d Drag.	26	18 de feb. de 1847	Albany, N. Y.	21 de jul. de 1847
Lydon, Martin†	Co. D, 7th Inf.	25	13 de dic. de 1845	Galway, Irlanda	11 de nov. de 1846
Lynch, John					
Macky, Laurence†	Co. K, 3d Inf.	32	29 de jun. de 1846	Dublín, Irlanda	12 de nov. de 1846
Mahon, James	Co. H, 8th Inf.	24	4 de sep. de 1846	Dublín, Irlanda	27 de jun. de 1847
Maloney, Patrick*	5th Inf.	23	28 de sep. de 1846	Irlanda	7 de ago. de 1847
Manzano, Camillo*				México	
Mauray					
McClellan, Hugh†	Co. A, 8th Inf.	24	27 de ago. de 1844	Irlanda	13 de nov. de 1846
McCornick, John					
McDonald, John†	Co. A, 8th Inf.	28	25 de ago. de 1846	Edimburgo, Escocia	22 de jul. de 1847
McDowell, Gibson†	Co. A, 8th Inf.	31	29 de sep. de 1846	Wilmington, Del.	20 de abr. de 1847
McDowell, James†	Co. K, 7th Inf.	24	7 de oct. de 1846	Galway, Irlanda	31 de mar. de 1847
McElroy, David H.	Co. E, 6th Inf.	16		Nueva Orleáns, La.	8 de jul. de 1847
McFarland, James D.				Montreal, Canadá	
McHerron, Edward H.	Co. G, 4th Art.	18	10 de feb. de 1847	Philadelphia, Pa.	21 de jul. de 1847
McKee, Alexander	Co. H, 3d Art.			Irlanda	21 de mar. de 1847
McLachlin, Lachlin	Co. F, 6th Inf.	24	29 de oct. de 1846	Escocia	19 de feb. de 1847

Mejía, Enrique*				México	
Mestard, Agustín*					
Meyers, John A.†	Co. G, 5th Inf.	23	8 de jun. de 1846	Hanover, Alemania	7 de nov. de 1846
Miles, Martin	Co. A, 8th Inf.	30	8 de nov. de 1846	Irlanda	22 de jul. de 1847
Miller, James	Co. F, 7th Inf.			Arkansas	ago. de 1845
Millett, Thomas†	Co. D, 3d Art.	23	28 de ago. de 1846	Lower, Canadá	25 de mar. de 1847
Mills, James	Co. H, 3d Inf.	21	28 de abr. de 1845	Oswego, N. Y.	4 de abr. de 1846
Milord					
Moreno, Francisco R.*				Florida	
Morstadt, Auguste†	Co. I, 7th Inf.	33	27 de jun. de 1846	Baden, Alemania	3 de nov. de 1846
Murphy, John	Co. C, 8th Inf.	28	9 de dic. de 1845	Co. Mayo, Irlanda	6 de abr. de 1846
Neil, Peter†	Co. B, 4th Inf.	32	6 de nov. de 1845	Galway, Irlanda	19 de nov. de 1846
Neuer, Henry	Co. D, 4th Art.	19	18 de mayo de 1846	Alemania	5 de ago. de 1847
Nolan, Andrew†	Co. G, 4th Art.	22	22 de sep. de 1845	Down, Irlanda	20 de nov. de 1846
O'Brien, Peter				Irlanda	
Ockter, Henry†	Co. D, 4th Art.	27	29 de nov. de 1846	Osnabruck, Alemania	6 de ago. de 1847
O'Connor, Francis†	3d Inf.	30	7 de dic. de 1846	Co. Cork, Irlanda	8 de mar. de 1847
O'Connor, Thomas				Irlanda	
O'Connor, William C.†	Co. K, 1st Art.	25	14 de ago. de 1845	Philadelphia, Pa.	21 de nov. de 1846
O'Leary, Santiago [o Saturnino]*				Nueva York, N. Y.	
O'Sullivan, Michael				Irlanda	
Outhouse, William†	Co. I, 2d Inf.	28	12 de feb. de 1847	Portland, Maine	18 de jun. de 1847
Parker, Richard†	Co. K, 5th Inf.	25	1º de jul. de 1845	Dublín, Irlanda	8 de nov. de 1846
Peel*				Irlanda	
Popes, Henry					
Price, John†	Co. F, 2d Inf.	21	25 de nov. de 1845	Inglaterra	20 de feb. de 1847

(*conclusión*)

Nombre	*Unidad del ejército de E.U.*	*Edad*	*Fecha de enlistamiento*	*Lugar de nacimiento*	*Fecha de deserción*
Rhode, Francis†	Co. I, 2d Drag.	23	17 de nov. de 1846	Stettin, Prusia	13 de jun. de 1847
Riley, John*	Co. K, 5th Inf.	28	4 de sep. de 1845	Co. Galway, Irlanda	12 de abr. de 1846
Riley, Thomas	Co. H, 3d Inf.	24	13 de jul. de 1845	Irlanda	4 de abr. de 1846
Rocher, Daniel					
Romero, Elizio				México ?	
Rose, John†	Co. F, 6th Inf.	29	5 de oct. de 1846	Oldenburg, Alemania	1º de jul. de 1847
Schafino, Francisco*				México	
Schmidth, Herman†	Co. D, 3th Inf.	26	24 de ago. de 1844	Hannover, Alemania	27 de nov. de 1846
Sheehan, John†	Co. G, 5th Inf.	26	13 de jun. de 1845	Irlanda	13 de nov. de 1846
Smith, Charles	Ordnance	26	6 de sep. de 1846	Francfort, Alemania	28 de dic. de 1846
Spears, James†	Co. D, 7 th Inf.	26	21 de dic. de 1844	Escocia	12 de nov. de 1846
Stevenson, John*	Co. H, 5th Inf.	32	4 de ago. de 1846	Armagh, Irlanda	27 de mayo de 1847
Sutherland, John*				Escocia	
Thomas, Samuel H.	Co. C, 6th Inf.	31	30 de jun. de 1847	Batavia, N. Y.	22 de jul. de 1847
Thompson, Henry*				Escocia	
Vader, John					
Venator, Henry†	Co. I, 2d Drag.	27	16 de abr. de 1845	Alemania	13 de jun. de 1847
Vinet				Polonia	
Vosbor, John					
Wallace, William A.†	Co. C, 3d Inf.	26	13 de jun. de 1847	Escocia	21 de jul. de 1847
Ward, Edward					
Wheaton, Lemuel N.†	Co. A, 6th Inf.	20	12 de sep. de 1846	Ashtabula, Ohio	7 de jul. de 1847
Whistler, Henry†	Co. E, 4th Art.	30	15 de jun. de 1847	Philadelphia, Pa.	17 de jul. de 1847
Williams, Charles					
Wilton, John				Inglaterra	
Winitt, Luis				Gran Bretaña	

* Oficiales comisionados al batallón de San Patricio: mediante designaciones estos hombres fueron ejecutados en 1847.
FUENTE: MILLER, 1989, pp. 187-192.

SIGLAS Y REFERENCIAS

CyY/BRBL	Beinecke Race Book, and Manuscript Library, Universidad de Yale, New Haven, CT.
CU-B	University of California, Berkeley; The Bancroft Library.
GB/PRO FO	Great Britain, Public Record Office, Foreign Office.
AHSDN	México, Archivo Histórico, Secretaría de la Defensa Nacional.
OkU/WHC	University of Oklahoma Library, Western History Collections.
TxU/BTHC	University of Texas Library, Austin, Barker Texas History Center.
USNA/RG 94	United States, National Archives, Department of War, Adjutant General's Office, Record Group, 94.
USNA/RG 153	United States, National Archives, Department of War, Judge Advocate General, Record Group, 153.

BALBONTÍN, Manuel

1883 *La invasión americana, 1846 a 1847.* México: Esteva.

BAUER, K. Jack

1974 *The Mexican War, 1846-1848.* Nueva York: Macmillan.

CASTILLO NEGRETE, Emilio del

1890-1891 *Invasión de los norteamericanos en México,* 4 vols. México.

CHAMBERLAIN, Samuel E.

1956 *My Confession.* Nueva York: Harper and Brothers.

COIT, Daniel W.

1967 *Digging for Gold without a Shovel; The Letters... from Mexico City... 1848-1851.* Denver: Old West.

COX, Patricia

1954 *Batallón de San Patricio.* México: Stylo.

CRAWFORD, Ann Fears

1967 *The Eagle: The Autobiography of Antonio Lopez de Santa Anna.* Austin: Pemberton Press.

DAVIS, George T.

1891 *Autobiography of the Late Col. George T.M. Davis.* Nueva York: Jenkins and McCowan, 1891.

DUBLÁN, Manuel y José María LOZANO (comps.)
1876-1889 *Legislación mexicana.* México: Edición oficial, 19 vols.

FINKE, Detmar
1957 "The Organization and Uniforms of the San Patricio Units of the Mexican Army, 1846-48", en *Military Collector and Historian,* 9, pp. 36-38.

FROST, John
1847 *Life of Mayor General Zachary Taylor: With Notices of the War in New Mexico, California, and in South Mexico.* Nueva York: D. Appleton.

GIDDINGS, Luther
1853 *Sketches of the Campaign in Northern Mexico by an Officer of the First Regiment of Ohio Volunteers.* Nueva York: George P. Putnam.

HAYES, Ralph
1977 *The San Patricios.* Nueva York: Leisure Books, Norden.

HENRY, William S.
1847 *Campaign Sketches of the War with Mexico.* Nueva York: Harper and Brothers.

KATCHER, Philip R.
1976 *The Mexican-American War, 1846-1848.* Londres: Osprey.

KRUEGER, Carl
1960 *Saint Patrick's Battalion.* Nueva York: Dutton.

LAVENDER, David
1966 *Climax at Buena Vista: The American Campaign in North-eastern Mexico, 1846-1847.* Filadelfia: J. B. Lippincott.

MILLER, Robert Ryal
1989 *Shamrock and Sword: The Saint Patrick's Battalion in the US-Mexican War.* Norman: University of Oklahoma Press.

NICHOLS, Edward J.
1963 *Zach Taylor's Little Army.* Garden City. Nueva York: Doubleday.

PRIETO, Guillermo
1948 *Memorias de mis tiempos.* México: Patria.

RAMÍREZ, José Fernando

1970 *Mexico During the War with the United States.* (Walter B. Scholes, ed. Eliott B. Scherr, trad.). Columbia: University of Missouri Press.

RIVA PALACIO, Vicente

1887-1889 *México a través de los siglos.* México: Ballescá y Compañía, 5 vols.

ROA BÁRCENA, José M.

1947 *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848).* 3 vols. México: Porrúa.

SCOTT, John A.

1848 *Encarnation Prisoners, Comprising an Account of the March of the Kentucky Cavalry from Louisville to the Rio Grande.* Louisville: Prentice and Weissinger.

SMITH, Justin H.

1919 *The War with Mexico.* 2 vols. Nueva York: Macmillan.

ZAMACOIS, Niceto de

1877-1882 *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días.* 18 vols. México: J. F. Parrés y Compañía.

EDUARDO DE GOROSTIZA, REPRESENTANTE DE MÉXICO EN MADRID DURANTE LA GUERRA DE 1847

Raúl Figueroa Esquer
Instituto Tecnológico Autónomo de México

Esbozo biográfico

Entre los diplomáticos mexicanos del siglo xix que no han recibido atención por parte de los biógrafos, Eduardo de Gorostiza ocupa un lugar importante. Hijo del célebre literato Manuel Eduardo de Gorostiza, con quien a menudo se lo confunde,[1] nació en Francia en 1815; al ser hijo de mexicano por nacimiento conservó esta nacionalidad durante toda su vida. Recibió su formación educativa en Europa, la que le permitió el dominio del inglés y el francés, además de no ser ajeno al conocimiento del griego y el latín, comenzó su carrera diplomática en 1830 cuando ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores, recomendado por su padre, para desempeñar el cargo de agregado en la legación de México en Londres. Debido a que el joven Gorostiza contaba con la escasa edad de 15 años, se justificaba plenamente que el cargo fuera meramente meritorio, es decir "sin sueldo ni gratificación alguna", ya que don Manuel Eduardo tenía por objetivo que su hijo adquiriese experiencia en el manejo de papeles y demás accidentes de la carrera diplomática.[2]

[1] Jaime Delgado, considera a Eduardo de Gorostiza como una "personalidad relevante de las Letras y de la Política de su país". Delgado, 1990, p. 16.

[2] AHSRE, L-E-1171 (ii), f. 38.

Cinco años más tarde, fue promovido con el nombramiento de escribiente cuarto a la legación de México en Dresde con el sueldo de 600 pesos anuales;[3] dicha embajada representaba a México ante los reyes de Prusia y Sajonia, por lo que Gorostiza fue trasladado a la capital de Sajonia. El diplomático Luis G. Cuevas era quien se encontraba al frente de esta representación,[4] y es a partir del 18 de abril de 1835 cuando Gorostiza formó parte de los escribientes.[5] Meses más tarde, al ser trasladado Cuevas a la legación de México en París, en calidad de encargado de negocios, fue acompañado por los demás empleados que habían estado con él en Dresde. Cuevas fue exonerado en septiembre de 1836, a Gorostiza se le ordenó dirigirse a Washington,[6] donde se le comisionó para el arreglo y ordenación de los expedientes y traducciones de documentos oficiales, que durante 1837 fueron utilizados para la Convención de Reclamaciones que el gobierno de Estados Unidos tenía contra México.[7]

A principios de 1839, lo encontramos en México como escribiente segundo del Ministerio de Relaciones Exteriores y en el mes de febrero se lo nombró oficial de la representación de México en Madrid con un sueldo de 1 500 pesos.[8] Con esta designación laboró en dicha legación hasta el 4 de enero de 1842, cuando fue designado secretario.[9] Trabajó bajo las órdenes de Ignacio Valdivielso, encargado de negocios de México en Madrid,[10] cuando éste fue comisionado a Roma en agosto de 1844, Eduardo de Gorostiza quedó al frente de nuestra embajada como encargado de negocios, con carácter de "interino".[11]

[3] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 45.
[4] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 42.
[5] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 47.
[6] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 50.
[7] AHSRE, L-E- 1800 (XII), f. 184.
[8] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 51.
[9] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 58.
[10] AHSRE, L-E-1171 (II), ff. 59, 61-62 y 63.
[11] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 65.

En efecto, Valdivielso desempeñó una delicada misión ante el Vaticano, la cual llevaba dos objetivos: uno, obtener de la Santa Sede la preservación del Patronato Regio, ya que el gobierno de México pretendía heredar tal prerrogativa concedida a los reyes de España; por otra parte, México deseaba obtener de Roma una bula para autorizar la venta de parte de los bienes poseídos todavía por algunas comunidades religiosas. Valdivielso fracasó en ambos objetivos.[12] En tanto, y por espacio de dos años, Gorostiza desempeñó su puesto, de encargado de negocios interino, hasta que en junio de 1846 Valdivielso regresó a Madrid.[13] Sin embargo, cuatro meses más tarde, en octubre de ese mismo año, Valdivielso fue removido de su cargo por la administración presidida por el general Mariano Salas y nuevamente el puesto de encargado de negocios de México en Madrid recayó sobre Gorostiza.[14]

En esta ocasión se le confería el grado de encargado de negocios "efectivo" de la República Mexicana en Madrid con el sueldo anual de 5 000 pesos.[15] Empero, don Eduardo estaba consciente de las precarias condiciones en que México mantenía a sus representantes en el exterior; así, al aceptar dicho nombramiento, el 15 de diciembre de 1846, lo hacía sin mayor entusiasmo.

> Por segunda vez me he encargado interinamente de los negocios de esta legación a pesar del mal estado de mi salud y de hallarme sin recursos propios con que poder subsanar no sólo la falta que de la mitad de mis sueldos estoy experimentando hace cerca de ocho años, sino la total suspensión que de los mismos estamos sufriendo los individuos de esta legación desde el día 1º del pasado noviembre.[16]

Sobre el desempeño de nuestro representante en Madrid durante la invasión estadounidense a México me ocuparé en la segunda parte de este artículo. Por el momento,

[12] AMAE, leg. 1648.
[13] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 67, AMAE, leg. 1648.
[14] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 69.
[15] AHSRE, L-E-1171 (II), ff. 70-71 y 72.
[16] AHSRE, L-E-1171 (II), ff. 75-76.

baste señalar que Gorostiza continuó ejerciendo sus funciones hasta febrero de 1853. Desde fines de 1850, don Eduardo solicitó al ministro de Relaciones Exteriores su traslado a México, pues el clima de Madrid, afirmaba, le afectaba su salud.[17] Al año siguiente volvió a realizar la petición de traslado a su país,[18] pero no fue sino hasta el 28 de febrero de 1853 cuando el gobierno le concedió el permiso para regresar.[19]

Al retorno del encargado de negocios a su patria, ésta se encontraba dirigida por la última administración de Santa Anna. Y al ministro de Relaciones Exteriores de "Su Alteza Serenísima", Manuel Díez de Bonilla, hubo de dirigirse Gorostiza solicitando se le abonase el pago "para establecimiento de casa", cantidad que aún se le adeudaba y que ascendía a 2 500 pesos.[20]

De enero a septiembre de 1854, don Eduardo estuvo realizando una serie de gestiones con el propósito de obtener el reintegro que reclamaba, lo cual logró en septiembre de 1854.[21] No obstante, Gorostiza quería que el Estado le abonara la diferencia del tipo de cambio que según él le correspondía, y en ocurso dirigido a Díez de Bonilla le aseguró que se conformaría con 12% de la suma percibida.[22] Pedro Vélez, tesorero general de la nación, se negó a abonarle la diferencia demandada por Gorostiza. Al respecto veamos sus propias palabras:

> [...] pero me he negado a que se le abone a su cuenta el cambio de situación, porque aunque la ley de 9 de mayo de 1832, previene se haga este abono a todos los empleados del gobierno en países extranjeros, mi concepto es de que esto debe hacerse cuando se le remita el importe de sueldos a los puntos en que están destinados; más no cuando se les entrega el

[17] AHSRE, L-E-1171 (II), ff. 81-82.
[18] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 84.
[19] AHSRE, L-E-1800 (XII), f. 189.
[20] AHSRE, L-E-1763 (VIII), ff. 129-130.
[21] AHSRE, L-E-1763 (VIII), ff. 131, 132, 133-134, 135, 136, 137, 139 y 140.
[22] AHSRE, L-E-1763 (VIII), ff. 141-142.

dinero en esta ciudad o se les expiden bonos a consecuencia de liquidación y de haber cesado en su encargo como sucede con el Sr. Gorostiza, pues en este caso no tienen que sufrir gastos de situaciones, comisiones, etc., que es el motivo por el cual la citada ley previno que se les hiciera el abono de todos esos gastos, a fin de no grabar con ellos a los individuos que desempeñan las legaciones y consulados, sino que recibieran sus sueldos íntegros.[23]

Nada sabemos acerca de Gorostiza después de esta resolución, sino hasta abril de 1858 en que el ministro de Relaciones Exteriores de la administración tacubayista declaró a don Eduardo sin derecho a la pensión diplomática de la cual disfrutaba, en virtud de haberse afiliado al gobierno que por ministerio de ley ocupara Benito Juárez.[24] Cuando los liberales triunfaron sobre el gobierno conservador en enero de 1861, el ministro de Relaciones Exteriores, Francisco Zarco, por acuerdo del presidente Juárez ordenó que la Tesorería General le abonase la cantidad de 1 000 pesos "y que dicha suma se cargue a la cuenta de los considerables alcances del interesado".[25] Sin embargo, dicha orden no pudo cumplirse en ese momento y nuestro personaje sólo recibió 300 pesos. Juan de Dios Arias, ministro de Relaciones Exteriores en 1862, solicitó al de Hacienda, José Higinio Núñez, que por cuenta de los 700 pesos que aún se le debían a Gorostiza:

[...] se le entregue una orden expresa para la oficina de contribuciones directas de 422 pesos, 30 centavos; y que se le admita en pago del 10% por alcabala y de 25% por contribución federal que sobre el capital de 3 378 pesos, 40 centavos, le corresponde pagar por entrega que ha hecho de su sobrina doña Paz Espinosa de los Monteros de una finca suya en Tacubaya, situada en la calle del Árbol Bendito y señalada con el núm. 6.[26]

[23] AHSRE, L-E-1763 (VIII), f. 145.
[24] AHSRE, L-E-1763 (VIII), f 147.
[25] AHSRE, L-E-1800 (XII), f. 176.
[26] AHSRE, L-E-1800 (XII), f. 178.

Aquí vemos, de manera paradigmática, todos los complicados arreglos que tenía que llevar a cabo la administración mexicana para suplir la falta de pago a sus empleados.

El establecimiento del imperio de Maximiliano ocasionó nuevas desventuras para don Eduardo, quien se vio obligado a trasladarse a la ciudad de Pachuca, para ganarse el sustento y el de su familia como empleado de confianza en la Compañía de Minas de Real del Monte con un sueldo de 50 pesos mensuales.[27] El hecho de que un antiguo diplomático, quien hablaba dos idiomas europeos y tenía más de 23 años al servicio del gobierno mexicano, desempeñase tan humilde oficio, hizo concebir dudas a las autoridades imperiales, las cuales atribuyeron su presencia en el mineral a una conjuración "que había de dar por resultado la sublevación de los carreteros de las minas y demás trabajadores de la Compañía".[28] Ante esta situación, Eduardo de Gorostiza se vio obligado a ofrecer sus servicios al imperio.[29] El ministro de Estado y de Negocios Extranjeros, José Fernando Ramírez, no aprovechó la disposición de Gorostiza por lo que quedó confinado al estado de pensionista diplomático,[30] y dicha pensión ascendía a 29 pesos mensuales.[31]

En el momento del triunfo de la República, lo anterior lo inhabilitó como pensionista, por haber servido al imperio; permaneció en Pachuca hasta octubre de 1867. Un año más tarde, trató de obtener un puesto en la Secretaría de Relaciones Exteriores, sin lograr su objetivo.[32] En noviembre de 1868, dirigió un largo petitorio a Sebastián Lerdo de Tejada, secretario de Relaciones Exteriores, en el cual exponía en forma patética su posición durante el imperio.[33] Por medio de este documento, Gorostiza aclaró, hasta en

[27] AHSRE, L-E-1800 (XII), ff. 186-188.
[28] AHSRE, L-E-1800 (XII), ff. 186-188.
[29] AHSRE, L-E-1800 (XII), ff. 186-180.
[30] AHSRE, L-E-1800 (XII), ff., 182, 183 y 186-191.
[31] AHSRE, L-E-1800 (XII), ff. 186-188.
[32] AHSRE, L-E-1800 (XII), f. 185.
[33] AHSRE, L-E-1800 (XII), ff. 186-188. Véase la transcripción completa en el Apéndice I.

sus últimos pormenores, las circunstancias angustiosas que lo llevaron a comprometerse con el imperio con el fin de no sufrir persecución él o su familia. Lerdo de Tejada solicitó entonces informes a Manuel Aspíroz, oficial mayor de la Secretaría, y a Juan de Dios Arias, jefe de la Sección de Europa. Ambos informes, aunque reconocían que la adhesión de Gorostiza al imperio había sido forzosa y producto de sus circunstancias personales, no recomendaban su readmisión a la Secretaría.[34] En consecuencia, Lerdo de Tejada dictaminó que no se podía atender la solicitud de reingreso de Gorostiza por haber servido al imperio, y en un documento afirmaba haber consultado al presidente de la República, Benito Juárez,

> [...] a quien di cuenta de todo, se ha servido acordar que no se puede aplicar a usted el referido decreto de 22 de octubre último, que tiene la condición de no haber servido a la intervención, porque, según usted mismo ha manifestado, ofreció sus servicios aún cuando fuera con la intención que usted indica, y porque recibió la pensión que según la ley envolvía la obligación de quedar agregado al Ministerio de Relaciones, y en consecuencia el reconocimiento de estar dispuesto a prestar los servicios que se le pidieron.[35]

Veintidós años más tarde, en abril de 1890, la hija de don Eduardo, Luisa Gorostiza de Portrón, se dirigió a Cayetano Gómez y Pérez, director de la Deuda Pública, para reclamar los alcances, esto es el saldo deudor de la cuenta que le correspondía a su padre, quien de vivir en ese momento, contaría con 75 años. Sólo se refería a la pensión de 1 400 pesos anuales, y no aparece claro que Gorostiza aún viviese.[36] Ignacio Mariscal, secretario de Relaciones Exteriores, le envió los datos a Gómez y Pérez sobre el estado de liquidación del saldo adeudado a Gorostiza,[37] e ignoro si la pensión le fue finalmente cubierta a Gorostiza o a su hija, así como la fecha en que aquél falleció.

[34] AHSRE, L-E-1800 (XII), ff. 190-193.
[35] AHSRE, L-E-1800 (XII), f. 194.
[36] AHSRE, L-E-1800 (XII), ff. 195-196.
[37] AHSRE, L-E-1800 (XII), f. 197.

SU REPRESENTACIÓN EN ESPAÑA DE 1844-1848

En el transcurso de la representación que Eduardo de Gorostiza tuvo en España ocurrió la anexión de Texas a Estados Unidos, así como la invasión estadounidense a México. A continuación destacaré cuatro temas en los cuales tuvo participación.

El primero, del que tengo referencia, fue ocasionado a consecuencia de la polémica suscitada en México entre Wilson Shannon, ministro de Estados Unidos en nuestro país, y el titular de la Cancillería mexicana, Manuel Crescencio Rejón. En efecto, desde mediados de octubre y durante el mes de noviembre de 1844, se había efectuado un intercambio de notas entre el diplomático estadounidense y Rejón en las que ambos utilizaron un lenguaje inusual dentro de las formas diplomáticas, pero que sirvió para clarificar la posición de las partes contendientes. No es aquí el lugar para presentar la historia de esta polémica, máxime cuando otros lo han hecho antes; sólo expondré los puntos concluyentes.

Shannon, asediado por el tono cáustico empleado por Rejón no tuvo más recurso que quitarse la máscara, y mostrar la política anexionista estadounidense respecto a Texas desde hacía 20 años. Como consecuencia, México debía ponerle freno. El representante de Estados Unidos esgrimía la tesis de la seguridad, según la cual Texas formaba parte de Luisiana y, por lo mismo, integraba el valle del Misisipí; de acuerdo con ella la adquisición de Texas era imprescindible para garantizar la seguridad de Estados Unidos. Este punto le pareció particularmente inquietante a Rejón pues, de acuerdo con esta tesis, la intranquilidad de la nación estadounidense por salvaguardar su seguridad la conduciría a la asimilación de todo el continente americano.[38] Las dos primeras notas *in extenso* de dicha polémica fueron reproducidas por Eduardo de Gorostiza al

[38] La polémica Shannon-Rejón es analizada en BOSCH, 1961, pp. 82-89. Las siete notas cursadas entre ambos en extracto en BOSCH, 1957, pp. 447-448 y 450-459.

ministro de Estado Francisco Martínez de la Rosa, el 31 de diciembre de 1844.[39]

El segundo asunto, en el cual participó Gorostiza, se refiere al proyecto de anexión de Texas a Estados Unidos llevado a cabo en las últimas semanas de la administración de John Tyler, presidente estadounidense que no estaba dispuesto a prescindir de ningún medio para lograrlo. El Congreso había cerrado sus sesiones ordinarias en el verano de 1844; sin embargo, continuó reuniéndose a instancias de Tyler, durante los meses de enero, febrero y principios de marzo, en sesiones extraordinarias hasta alcanzar su cometido.[40]

Desde Madrid, Eduardo de Gorostiza notificaba el interés manifestado por el gobierno de España respecto a las protestas mexicanas ocasionadas por los proyectos anexionistas estadounidenses, pero "la guerra civil, que asolaba [a] España y los problemas con que se enfrentaría interiormente, imposibilitaban que España tuviera la energía necesaria y mucho menos que se comprometiera a ejercer una intervención armada en favor del respeto de los derechos mexicanos".[41] Estas razones esgrimidas por Gorostiza parecen más bien un pretexto para evadirse, pues en esos momentos España gozaba de paz bajo la firme mano del general Ramón María Narváez en su primer gobierno.

Cuando finalmente Estados Unidos consumó la anexión de Texas, en junio de 1845, Gorostiza presentó al gobierno de España las protestas expresadas por México hacia Estados Unidos por el despojo perpetrado, ya que México consideraba a Texas como una provincia rebelde. Esgrimía una serie de retóricas ideológicas por medio de las cuales deducía las consecuencias que de esta anexión y agresión se derivarían para las naciones europeas, especialmente para el gobierno de España:

[39] AHN E, leg. 5868, c. 1.
[40] Argüello y Figueroa Esquer, 1982, pp. 214-268.
[41] Bosch, 1985, p. 443.

> El acto del Congreso y del gobierno de los Estados Unidos de alzarse con terrenos de una nación amiga que han estado poblando durante veinte años con sus propios ciudadanos, quienes después de haberse sustraído de la obediencia que debían a las autoridades territoriales se proclamaron independientes para incorporarse ahora en la Unión, es harto significativo para que no llame la atención de toda la Europa y particularmente la del gobierno de S.M. como que se trasluce en el ensanche que a expensas de México quieren hoy dar los Estados Unidos a sus fronteras el pensamiento político y alarmante de provocar en el nuevo mundo una lucha de raza, de religión, de lengua y de costumbres para hacerse mañana con nuevos despojos.[42]

Tres días después, el Ministerio de Estado se daba por enterado de las protestas que el gobierno de México —a través de Gorostiza— demandó a Estados Unidos.[43]

El tercer tema en el cual Gorostiza tomó una participación, aunque en forma tardía; fue el relacionado con los proyectos españoles por instaurar una monarquía en México. Esto es, la conspiración llevada a cabo por el ministro español en México, Salvador Bermúdez de Castro.[44] El encargado de negocios de México guardó silencio —producto seguramente de su extremada prudencia— durante el desarrollo de la conspiración, de la que con certeza no estuvo bien enterado. Sin embargo, necesariamente debió haber conocido la propaganda ideológica aplicada a través de los editoriales publicados por el diario gubernamental *El Heraldo de Madrid.*

Fue debido al gran revuelo que ocasionó la sesión de las Cortes Españolas del 1º de diciembre de 1847,[45] donde la participación de Bermúdez de Castro llegó a ser del dominio público, el diputado progresista Salustiano Olózaga, en

[42] AHN E, leg. 5868, c. 1.

[43] Esto era simplemente un acuse de recibo, pues ya el Ministerio español había sido informado desde Londres por el Duque de Sotomayor y desde México por Bermúdez de Castro.

[44] SOTO, 1988 y DELGADO, 1990.

[45] *Diario,* (1º dic. 1847), pp. 199-201 y 208-209; *Diario* (2 dic. 1847), pp. 216-219 y 223, y *Español* (10 dic. 1847).

respuesta al discurso de la corona, "acusó formalmente" —según el muy bien enterado ministro de México en Londres, doctor José María Luis Mora— "al gobierno español y a su ministro en México, de haber promovido con calor y por intrigas el establecimiento del principio monárquico".[46]

Mora tenía toda la razón cuando consideraba que el Ministerio español había respondido a Olózaga con vagas palabras "sin negar el hecho ni arrepentirse de él". Pero al mismo tiempo, distinguía muy bien entre la actitud de la minoría política y la opinión pública. "Afortunadamente, las simpatías del pueblo español nos son todas favorables y todas contrarias a semejantes intrigas, pero el mundo oficial apoyado por la Francia podrá todavía darnos graves cuidados y echar todavía en nuestro suelo agitado nuevos elementos de discordia."[47]

El análisis del discurso de Olózaga exigiría un tratamiento exhaustivo, dentro de la intriga monárquica de Bermúdez de Castro, llevada a cabo entre 1845-1846, y dicho análisis excede los límites de este artículo. Baste señalar que en noviembre y diciembre de 1847, en España, pese a la llegada de nuevo al poder del todopoderoso general Narváez, subsistía un "clima de inestabilidad y suspicacias políticas".[48]

Sin lugar a dudas, fueron muy grandes las repercusiones del discurso de Olózaga, no sólo en México y en España, sino en otras latitudes. Los anexionistas cubanos residentes en Nueva York lo publicaron íntegro con grandes comentarios.[49] Las reacciones de la prensa mexicana las sintetizó el encargado de negocios español, Ramón Lozano, quien a su vez tuvo que efectuar algunas explicaciones, siempre escurriendo el asunto ante Luis de la Rosa, ministro de Relaciones Exteriores.[50] Eduardo de Gorostiza, como encargado de negocios de México en Madrid, protestó ante el ministro de Estado, el 29 de junio de 1848. Veamos el contenido de dicha nota:

[46] Chávez Orozco, 1931, pp. 42-48.
[47] Chávez Orozco, 1931, pp. 42-48.
[48] Comellas, 1970, p. 254.
[49] *Verdad* (23 ene. 1848).
[50] AMAE, leg. 1651.

Desde que nació el pensamiento de establecer una monarquía en México, desde 1845 en que los órganos del Partido Moderado lo acogieron en España con particular predilección y a pesar de que la prensa europea dio en atribuir al gobierno de SM una activa participación en semejante proyecto, VE sabe que esta legación ni de palabra ni por escrito le ha dirigido la más mínima insinuación acerca de la supuesta injerencia del gobierno español en los negocios interiores de la República. Hoy en día, sin embargo, me veo en la precisión de recordar a VE que en los momentos en que más sufría aquélla por las consecuencias de la desgraciada guerra que ha sostenido contra el gobierno de los Estados Unidos, vino a encenderse en la misma, con intrigas y amaños, un nuevo elemento de discordia civil y que mientras que esto sucedía, la opinión pública señalaba al Representante de SM como el encargado de crear y fomentar un partido monárquico en el suelo mexicano. Mi gobierno creería faltar a la alta consideración que le merece el gabinete español si por un solo momento, llevado de apariencias o de rumores infundados, admitiese la posibilidad de un ataque tan intempestivo como injusto contra la soberanía de un pueblo ligado a la nación española por tratados existentes y por los lazos de una amistad franca y sincera. Pero después de la grave acusación que un ilustre diputado lanzó contra el gobierno de SM, después de las extrañas revelaciones que se hicieron en el Parlamento español los días 1 y 2 de diciembre último, el gobierno mexicano se halla en el caso de pedir por mi conducto al de SM una explicación amistosa y leal, y la juzga tanto mas necesario cuanto que el Ministerio, al contestar el discurso del Sr. Olózaga, guardó tocante al asunto de que trato una reserva excesiva, alarmante hoy día y altamente peligrosa para el bienestar y tranquilidad de la República, por la razón que pudiera servir de bandera a los enemigos del sistema político que en ella rige. Al dirigir a VE la presente comunicación cumplo con las instrucciones que acabo de recibir y me lisonjeo de que en ella tan sólo verá VE el vivo deseo que anima a mi gobierno de conservar y estrechar cada día más las relaciones de completa armonía que felizmente existen entre españoles y mexicanos.[51]

[51] AHN E, leg. 5869, c. 1.

El ministro de Estado, duque de Sotomayor, contestó a Gorostiza escabullendo la acusación sobre la participación del Ministerio español en la intriga monárquica, y señaló que el discurso de Olózaga sólo "era uno de tantos medios de oposición al gobierno que se suelen usar en las asambleas deliberantes".[52] De esta forma, el gobierno español dio por concluida la participación de su ministro en México en el proyecto de monarquía para ese país llevado a cabo entre 1845-1846. Y no conocemos más comunicaciones de Gorostiza al respecto.

El cuarto asunto, y del que he podido recabar mayor información, es el relacionado con el proyecto mexicano de armar buques en corso en España. Eduardo de Gorostiza fue informado por el gobierno de México a finales de 1846 sobre la misión secreta confiada a Juan Nepomuceno de Pereda. Este último también se comunicó desde La Habana, por medio de varios despachos con Gorostiza. El 22 de enero de 1847, don Eduardo se dirigió a su gobierno y desde esta su primera comunicación referente a dicho negocio, nunca dejó de manifestar tanto a Pereda como a las autoridades mexicanas los graves inconvenientes inherentes a la misma. Creo que si no se mostró más hostil a proyecto tan poco realista, fue por ser un fiel servidor de la diplomacia mexicana, independientemente del ejecutivo en turno. Sin rodeos, Gorostiza expuso su opinión sobre esa forma de hacer la guerra:

> El derecho de armar en corso lastima demasiado los sanos principios del Derecho de Gentes, reconocido por las naciones más adelantadas y sus efectos son también hasta perjudiciales al comercio en general, para que la Europa que desea ver aquél completamente abolido se presta fácilmente, por medio de concesiones voluntarias, a facilitar a gobierno alguno los medios de ejercerle. Así pues en España, cuyas leyes castigan como pirata a todo súbdito español que sin el permiso de rey hace el corso con patente de un estado extranjero y que tiene además celebrado con los Estados Unidos un Tratado

[52] AHN E, leg. 5869, c. 1. Véase la transcripción completa en el Apéndice II.

> por el cual ambos gobiernos se obligan a no permitir el armamento de corsarios en sus respectivos territorios a ninguna nación con quien cada uno a su vez se hallara en guerra, no es extraño que tropiece la Misión Secreta con graves dificultades.[53]

Continuaba explicando las reclamaciones a que se exponía España por parte del gabinete de Washington por permitir la descarga y la venta de los efectos apresados por los corsarios en los puertos, ya fuesen de Cuba o de la península española. Tenía conocimiento, por otra parte, que el presidente del Consejo de ministros de España, Javier de Istúriz, había aprobado la conducta seguida por el capitán general de la isla de Cuba, Leopoldo O'Donnell, en lo referente a la no admisión de las presas hechas por los corsarios mexicanos. Sin embargo, acatando las órdenes del ministro de Relaciones Exteriores de México, Gorostiza tuvo una entrevista con Istúriz el 13 de enero. Éste creía que, si bien en el artículo 14 del Tratado de 1795 firmado entre España y Estados Unidos nada se estipulaba sobre la venta y descarga de los efectos apresados por los corsarios, autorizar cualquiera de estas dos medidas sería ya separarse del espíritu que había presidido la redacción de dicho artículo. El presidente del Consejo de ministros también esgrimía las buenas relaciones que existían entre España y Estados Unidos, y por lo tanto, no podía permitir que en los dominios españoles se hostilizase al comercio estadounidense; "y aún cuando por reciprocidad el gobierno español hiciese igual concesión a los buques de guerra de los Estados Unidos en perjuicio del comercio de México, no por eso declinaría la responsabilidad ni se darían aquellos por satisfechos".[54]

Istúriz añadió que, dadas las graves cuestiones que trataron en La Habana O'Donnell y Pereda y provisto del despacho remitido por el capitán general de Cuba, lo pondría en conocimiento en la próxima reunión del Consejo de

[53] Figueroa Esquer, 1996, p. 60 y Flores Díaz, 1964, pp. 310-311.
[54] Figueroa Esquer, 1996, p. 61 y Flores Díaz, 1964, pp. 310-311.

ministros para que fueran examinadas y resueltas. Así lo hizo en efecto, y el día 21 tuvo lugar otra entrevista con Gorostiza. Istúriz le informó que el Consejo de ministros había ratificado todo lo acordado por O'Donnell. Es decir, se admitirían en los puertos de España las presas conducidas por corsarios, pero no su descarga ni la venta de los efectos apresados.[55]

De esa resolución participó Gorostiza al agente Pereda, quien ya para esas fechas se encontraba en la Península.[56] El agente mexicano tuvo conocimiento de ello, instruyó en este sentido a los cónsules de México en Barcelona, Cádiz y La Habana. Es importante tener en cuenta que la resolución positiva tomada por O'Donnell y ratificada por el Consejo de ministros español, que consistió en la admisión de las presas que podrían conducir los corsarios, fue tomado como un avance por Pereda y Sebastián Blanco, cónsul de México en Barcelona y que les daba cierto margen para actuar.

Sobre la base de este malentendido, al ser apresada la fragata estadounidense "Carmelita" por un corsario español con bandera de México y conducida a Barcelona a principios de mayo de 1847, se suscitó una agria polémica entre Gorostiza y el cónsul Sebastián Blanco, que en otro lugar he tratado extensamente.[57]

Todas las laboriosas gestiones llevadas a cabo por Gorostiza ante el Ministerio de Estado, sus esfuerzos por salvar al cónsul Blanco del peligroso laberinto en el que se había metido, aunado lo anterior a la extensa correspondencia remitida al Ministerio de Relaciones Exteriores de México de mayo de 1847 a junio de 1848, hacen aparecer como injusta la afirmación de Mariano Otero, ministro de Relaciones Exteriores, quien el 11 de junio de 1848 afirmaba que había sido muy grande su sorpresa al ver que:

> Desde el 1º de junio del año anterior hasta el 1º de febrero del presente, no hay una sola nota importante dirigida por VS que

[55] Figueroa Esquer, 1996, p. 61 y Flores Díaz, 1964, pp. 310-311.
[56] Figueroa Esquer, 1996, p. 61 y Flores Díaz, 1964, pp. 319-320.
[57] Figueroa Esquer, 1996, pp. 94-137.

ha descuidado completamente el hacer una reseña de los sucesos de ese país, muchos meses no ha escrito ni un simple acuse de recibo, y por último VS parece que ve con el mayor abandono los negocios que le están encomendados. El Excmo. Sr. Presidente me ordena manifestar a VS que las legaciones tienen un objeto grande que seguramente VS ha desconocido. Un agente diplomático debe ser activo, y no debe omitir nada que pueda ser conveniente al gobierno de su país. Si no es así, las sumas que se invierten en esos empleados se gastan sin ningún provecho. Continuamente se ha extrañado a VS la falta de la correspondencia, sin embargo de las pocas comunicaciones que VS remite, la mayor parte es relativa al cobro de sus sueldos.[58]

Tres meses más tarde, el 14 de septiembre de 1848, Otero afirmaba a Gorostiza que acababa de recibir el primer despacho en lo que iba del año, y en tono admonitorio le comunicaba:

VS pretende disculpar la conducta que ha observado en todo este tiempo alegando que varias veces no se ha contestado a notas importantes de esa Legación. Esto puede ser cierto, porque por desgracia, ha habido épocas en que todos los funcionarios se han desatendido de sus deberes; pero el cargo que a VS se ha hecho es desde que el Gobierno Nacional fijó su residencia en Querétaro; en todo este largo período repito que no ha habido comunicaciones importantes de VS y entiende el Sr. Presidente que VS debe instar sobre la resolución de todos los asuntos pendientes; que debe promover todo lo que sea útil y provechoso para su país.

El estado en que quedaron estos archivos a causa de la invasión no permite examinar desde luego las notas que VS refiere han quedado sin contestación. VS se servirá instruir de los negocios pendientes a vuelta de paquete para que el gobierno pueda ocuparse de ellos.

La falta de sueldos de las legaciones, es ocurrencia que el gobierno actual deplora sobre manera pero esto ha sido general y el Sr. Presidente recuerda que muchos empleados de todas clases han cumplido sus deberes no obstante las escaseces que han sufrido.

[58] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 79.

El gobierno ha creído siempre que esa legación era importante, y cree que trabajando con celo y actividad puede ser útil al país.

El Excmo. Sr. Presidente espera pues que en lo sucesivo (que esa legación será puntualmente pagada) no se note motivo de queja.

Concluyo pues, recomendando a VS que informe sobre asuntos pendientes, que comunique cuanto ocurra de importancia en ese país y le reitero mi alta consideración.[59]

La correspondencia diplomática generada por Gorostiza, debió de haberse traspapelado a consecuencia del desorden que ocasionó el traslado forzoso de la capital a Querétaro en diversas ramas de la administración mexicana. Ésta fue la razón por la cual Otero se encontraba exasperado sin tener noticias de la Legación de México en Madrid, pero no por falta de celo del encargado de negocios, Eduardo de Gorostiza, quien había hecho el mejor papel posible, pese a que el Ministerio de Relaciones Exteriores le retuvo sus sueldos por más de 24 meses.

APÉNDICE I[60]

AHSRE, L-E-1800 (XII), ff. 186-188.
Ocurso.
De Eduardo de Gorostiza al ministro de Relaciones Exteriores, Sebastián Lerdo de Tejada.
México, 2 de noviembre de 1868

Resumen: El interesado aclara la conducta que observó durante el Imperio.

C. Ministro:
Habiéndome manifestado don Juan de Dios Arias, jefe de la Sección de Europa, que ningún acuerdo a recaído todavía sobre el

[59] AHSRE, L-E-1171 (II), f. 80.
[60] La grafía ha sido modernizada en ambos documentos.

ocurso que en 26 del mes próximo pasado presenté, pidiendo el goce de mi pensión, como comprendido en la rehabilitación de los que no sirvieron al Imperio, y que usted quiere saber, antes de resolver, cuál es la ley que se tuvo presente cuándo se me declaró pensionista de la Nación, y además qué cantidades percibí de la pasada administración, tengo la honra de pasar a manos de usted un tanto de la dicha declaración que original existe en mi poder, y en la cual consta que en 18 de julio de 1853 se me declaró la pensión diplomática de un mil cuatrocientos pesos anuales, conforme el artículo 2º de la ley de 2 de septiembre de 1836. En cuanto a las cantidades que recibí durante la pasada administración haré presente que al tercer y último llamamiento, es decir en agosto de 1864, hice registrar mi declaración en la Junta Revisora de Pensiones Civiles y Militares y que no saqué título nuevo ni recibí cantidad alguna en México, pero sí en Pachuca, donde de conformidad con una circular de 2 de diciembre de 1863 percibí de aquella Administración de Rentas con solo la presentación de mi título primitivo cuartas partes o sea veintinueve pesos mensuales y como estos abonos empezaron para mí a fines de 1864 y cesaron al ser ocupada aquella ciudad por las fuerzas de la República, que fue, si mal no recuerdo, en septiembre de 1866, no ha llegado a seiscientos pesos la suma total que vine a percibir durante todo el tiempo del Imperio.

El mismo Sr. Arias, de una manera vaga y en términos que no he podido comprender bien, me ha dado a entender que pesa en el ánimo de usted en contra mía, toda una calumnia, la de haber hecho al gobierno del emperador ofertas de suministrarle pólvora o municiones de guerra. Por más ridículo y absurdo que sea semejante cargo, usted comprenderá, Sr. ministro, que no me es posible desentenderme de él. Trátase de un leal servidor que empezó su carrera el año de 1830, a las órdenes de su ilustre padre, a la sazón ministro de la República en Londres, trátase de un antiguo representante de la Nación en el extranjero que después de haber ganado paso a paso todos sus ascensos fue pensionado a los veintitrés años de servicio continuos en la carrera diplomática, trátase de una persona que a los 53 años de edad y treinta y ocho de empleado desafía al mundo entero a que encuentren en su vida privada o pública un solo hecho de que pueda y deba avergonzarse y por lo mismo que tengo justos títulos a la consideración de todo gobierno, de toda persona honrada, de todo caballero, me ha sorprendido y me aflige profundamente la conducta conmigo observada, conducta para mí incomprensible.

Permítaseme, pues, ya que con tanta tenacidad se ha resistido usted a oírme personalmente, que en esta manifestación haga las necesarias aclaraciones para que de una vez, con todo conocimiento de causa y con la debida conformidad con lo justo, pueda usted acordar mi citada solicitud, aún cuando para ello tenga que repetir lo que ya sabe el gobierno, lo que yo mismo declaré hace más de un año a los señores Aspiroz, Arias y Macías a fin de que lo pusieran en conocimiento de usted "mi sometimiento al Imperio como pensionista de la Nación".

Después de cuanto se ha dicho y escrito sobre lo pasado, no seré yo, uno de tantos que erraron, equivocándose sobre sucesos que hoy a todos nos conviene olvidar, no seré yo, repito, el que desee recordarlos, pero entra en mi abono hacer patente que al retirarse el gobierno para el interior vine yo a quedar en una posición terrible. De todos cuantos habían sido perseguidos a muerte por la reacción fui el único que no pudo acompañar al gobierno. Unos les siguieron a expensas del erario público, otros a expensas propias. Yo fui el único abandonado y el Sr. Arias, entonces amigo y compañero mío en ese Ministerio, podrá informar a usted de que modo procedió conmigo el Sr. Lafuente; por mi parte sólo diré que el recuerdo de aquella ingratitud está amargando el resto de mis días.

Apenas instalada la Regencia empecé a sentir en Tacubaya los efectos de mi falsa posición: un día se me cateaba la casa, so pretexto de que ocultaba en ella armamento, otro se me ponía en lista de supuestos conspiradores. Pronto se hizo urgente la necesidad de alejarme, más no teniendo yo ni recursos para emigrar al extranjero ni para poder permanecer escondido y menos en la inacción, partí para Pachuca, dónde a pesar de no saber palabra de minero ni de azoguero, obtuve en una hacienda de beneficio una colocación de confianza dotada con cincuenta pesos mensuales. Con este sueldo unido en un año después a los veintinueve pesos que vine a recibir por cuenta de mi pensión, he vivido con mi familia en Pachuca todo el tiempo de la Regencia y del Imperio, hasta el mes de octubre del año próximo pasado en cuya fecha, como ya le consta a usted regresé a esta capital para ponerme a su disposición.

En el referido Pachuca, donde era yo al principio completamente desconocido, pase los primeros meses sin novedad, pero poco a poco se fueron esparciendo rumores alarmantes tocante a mí. Se extrañaba que una persona de mi posición social, que había ocupado destinos públicos de alguna importancia así en el ex-

tranjero como en la República, desempeñará de buena fe un desdichado empleo en la Compañía de Minas. No faltó quien adquiriera mayores datos sobre mi pasado: se hablaba de las víctimas de Tacubaya, del Jefe Político que por un milagro había escapado de aquellas sangrientas ejecuciones; del que estuvo a punto de ser fusilado en Cuautitlán, dónde fue aprehendido y después en México donde por fin había sido arrojado en inmundos calabozos entre bandidos y asesinos y más tarde juzgado en Consejo de Guerra. Quien a tales peligros había sobrevivido debía ser forzosamente un hábil y temible conspirador; se atribuía, pues mi presencia en el mineral a una tremenda conjuración que había de dar por resultado la sublevación de los carreteros de las minas y demás trabajadores de la Compañía [...] en una palabra [...] tuve miedo [...] yo atropellado [...] yo otra vez en inmundos calabozos entre bandidos y asesinos y mis hijas entre tanto abandonadas y en la miseria [...] no pude resistir [...] yo necesitaba ganar el sustento de mi familia, yo necesitaba mi libertad, apoyo y justicia en un día de aflicción [...] entonces fue, ciudadano ministro, cuando me puse bajo el amparo del gobierno imperial, sometiéndome a él como pensionista de la Nación.

Suplico a usted eleve la presente aclaración al superior conocimiento del C. Presidente de la República y concluiré añadiendo que por falso y calumnioso rechazo cualquier otro cargo que contra mí se forje o se haya forjado, de cualquiera naturaleza que sea, y que me reservo mis derechos legales y caballero de proceder en contra de quien tal atentado hubiera cometido.

Quedo a las órdenes de usted C. Ministro, para lo que tuviere por conveniente mandarme.

Independencia y Libertad.

Eduardo de Gorostiza [rúbrica]

APÉNDICE II

AHN E, leg. 5859, C-1.
Minuta.
[Del duque de Sotomayor] Al Encargado de Negocios de la República de México.
Palacio, 2 de julio de 1848.

Muy señor mío: He recibido la nota de VS [de] fecha 29 de junio último en la que solicita por encargo de su gobierno una explicación amistosa relativa a las indicaciones hechas *por el Sr. Olózaga*[61] en el Congreso de Diputados, sobre los supuestos planes de establecer una monarquía en México.

Aunque este negocio haya perdido la importancia que pudo tener un día, pues la época y las circunstancias a que se referían los supuestos proyectos de monarquía han desaparecido con el cambio de personas y situaciones en la República, sin embargo acojo con mucho gusto la ocasión que VS me presenta en su citada nota para ofrecer al gobierno mexicano una prueba de la amistad sincera y leal de España.

Verdad es que la prensa española se ha ocupado en algunas ocasiones de discutir sobre[62] si sería conveniente para México sustituir el gobierno republicano por el monárquico, pero el gobierno de SM no ha visto en estas discusiones sino el espíritu de fraternidad que anima a los españoles con respecto a sus hermanos de América, que les hace mirar como propios los males que afligen a los Estados de aquella parte del mundo. Por esta razón se ha abstenido de intervenir en este negocio, y tanto más cuanto que ha debido creer que el de la República lo consideraba bajo el mismo punto de vista pues que ni su Representante en esta Corte ha tomado jamás en cuenta estas polémicas periodísticas, ni el ministro de SM en México ha sido tampoco interpelado sobre tales rumores ni oficial ni confidencialmente. El Sr. Bermúdez de Castro ha merecido la más distinguida deferencia de todos los ministros que se han sucedido en la República desde el año de 1845 hasta su salida de México a mediados del año próximo pasado de 1847.

Cuando esta cuestión fue suscitada incidentalmente en el Congreso *por el Sr. Olózaga,*[63] tampoco juzgó oportuno el gobierno de SM entrar en contestaciones muy extensas porque consideró las indicaciones[64] a que VS hace referencia como uno de tantos medios de oposición al gobierno que se[65] suelen usar en las asambleas deliberantes. Si el gobierno de SM hubiese podido

[61] Lo señalado en cursivas está tachado en el original.

[62] Tachado en el original: "la conveniencia de establecer una monarquía en la República Mexicana".

[63] Tachado en el original.

[64] Tachado en el original: "de este diputado".

[65] Tachado en el original: "valen los partidos para hacer la oposición en esta forma de gobiernos".

sospechar que tan descolorida y extemporánea acusación había de tener algún eco en la República, para librar de embarazos a su gobierno, se habría apresurado a declarar solemnemente la ninguna participación de la España en tales proyectos, si es que han existido, y a protestar con toda sinceridad como lo hago ahora a VS que el gobierno español al reconocer la independencia de las Repúblicas de América lo ha hecho con la lealtad que caracteriza todos sus actos.

Cierto es que[66] el gobierno español no ve en las Repúblicas de América unos estados verdaderamente extranjeros, sino unos pueblos hermanos unidos a la España por los vínculos de origen, religión, idioma, costumbres y tradiciones, pero esta intimidad de relaciones y de simpatías no pasa de sentimientos sinceramente amistosos y de una disposición decidida a contribuir en cuanto esté de su parte para que lleguen a aquel grado de prosperidad y esplendor, que sus circunstancias permiten. El gobierno español desea vivamente que las Repúblicas de América consigan establecer gobiernos fuertes a cuya sombra puedan desarrollarse los elementos de riqueza que encierra aquel suelo privilegiado y que les hagan verdaderamente independientes; pero, ni aún para este fin, se permitiría tomar ninguna parte en sus[67] negocios interiores, porque tal proceder sobre repugnar a su lealtad está en oposición con su verdadera conveniencia. Las simpatías de los pueblos, no se conquistan por medio de intrigas impertinentes, sino por la franqueza en las relaciones y por la comunidad de intereses, y los intereses entre la España y el nuevo mundo se encuentran tan en armonía que sin más impulso que el del tiempo y la paz crecerán portentosamente con recíproco provecho.

El gobierno español tiene dadas bastantes pruebas de estos sentimientos, y justamente con respecto a la República Mexicana puede en el día ofrecer una bien inequívoca de la lealtad con que respeta su independencia.

A las solicitudes y ofertas que se le han dirigido por la Provincia de Yucatán, el gobierno de España ha contestado facilitando sus socorros a aquellos desgraciados para que puedan resistir la agresión de los indios, ofreciéndoles asilo en sus buques y en su territorio, pero negándose decididamente a tomar ninguna parte en la situación política del país y renunciando a toda compensación porque su proceder era tan leal como desinteresado.

[66] Tachado en el original.
[67] Tachado en el original: "discordias civiles".

El representante de España cerca de la República de México habrá podido expresar estos mismos sentimientos a aquel gobierno porque así le está prevenido muy especialmente por el de SM y yo me complazco en que VS me proporcione esta ocasión de repetirlo, pudiendo asegurarle[68] *que los deseos y los actos del gobierno de SM con respecto a la República de México se dirigen exclusivamente a verla dotada de un gobierno que sea capaz de conciliar los intereses de los partidos, y que ayudado por la opinión del país logre restablecer la paz sobre bases sólidas y estables.*

Aprovecho, etc.

Minuta.

Hecho.

Traslado con la misma fecha al Encargado de Negocios de SM en México.[69]

SIGLAS Y REFERENCIAS

AHN E — Archivo Histórico Nacional, Sección de Estado, Madrid, España.

AHSRE — Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México.

AMAE — Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, España.

Argüello Silva y Raúl Figueroa Esquer

1982 *El intento de México por retener Texas.* México: Fondo de Cultura Económica.

Bosch, Carlos

1957 *Material para la historia diplomática de México (México y los Estados Unidos, 1820-1848.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales.

1961 *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos (1819-1848).* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales.

[68] Tachado en el original: "que está tan lejos del gobierno español la idea de tomar parte ni menos de promover el establecimiento de monarquías españolas en América".

[69] Lo señalado aquí en cursivas aparece en el original con otro tipo de letra.

1985 *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos (1º de diciembre de 1843-22 de diciembre de 1848. IV. De las Reclamaciones, la Guerra y la Paz.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

COMELLAS, José Luis

1970 *Los moderados en el poder.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Historia Moderna.

CHÁVEZ OROZCO, Luis

1931 *La gestión diplomática del doctor Mora.* México: Secretaría de Relaciones Exteriores.

DELGADO, Jaime

1990 *La monarquía en México (1845-1847).* México: Porrúa.

Diario

1847 *Diario de las sesiones de las Cortes.* Madrid: Congreso de los Diputados.

FIGUEROA ESQUER, Raúl

1996 *La guerra de corso de México durante la invasión norteamericana, 1845-1848.* México: Instituto Tecnológico Autónomo de México, Programa para el Análisis de las Relaciones, México, EUA y Canadá.

FLORES DÍAZ, Jorge

1964 *Juan Nepomuceno de Pereda y su misión secreta en Europa (1846-1848).* México: Secretaría de Relaciones Exteriores.

SOTO, Miguel

1988 *La conspiración monárquica en México, 1845-1846.* México: EOSA.

GUERRA E IDENTIDAD NACIONAL

Andrés Reséndez Fuentes
Universidad de Chicago

Introducción

Durante la segunda mitad del siglo xix y una parte del presente, la historiografía mexicana sobre la guerra de 1847 no pudo escaparse de las acusasiones partidistas e imputaciones personales. Historiadores liberales y conservadores deslindaron responsabilidades por la derrota y repartieron culpas entre los distintos protagonistas de la guerra. Sin embargo, recientemente, la historiografía de la guerra ha intentado ir más allá del debate político interno de aquella época. Una línea de investigación, particularmente prometedora, ha buscado colocar a la guerra de 1847 en el contexto más amplio del proceso de formación nacional.[1] Y es que la guerra, como ningún otro episodio, evidenció la "debilidad" de México como nación. Fue un verdadero nadir en el difícil proceso de constituir una identidad nacional propia y de establecer un Estado nacional.

En vísperas del conflicto con Estados Unidos, México contaba con elementos de unión indiscutibles. Antes de la conquista española, los mexicas ya habían conformado una red de alianzas locales y regionales que unían a una buena parte del territorio que después llegaría a ser la Nue-

[1] Velasco Márquez y Benjamin, 1994, p. 113. Véase también "Repaso historiográfico", en Vázquez, 1972, pp. 27-49.

va España a través de vínculos comerciales, tributarios, y culturales. El régimen colonial aprovechó estos lazos preexistentes, pero además introdujo nuevos elementos que llegarían a ser aglutinadores como la religión católica y la administración colonial misma. Finalmente, la gesta independentista vino a proporcionar héroes y símbolos patrios que fueron ampliamente difundidos entre la población y que se agregaron a la memoria histórica de la incipiente nación. Y sin embargo, el conflicto con Estados Unidos reveló que también había enormes debilidades.

José Fernando Ramírez, quizá el observador más lúcido entre los que dejaran testimonios escritos de la guerra, se lamentaba de la falta de unión e indiferencia entre los mexicanos. Ramírez hacía notar que tanto Hernán Cortés como "el general Scott y sus 'yankees'" hollaron las playas de Veracruz en semana santa sin que este hecho hubiera generado un pundonor nacional capaz de hacer frente al invasor: "un pueblo sensato y patriota se une y hace frente al primer amago de peligro común; el que no lo es se subdivide y debilita, allanando así los obstáculos al invasor que triunfa sin resistencias".[2] Ejemplos no le faltaron: los poblanos que no opusieron ninguna resistencia a la entrada de los estadounidenses, algunos federalistas radicales que deseaban el triunfo de aquéllos para instaurar en el país un sistema político que ellos mismos no habían podido lograr en la contienda política, comerciantes de la frontera norte cuyos intereses dependían de que se mantuvieran abiertas la vías de comunicación con Estados Unidos, caciques dispuestos a transar con quien les garantizara mayor libertad para obrar en sus feudos. Todos ellos secreta o abiertamente deseaban el triunfo de los estadounidenses aun a expensas de sus lealtades nacionales.

Basándome en la reciente literatura sobre identidad nacional y nacionalismo, lo que intento hacer en este artículo es ofrecer una interpretación de la "debilidad" de México que puede verse en tres sectores: primero, en las disputas internas entre los partidos políticos que evidenciaban la au-

[2] GARCÍA, 1991, p. 512.

sencia de un Estado verdaderamente nacional; segundo, en la existencia de profundas divisiones étnicas que ni el discurso hispanista ni el patriotismo criollo habían podido atenuar, y tercero, en la permanencia de intereses regionales que a menudo se contraponían a los nacionales.[3] Estas tres circunstancias condicionaron las respuestas de los habitantes del país ante la invasión estadounidense e hicieron que aunque muchos colaboraran en la defensa y actuaran de acuerdo con los intereses de la nación, otros, por el contrario, traicionaron, negociaron con los estadounidenses, y medraron con sus lealtades colectivas en el momento en el que la existencia misma de esa reciente invención llamada "México" estaba en juego. Esto hizo de la guerra de 1847 no tanto un conflicto entre dos naciones, sino una complicada red de relaciones entre un ejército invasor y varios grupos sociales que no necesariamente querían resistir.

En este sentido, la invasión estadounidense constituye una ventana privilegiada para asomarnos al problema más general que enfrentó México durante todo el siglo XIX, el problema de fundar una nación sobre bases sólidas. ¿Hasta qué punto la gente que vivía en lo que hoy es el territorio mexicano y el suroeste estadounidense se sentía parte de la nación mexicana? La guerra fue un parteaguas dramático, una "coyuntura crítica" donde diversas regiones y localidades, distintas clases sociales, diversos grupos étnicos, y bandos políticos tuvieron que definirse respecto a la nación. El desarrollo de la guerra nos permite, entonces, analizar las respuestas de todos estos grupos sociales y unidades geográficas ante la amenaza del aniquilamiento de la nacionalidad.

FACCIONES POLÍTICAS Y NACIONALISMO

En 1850 Luis Gonzaga Cuevas identificó al partido liberal como el "partido anexionista" e inversamente ensalzó

[3] GELLNER, 1991; ANDERSON, 1983; SMITH, 1986 y 1991, y HOBSBAWM, 1990. Para el caso de México véase BRADING, 1985 y 1991; NORIEGA, 1992; GORTARI RABIELA, 1995; THOMSON, 1989, y MALLON, 1988 y 1995.

al conservador como el partido de la independencia de México: "el tiempo ha venido a romper el velo que ocultaba la verdad [...] hoy sabemos ya positivamente, que no hay en México más que conservadores y anexionistas".[4] Su caracterización era sumamente parcial e interesada, pero tal opinión estaba lejos de ser minoritaria. Los hombres de bien, luego centralistas y más tarde conservadores, se presentaron como los adalides de la nación en la medida en que buscaron un gobierno fuerte capaz de integrar los intereses regionales, defendieron a la Iglesia católica y la erigieron en pilar de la nación, y algunas veces recurrieron al discurso hispanista.[5] Su desconfianza hacia el expansionismo anglosajón se hizo patente desde la primera administración de Anastasio Bustamante (1829-1832), que hizo esfuerzos por ejercer un mayor control sobre Texas. Esta preocupación culminó con la promulgación de la ley del 6 de abril de 1830, redactada por una comisión del Congreso "para la integridad territorial de la República", por la cual se rescindieron casi todas las concesiones de colonización en Texas —cuyos poseedores eran mayoritariamente angloamericanos— y se prohibió totalmente la inmigración de estadounidenses a Texas. La asociación entre centralismo y defensa de la integridad nacional quedó todavía más clara durante la insurrección texana de 1835-1836. El gobierno del general Santa Anna, en tránsito hacia el centralismo, trastocó los términos del discurso. Mientras que los insurrectos de Coahuila y Texas hablaban de una revuelta federalista y se quejaban de los abusos del gobierno nacional, el de Santa Anna se hacía eco de un discurso patriótico:

> Los colonos establecidos en Tejas acaban de dar el testimonio más inequívoco del extremo a que puede llegar la perfidia, la ingratitud y el espíritu inquieto que los anima, pues olvidando lo que deben al Gobierno Supremo y a la Nación que generosamente los admitió en su seno, y les ha dado terrenos

[4] Gonzaga Cuevas, 1850, en García Cantú, 1965, p. 296.

[5] La composición y banderas políticas de estos grupos fueron cambiando. Véase Sordo Cedeño, 1993.

> fértiles que cultivar y proporcionándoles todos los recursos para vivir con comodidad y abundancia, se han sublevado contra ese mismo Gobierno haciendo armas contra las de la Nación [...] el Exmo. Señor Presidente justamente irritado de una conducta tan pérfida ha fijado toda su atención sobre ella, y para reprimir y castigar esa porción de extranjeros ingratos ha dictado ya las providencias que exige la naturaleza de un verdadero crimen contra la Nación.[6]

La fama de "anexionista" que perseguía y atormentaba al partido federalista se remontaba también a la guerra de Texas y las subsiguientes alianzas y contra otras entre movimientos federalistas y angloamericanos en la frontera norte. A mediados de 1835, cuando la provincia de Texas estaba a punto de separarse del seno mexicano, varios federalistas prominentes que habían sido depuestos en el cambio de gobierno se establecieron en Texas y Nueva Orleáns. Entre ellos estaba el ex vicepresidente Valentín Gómez Farías, el general José Antonio Mexía, el ex gobernador de Coahuila y Texas Agustín Viesca, el coronel Martín Peraza, el presbítero José María Alpuche y otros.[7] Este influyente grupo de federalistas participó activamente en el torbellino de eventos que terminarían en el traumático cercenamiento de aquella parte del territorio nacional. Pero de todos ellos, el más decidido partidario de los texanos fue el ex gobernador del Estado de México, ex ministro de Hacienda, y dueño de importantes concesiones de tierra en Texas, Lorenzo de Zavala.[8] En diciembre de 1835 y enero de 1836, a medida que la rebelión de Texas adquiría tintes claramente separatistas, el liderazgo federalista se escindió. Valentín Gómez Farías, el general Mexía, y el presbítero Alpuche repudiaron el proyecto de los colonos texanos que antes se habían pronunciado por la constitución federal, pero que ahora sólo aspiraban a hacerse inde-

[6] *Alcance* (17 nov. 1835).
[7] Gómez Farías a Cos, Monterrey, 1º de junio de 1835, BL, AHSD, 1095, micropelícula 23, pp. 234-235.
[8] HUTCHINSON, 1956, pp. 1-47.

pendientes de México. El coronel Peraza dijo que él era "mexicano por nacimiento y jamás podría estar gustoso con que se le usurpase a la nación mexicana una parte tan interesante como ésa".[9] Pero Lorenzo de Zavala continuó apoyando la revuelta aún después de declarada la independencia de Texas y más tarde fungiría como vicepresidente de la recién creada nación. Pese a sus protestas en contrario, la revuelta texana marcó a los federalistas con el estigma del separatismo. Proyectos separatistas posteriores fueron atribuidos invariablemente a los federalistas. En 1839 "un zacatecano federalista" propuso nada menos que la amalgamación de Texas con media docena de estados del norte de México:

> [...] si exceptúa usted a los frailes, faltos ya de todo concepto; a los comandantes militares generalmente aborrecidos, y a un muy corto número de imbéciles partidarios de las ideas retrógradas, toda la población de estos estados anhela separarse de la parte meridional, donde se ven como hacinados todos los elementos más propios para perpetuar los privilegios aristocráticos, la tiranía militar, y el yugo ignominioso de la superstición.[10]

El problema del patriotismo de los partidos políticos volvió a plantearse cuando el gobierno del presidente José Joaquín de Herrera tuvo que hacer frente a la cuestión de Texas. A fines de marzo de 1845 llegó a México la noticia de que el Congreso estadounidense había aprobado la agregación de Texas a aquel país. La reacción inicial de la administración de Herrera fue la de romper relaciones con Estados Unidos, aunque dejó la puerta abierta para llegar a un entendimiento mediante el cual México reconocería la independencia de Texas a cambio de que esta última no fuera anexada a Estados Unidos.[11] A excepción de los moderados,

[9] El desterrado a su amante, Nueva Orleáns, 26 de febrero de 1836, en BHC, NA, 2q311, 253 y 126-129.

[10] *Correo Atlántico* (6 mar. 1839). Era un periódico en español publicado en Nueva Orleáns por el federalista desterrado O. de A. Santángelo. El artículo apareció también en el *Telegraph and Texas Register* (10 abr. 1839).

[11] SANTONI, 1987, pp. 41-66.

que constituían la base de apoyo de la administración de Herrera, los demás partidos criticaron la política del presidente hacia Texas y Estados Unidos. Pero detrás de la retórica agresivamente nacionalista, había una multiplicidad de intereses y ambiciones personales y de partido que no podían ocultarse. Más reveladora todavía es la facilidad con la que los líderes de los partidos cambiaban de postura y de retórica frente a la invasión, todo lo cual demostraba hasta qué punto los partidos funcionaban a partir de notables cuyas bases sociales les imponían pocos límites a su juego político y a sus estrategias para alcanzar el poder. Esta flexibilidad contrasta con el movimiento liberal y patriótico de los años cincuenta y sesenta en los cuales los líderes tuvieron menor margen de maniobra respecto de sus bases como lo han demostrado Thomson y Mallon.[12]

El general Paredes muy pronto dejó ver su hostilidad hacia la anexión de Texas. Pero tal actitud estaba indisolublemente ligada a sus aspiraciones políticas. Como encargado del ejército que debía operar en Texas, el general Paredes tenía fuertes incentivos para que la cuestión de esta provincia no fuera solucionada por la vía diplomática. Su disyuntiva era clara, si la administración del presidente Herrera se decidía a ceder Texas a cambio de una compensación en efectivo, "el Ejército de San Luis, no teniendo ya objeto, puesto que no ha de haber campaña, será disuelto dentro de muy poco".[13] Ésta fue una de las consideraciones que en última instancia decidió al general Paredes a encabezar una revuelta contra el gobierno del presidente Herrera. El argumento principal del plan de San Luis era un ardiente llamado para iniciar la guerra contra Estados Unidos para evitar la anexión de Texas. El plan contemplaba el establecimiento de una junta que designaría al Poder Ejecutivo, pero hacía hincapié en que todos los miembros de la junta debían ser funcionarios

[12] THOMSON, 1989, pp. 67-68 y MALLON, 1988, pp. 30-39.

[13] Sin firma (posiblemente el ministro español Bermúdez de Castro) al general Paredes, México, 14 de octubre de 1845, en GARCÍA, 1974, p. 633.

"que se hubieran opuesto decididamente a los esfuerzos que la administración de Herrera realizaba para negociar con los Estados Unidos la anexión de Texas".[14] Sin embargo, una vez que se puso al frente del gobierno, el general Paredes moderó su retórica patriótica demostrando que la lucha contra la anexión de Texas, más que un fin, había sido un medio para alcanzar sus fines políticos. En su programa de gobierno se limitaba a reiterar sus críticas al general Herrera por su "indecisión y debilidad" en las negociaciones de Texas, pero evitó comprometerse a llevar a cabo la guerra. Más aún, en pocas semanas quedó claro que el general Paredes, igual que su predecesor, deseaba arreglar pacíficamente el asunto de Texas.[15]

Desde el otro extremo, los federalistas radicales de Gómez Farías también usaban la cuestión de Texas para lograr sus metas políticas. A principios de mayo de 1845, cuando el gobierno solicitó autorización para entrar en negociaciones con Texas, *El Estandarte Nacional*, uno de los periódicos que representaba a la opinión radical, arremetió contra el gabinete de Herrera pidiendo la renuncia de esos "pigmeos miserables" que osaban hacer leyes para sumir a México "en el fango del oprobio y la ignominia".[16] La abierta hostilidad de Gómez Farías hacia cualquier arreglo de la cuestión de Texas se originaba en parte en su experiencia de 1835-1836. Pero al mismo tiempo, igual que en el caso de Paredes, la exaltada retórica nacionalista del grupo de Gómez Farías llevaba el propósito de ganarse a la opinión pública para allanar el camino hacia la presidencia. Desde su regreso a México en febrero de 1845, Gómez Farías no cesó de impulsar a su grupo para tomar el poder, primero por la vía pacífica y después promoviendo asonadas en junio y septiembre que no prosperaron. Los radicales se valieron de una furibunda retórica antianexionista para obtener votos en las elecciones de septiembre con el fin de remplazar las dos cámaras del Congreso, y de hecho,

[14] SOTO, 1988, pp. 72 y 92.
[15] SANTONI, 1987, pp. 201-206.
[16] *El Estandarte Nacional* (3 mayo 1845), en SANTONI, 1987, p. 80.

obtuvieron una gran victoria que le abrió a Gómez Farías la posibilidad de tomar el control político del país.[17]

La línea dura adoptada por los federalistas radicales fue a menudo un mero instrumento político. Esto quedó de manifiesto una vez que el general Paredes asumió el poder. Entonces el grupo de Gómez Farías tuvo que elegir entre oponerse al proyecto monárquico o al expansionismo estadounidense. En una reveladora carta a Gómez Farías, Manuel González Cosío, quien seis meses después sería nombrado gobernador de Zacatecas, explicó su predicamento y ofreció su solución

> Si como la posición geográfica de nuestro desgraciado Estado [que] es tan central fuera limítrofe, siquiera como Chihuahua, habríamos proclamado nuestra independencia y aún nuestra unión a los Estados Unidos. Sí, nuestra unión a aquella República, porque en la forzosa y dura alternativa de perder la libertad o la nacionalidad, la elección es muy obvia, Texas ha hecho mil veces bien, y lo mismo hará California.[18]

No es sorprendente que las diversas facciones políticas hubieran hecho uso del asunto de Texas con fines propagandísticos antes de iniciada la guerra. Pero una vez que las tropas estadounidenses invadieron el territorio nacional, las pugnas políticas, lejos de ceder ante la palpable agresión externa, adquirieron mayor encono. A diferencia de lo que ocurriría durante la intervención francesa cuando el movimiento liberal mostró un fuerte patriotismo de bases que sus líderes difícilmente pudieron ignorar, durante la guerra de 1847 la lógica del faccionalismo político dictó la respuesta del gobierno mexicano a la invasión y terminó por paralizar totalmente la resistencia armada. Más que ningun otro episodio, la lucha civil desatada en la capital a principios de 1847 demuestra dramáticamente hasta qué grado los es-

[17] Santoni, 1987, pp. 120-122, 148-151, 173-175 y 177-179.

[18] Manuel González Cosío a Gómez Farías, Zacatecas, 27 de febrero de 1846, citado en Fuentes Mares, 1967, p. 248. Aseveraciones como éstas llevaron a Fuentes Mares a proponer que los federalistas puros tenían un "programa secreto" que consistía en promover la anexión de todo México a Estados Unidos, en Fuentes Mares, 1967, pp. 243-253.

fuerzos de defensa eran subsidiarios de las consideraciones políticas. En esencia, una vez que la coalición de radicales y santanistas asumió las riendas del gobierno, los primeros intentaron llevar a la práctica el programa liberal que habían acariciado por tanto tiempo. Gómez Farías usó las guardias nacionales con fines partidistas y el Congreso expidió un decreto de ocupación de los bienes de la Iglesia.[19] Esta última iniciativa generó tal oposición, que precipitó la rebelión de los "polkos"; y todo esto ocurría en la capital justo antes de que tropas estadounidenses ocuparan Veracruz.

La lucha de facciones que precedió a la guerra y que prosiguió con mayor virulencia en el transcurso de ésta, no deja dudas de las extremas divisiones políticas prevalecientes en el país, fracturas tan profundas que ni siquiera la existencia de un enemigo externo pudo reducir. Después de las guerras de independencia, la capacidad hegemónica del Estado mexicano había quedado sumamente disminuida y había dado pie a la fragmentación del poder político entre regiones y caudillos. Todo esto creó una lucha entre caudillos con distintas clientelas políticas por alcanzar el poder sin que ninguno de ellos fuera capaz de organizar un Estado nacional que lograra acuerdos políticos generales en torno de los cuales se hubiera podido organizar la defensa de la nación. Episodios como la rebelión de los "polkos" hicieron evidente hasta qué punto el faccionalismo político había impedido la conformación de un Estado nacional.

El problema étnico

Escritores mexicanos y estadounidenses contemporáneos de la guerra destacaron la diversa matriz cultural a la que pertenecían las dos partes en conflicto: una anglosajona y protestante, y la otra española y católica. Entre los mexicanos, Lucas Alamán era tal vez el más característico y sin duda el más influyente dentro de esta corriente. En 1844-1845 publicó los dos primeros tomos de sus *Disertaciones*, un estudio

[19] Santoni, 1987, pp. 324-376.

de la conquista de México por los españoles y del establecimiento de la monarquía para poder así conocer "[...] cuál es nuestro origen, cuáles los elementos que componen nuestra sociedad, de dónde dimanan nuestros usos y costumbres, nuestra legislación, nuestro actual estado religioso, civil, y político".[20] La idea central del libro era rescatar la particularidad hispánica de México, única vertiente del ser nacional que podía dar a México su carácter único y diferente, capaz de oponerse al expansionismo estadounidense basado en principios políticos generales.[21] Alamán, y un grupo fervientemente hispanista, concebían la guerra como un choque de civilizaciones. Ésta fue una de las líneas de argumentación que dio pie a la conspiración monárquica de 1845-1846.[22] Más aún, es interesante notar que estas ideas impulsaron a varios españoles a participar decididamente en la guerra. En aras de este hispanismo, el presbítero español Celedonio Domeco de Jarauta organizó una guerrilla para hostilizar al enemigo a medida que su línea de abastecimiento se extendía de Veracruz a la ciudad de México. Asociado con el general Paredes, el padre Jarauta se pronunciaría en 1848 por proseguir la guerra a los estadounidenses y por la anulación de los tratados de paz. Juan de la Granja, otro periodista y comerciante español quien más tarde introdujera el telégrafo a México, dejó igualmente testimonios de su hispanismo esencialista y de su oposición a deponer las armas:

> La paz se ha hecho, y con ella se ha sellado la afrenta de México y la próxima ruina y exterminio de nuestra raza y las demás que habitan este hemisferio. Dígame usted ahora, si por una miserable ganancia que momentáneamente nos pueda proporcionar a unos cuantos el comercio, será generoso el sacrificar tan grandes y permanentes intereses.[23]

[20] Alamán, 1969, i, p. 7.

[21] Alamán, 1969. Véanse también cartas entre Lucas Alamán y William H. Prescott, en Prescott, 1925, pp. 533, 571-572 y 583-584.

[22] Son particularmente ilustrativas las opiniones del ministro español Bermúdez de Castro al primer secretario del Despacho de Estado, en Delgado, 1990, p. 259.

[23] Juan de la Granja a Andrés Patrullo, México, 27 de julio de 1848, en Granja, 1937, p. 332.

Pero este proyecto de Alamán y otros hispanistas de constituir la nación a partir de una matriz cultural española tuvo muy poco eco en la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo XIX. Fue cuando más la expresión de un deseo de unidad nacional que no existía.[24] México era mayoritariamente indígena, y aunque la República se había empeñado en borrar todo tipo de distinciones étnicas en documentos oficiales, equiparando a todos los habitantes del territorio nacional como "ciudadanos", en la práctica quedaban profundas divisiones.[25] La invasión estadounidense exacerbó estas fracturas, pues dio un nuevo aliado a grupos que habían sido subyugados o que por alguna otra razón tenían alguna querella contra el sistema de gobierno imperante. En el trance de la guerra, las identidades étnicas, tribales, primigenias, afloraron por encima de la identidad nacional más intelectualizada y mediada por funcionarios provinciales y locales.

El norte de México, la región más inmediatamente expuesta a los avances estadounidenses, era un verdadero mosaico étnico que remotamente podía conformarse a los deseos de los hispanistas mexicanos. En el enorme arco comprendido entre la Alta California y Texas habría 37 000 residentes criollos o mestizos, 12 000 indígenas sedentarios, 60 000 angloamericanos concentrados principalmente en el norte y este de Texas, y un número indeterminado, pero muy considerable, de tribus indígenas nómadas o seminómadas.[26] Algunas de estas tribus habían vivido en esta región desde el inicio de la colonia y por mucho tiempo tenido relación con los asentamientos españoles de forma tal que podía hablarse de tribus hispanizadas, pero otras habían llegado muy recientemente. La expansión estadounidense hacia el oeste, en especial después de la guerra de 1812, desplazó a numerosas tribus indígenas, muchas de

[24] BRADING, 1991, pp. 645-646.

[25] Para 1825 el gobierno había abolido los títulos nobiliarios y toda alusión racial y de castas en documentos oficiales.

[26] Estos datos son aproximados y excluyen a la villa del Paso del Norte. Véanse WEBER, 1982, pp. 1-6 y WHITE, 1966, pp. 27-32.

las cuales se dirigieron hacia los territorios mexicanos. Los indígenas cheroquis, savano, delaware, kikapoes y otros, se convirtieron en parte integral de la heterogénea sociedad fronteriza mexicana.[27] Además, la llegada de nuevas tribus indígenas empujó a las ya establecidas hacia el sur. Tal es el caso de los apaches y los comanches que comenzaron a extender sus incursiones hasta Zacatecas y San Luis Potosí. Los redactores de los *Apuntes* estaban muy conscientes de la amenaza que representaban estos grupos:

> [...] impulsadas y protegidas por los estadounidenses, las tribus salvajes que habitan los desiertos de nuestros límites con los Estados Unidos, ellas fueron, hace mucho tiempo, la vanguardia de esa invasión que ha penetrado hasta la capital de la República.[28]

Para todos estos grupos, la noción de mexicanidad era vaga, cuando no inexistente.

Incluso para los grupos indígenas sedentarios que habían vivido por siglos bajo las instituciones coloniales, la idea de mexicanidad era bastante ajena. Una ola de rebeliones indígenas sacudió al país durante los años de la guerra.[29] En Yucatán, ejércitos mayas amenazaron con exterminar a los criollos y mestizos de la Península. En el istmo de Tehuantepec los juchitecos lideraron una serie de revueltas. El caso más interesante para nuestros propósitos fue el de los motines que estallaron en Sierra Gorda, la zona montañosa entre San Luis Potosí y Guanajuato. Los grupos indígenas de Sierra Gorda, incorporados tardíamente a la sociedad colonial, prosiguieron su lucha contra el gobierno mexicano durante los años de la guerra, y para ello recurrieron a los estadounidenses que se convirtieron así en un nuevo y poderoso aliado.[30] Según el parte del general Pedro María Anaya, los dos motines más importantes que se verificaron en Sierra Gorda, en Xichú y Tolimán,

[27] José María Sánchez a ministro de Relaciones Exteriores, Nacogdoches, 9 de junio de 1828, en BHC, NA, 2q171, 112 y 327.

[28] *Apuntes*, 1991, p. 189.

[29] Tutino, 1986, pp. 249-254.

[30] Reina, 1988, pp. 269-294.

fueron encabezados por indígenas que habían entrado en relaciones con el ejército invasor. Uno de estos líderes fue aprehendido en Huichapan, y en varios documentos que le fueron encontrados, así como en el proceso que se le siguió, quedó de manifiesto que "el general en jefe de los estadounidenses había tenido que ver con la rebelión fomentándola y prometiendo mandar armas y protegerla".[31]

Aún en el centro y el Bajío, donde la presencia española y las instituciones coloniales habían sido más robustas, quedaban profundas divisiones étnicas que impedían o limitaban al menos el florecimiento de un sentimiento de unidad nacional. El general Anaya, en una "Memoria reservada" que presentó al Congreso reunido en Querétaro a principios de mayo de 1848, pedía que fueran remplazados los cuerpos del ejército, compuestos en su mayoría por gente del centro y del Bajío. Anaya quería que en el ejército hubiera solamente "hombres útiles, y no imbéciles, criminales y gente viciosa que no conoce sus deberes ni los que la sociedad les impone, comienza su ignorancia desde no entender el idioma español".[32] El garante de la integridad nacional, el ejército, resultó ser tan heterogéneo como la sociedad mexicana.

Si bien, la guerra difícilmente podía reducirse a un conflicto entre una nación española contra otra anglosajona, como quería verla Lucas Alamán, la religión definió mucho más a las partes en pugna. La guerra de 1847 estuvo más cerca de ser de católicos contra protestantes. En la conformación de la idea nacional, la religión y el guadalupanismo habían sido centrales desde antes de la independencia. En el norte del país el catolicismo había sido el criterio fundamental para distinguir a los mexicanos de las "naciones bárbaras", o de la nación protestante del norte, desde 1821. Durante la guerra, el tema de la defensa de la religión católica y la simbología religiosa fueron utilizados para fomentar la unidad y resistencia entre los habitantes del país, e incluso ante las tropas enemigas. En Monterrey,

[31] Parte del general Anaya, en ROA BÁRCENA, 1883, p. 575.

[32] Memoria reservada del general Anaya, en ROA BÁRCENA, 1883, pp. 572-573.

algunos sacerdotes mexicanos inducían a los soldados estadounidenses a la deserción usando argumentos religiosos. Durante su estancia en Jalapa, Jacob Oswandel se quejaba de que los mexicanos los incitaban a desertar, aunque él mismo se jactaba de que "solamente tuvieron éxito con la parte católica de nuestro ejército la cual fue persuadida por los sacerdotes de que era equivocado y pecaminoso pelear contra su propia iglesia y religión".[33] Santa Anna estaba muy consciente del poder de la religión como elemento aglutinador, al repartir propaganda en inglés entre las filas enemigas: "¿Qué no es la religión el lazo más fuerte entre los hombres? [...] ¡Que los mexicanos y los irlandeses formen un solo pueblo, unidos por el sagrado vínculo de la religión y la benevolencia!"[34] Mientras tanto la prensa nacional mantuvo la fe contra toda esperanza: "México triunfará algún día cuando aplacado el Eterno vuelva su vista hacia nosotros y perdone nuestras aberraciones que justamente merecen mucho castigo [...] ¡Que llegue, señor, que llegue el periodo de tu misericordia!"[35]

La defensa del catolicismo era una bandera que podía aglutinar no sólo a criollos y mestizos, sino a varios grupos indígenas que también temían la imposición de una religión extraña. Carlos María de Bustamante fue un ardiente impulsor del patriotismo criollo, una tradición intelectual que se remontaba a principios del siglo XVII, y que buscaba salvar los problemas ocasionados por la diversidad étnica de México a partir de un discurso indigenista unido a elementos religiosos, especialmente el guadalupanismo.[36] El mejor ejemplo de este fenómeno es la rebelión "mexicanista" ocurrida en Nuevo México en enero de 1847. En agosto de 1846, este lugar había sido ocupado por una pequeña tropa estadounidense que tomó posesión de su territorio. Sin embargo, cinco meses después estalló una revuelta encabezada por miembros de la élite criolla novomexicana y un grupo nu-

[33] Oswandel, *Notes of the Mexican War*, en MILLER, 1989, p. 158.

[34] Propaganda del general Santa Anna publicada en el *Diario del Gobierno*, en MILLER, 1989, p. 163.

[35] *El Republicano*, en BUSTAMANTE, 1994, II, p. 150.

[36] BRADING, 1991, pp. 601-602.

meroso de indios Pueblo. Los alzados masacraron al gobernador estadounidense de Nuevo México, Charles Bent, junto a otros residentes angloamericanos, y a varios novomexicanos "colaboracionistas" del gobierno recientemente establecido por los ocupantes. Este movimiento se apoyó en una retórica de defensa de la religión católica.[37] Una gran inquietud se apoderó de Nuevo México desde el inicio de la guerra. Eran frecuentes los rumores de que los estadounidenses llegarían al territorio a robar, matar, y sobre todo a profanar la religión católica. En estas condiciones, un misterioso documento apareció en las comunidades indígenas de Jémez, San Juan, y probablemente Taos. En él se contaba la historia del gran monarca Montezuma:

> [...] para darlo a la luz a los Pueblos situados en la gran Provincia del Nuevo Méjico para que entiendan que son y serán reconocidos por la nación de aquel Gran Monarca a quien deben rendir toda obediencia contando hasta esta fecha. Que no se sabe si estará muerto ni en dónde se encuentra pero al fin puede asegurarse que por varias profecías se halla sepultado dentro del mar Atlántico hasta que Dios Nuestro Señor sea servido darlo a la luz como se espera en la presente época y para que sepan de su nacimiento, y para que no olviden sus primeros principios, se les escribe esta para en observancia en la verdadera religión que no se aparten de ella y que vivan con todo cuidado para que así se verifique su nuevo nacimiento.[38]

La leyenda de Moctezuma yuxtaponía la historia de un héroe mítico de los indígenas Pueblo, Pose-yemo, con la vida de Jesucristo, y todo esto estaba entreverado con el mito fundacional del imperio Azteca. La leyenda tenía la obvia intención de atraer a los indígenas Pueblo a la causa de México usando una poderosa simbología religiosa.

El hispanismo de Alamán y el patriotismo criollo de Bustamante constituyeron dos proyectos distintos para conformar a la nación, no obstante, ambos fracasaron.[39] La

[37] BURTON, 1913, pp. 23-54.

[38] "Historia de Montezuma", 25 de mayo de 1846, en BHC, BT, 2q240, 788.

[39] Brading explora la relación entre ambos proyectos, en BRADING, 1991, pp. 644-646.

conspiración monárquica del general Paredes fue el intento más acabado de Alamán por llevar sus ideas a la práctica; pero la oposición fue tal que Paredes se desligó del proyecto inicial. La idea de intelectuales como Bustamante de constituir a la nación a partir de una mezcla de indigenismo y catolicismo tuvo mayores posibilidades como lo demuestra la rebelión de Taos. No obstante, cruzadas religioso-nacionales como las de Taos fueron excepcionales durante la guerra. Más comunes fueron las revueltas como las de Sierra Gorda y Yucatán en las que las divisiones étnicas se impusieron sobre las lealtades nacionales. Después de todo, tan sólo 25 años antes de la guerra las comunidades indígenas habían experimentado el cambio de soberanía de España a México, un tránsito que había traído nuevos retos y a menudo desventajas. Más aún, desde la perspectiva de estos grupos, el derrumbamiento de la monarquía española había dejado un vacío de autoridad y legitimidad que difícilmente pudo suplir la nueva nación.

La guerra y las regiones

El proyecto nacional impulsado desde la capital del país a partir de 1821 encontró grandes obstáculos en las regiones. El faccionalismo político, la diversidad étnica, y sobre todo la red de intereses económicos locales y regionales que prevalecieron en las distintas zonas, limitaron enormemente la capacidad del gobierno para "mexicanizar" efectivamente a la población del país.[40] La guerra contra Estados Unidos vino a exacerbar estas divisiones y a revelar la diversidad de intereses subyacentes. En vista de la amenaza de invasión, y de la incertidumbre y el caos político que prevalecía en el gobierno nacional, los estados reasumieron en mayor o menor grado su soberanía.

[40] Es un fenómeno bien identificado en los recientes trabajos sobre nacionalismo que la "conciencia nacional" surge en forma desigual en las distintas regiones de un país. Véase Hobsbawm, 1990, p. 12 y Hroch, 1985, pp. 17-32.

Bustamante dividía a los estados del país en tres grandes grupos: los estados del norte que incluían Chihuahua, Durango, Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Zacatecas, Nuevo México, Sonora y las Californias; los estados del centro que eran Jalisco, Michoacán, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí y el Estado de México —que en aquel entonces comprendía los actuales Estado de México, Morelos, Hidalgo y Guerrero—, y los estados del sur que comprendían Puebla, Oaxaca, Chiapas, Veracruz, Tabasco y Yucatán. Según el historiador oaxaqueño, los estados del norte tenían intereses totalmente antagónicos a los del centro, mientras que los del sur propendían a "separar su poder, su industria agrícola, su riqueza marítima, su perseguido comercio, sus estériles sacrificios, su despreciado valor y generosidad" de las pretensiones de los estados del centro.[41] En otras palabras, para Bustamante la dinámica principal entre las regiones del país se reducía, en última instancia, a un centro en conflicto con los dos extremos.

La actuación de los estados durante la guerra da sustento a la hipótesis de Bustamante. Los que más contribuyeron a la defensa del país —tomando en cuenta el "contingente de sangre" y las contribuciones en metálico para formar los ejércitos de La Angostura y Cerro Gordo— fueron San Luis Potosí, Jalisco, Michoacán, el Distrito Federal, y en menor medida Zacatecas, Guanajuato, y Querétaro.[42] Los estados del centro, además de ser los más ricos, estaban en una mejor posición para contribuir a la defensa del país que los estados del norte o los del sur que vivían amenazados por revueltas indígenas e incursiones de tribus nómadas. Además, ya que en los estados del centro se había gestado el proceso de independencia y era allí donde se encontraba la sede del gobierno nacional, sus habitantes habían estado más expuestos a la retórica nacionalista. La identidad nacional surgió a partir de un discurso patrióti-

[41] BUSTAMANTE, 1994, II, pp. 183-184.

[42] Véase corte de caja del ejército en San Luis Potosí, en *El Republicano* (14 ene. 1847) y artículos en *El Republicano* (15 ene. 1847) y (10 mar. 1847), así como *Apuntes*, 1991, p. 115.

co y de una serie de símbolos y mitos aceptados y compartidos por la poblacion; en este sentido, los habitantes del centro vivían en los lugares donde estos símbolos se propalaban con mayor insistencia.[43]

Michoacán se convirtió en uno de los bastiones principales de la defensa según lo atestigua la prensa de la época. El batallón activo de Morelia combatió en las campañas del norte y en Cerro Gordo, Molino del Rey y Garita de Belén. El batallón de Matamoros participó en La Angostura. Mientras tanto en Pátzcuaro, fray José María Chávez del convento de San Francisco donó las campanas para que se construyeran piezas de artillería y los ciudadanos de la hacienda de Las Trojes de Angangueo hicieron donativos de consideración, en Zitácuaro operó una junta patriótica de arbitrios muy eficiente, y en Morelia todo era vida y movimiento:

> [...] los herreros todos del Estado están construyendo lanzas y machetes por cuenta del mismo. En la Quinta conocida del Canónigo Gato hay una fábrica de pólvora. En varias partes se está construyendo metralla y balas de fusil [...] se han dado ya algunas patentes a muchos de los que han venido de los pueblos con certificados de las autoridades respectivas pidiendo licencia para armar partidas de voluntarios que ansían por vengarse y marchar al campo a batirse, habiéndose repetido hasta cuatro leyes para porporcionarles recursos.[44]

Igualmente, Jalisco contribuyó a la defensa del país. Los batallones del coronel José Guadalupe Perdigón Garay y del teniente coronel Santiago Xicoténcatl reforzaron al ejército que peleó en el norte. Posteriormente, Jalisco envió al batallón de San Blas que tomó parte en las campañas del valle de México y también aportó 30 000 pesos que provinieron de contribuciones y exacciones de la iglesia de Guadalajara.[45]

[43] Anderson, 1983, pp. 4-7 y Sahlins, 1989, p. 9.

[44] *Diario del Gobierno* (22 mayo 1847) y carta anónima, Morelia, 30 de abril de 1847, en Bustamante, 1994, II, pp. 174-175.

[45] *El Republicano* (11 y 14 mar. 1847).

Si bien el centro cargó con la mayor parte de las responsabilidades de defensa, hubo diferencias notables entre los estados que conformaban esta región. Y estas diferencias se debieron a las cambiantes relaciones entre el gobierno nacional y los estados. El 22 de agosto de 1846, el movimiento federalista que derrocó al general Paredes restableció la Constitución de 1824, disolvió las asambleas departamentales, y decretó que los gobernadores de los estados podían ser removidos por voluntad del gobierno nacional mientras se establecían nuevos gobiernos estatales. Fue así como se conformó una nueva coalición de estados promovida por la administración Salas-Gómez Farías. Melchor Ocampo fue nombrado gobernador interino de Michoacán, Francisco Modesto de Olaguíbel del Estado de México, Manuel González Cosío de Zacatecas, José de Ugarte de Jalisco, etcétera.[46]

Fue esta coalición de estados dominada por líderes radicales la que organizó la resistencia a la invasión a fines de 1846. Sin embargo, el rompimiento entre Gómez Farías y Santa Anna, en marzo de 1847 provocó un reacomodo en esta coalición de gobiernos estatales y federal. Guanajuato reasumió su soberanía pues sus autoridades consideraron que los acontecimientos de la capital dejaban al país "sin un centro de unión". Dicho acto fue duramente criticado por la prensa nacional que acusó a Guanajuato de escatimarle recursos a la federación en los momentos en que más se necesitaba la unión para repeler al enemigo.[47] Zacatecas rehusó "secundar los esfuerzos del Gobierno de la Unión para defender la independencia", o al menos no manifestó "toda la actividad y energía" debido a la mala disposición del gobernador González Cosío hacia el general Santa Anna.[48]

[46] La conformación de esta nueva coalición puede seguirse en el *Diario*, de MALO, 1948, I, 301-305.

[47] *Diario del Gobierno* (29 mar. 1847).

[48] *El Republicano* (21 abr. 1847). La rivalidad entre González Cosío y Santa Anna se remontaba a 1835. González Cosío, a la sazón gobernador de Zacatecas, se rehusó a acatar el decreto de reducción de milicias cívicas, y tropas nacionales comandadas por Santa Anna ocuparon la capital del estado el 11 de mayo de ese año.

En vez de mandar tropas al centro del país, el gobierno de Zacatecas aprovechó la confusión de la guerra para ajustar viejas cuentas con Aguascalientes e invadió las municipalidades de Asientos, Rincón y Calvillo.[49]

Factores tan cambiantes como la relación política de cada gobernador con el presidente, el balance de poder en cada estado, o simplemente la disponibilidad de hombres y dinero hacen difícil cualquier generalización sobre el comportamiento de los estados durante la guerra. Pero aún así es claro que los estados del centro fueron los que en conjunto colaboraron más decididamente en la defensa del país.

Esto contrasta con la situación que se vivía en el norte del país, en donde la oposición a la invasión estadounidense fue menor. Bustamante hacía notar que en los estados fronterizos, "predican abiertamente los revoltosos la separación de la República como el único remedio de sus males".[50] Nuevo México fue invadido por una pequeña tropa estadounidense e incorporado a aquel país sin que se hubiera hecho "un solo disparo" durante la transacción.

Mi hipótesis es que una red de intereses comerciales y de especulación de tierras vinculó a la frontera norte de México con la economía estadounidense desde la década de 1820, y que este proceso terminó por influir en las lealtades nacionales de la sociedad fronteriza.[51] Crecientemente ligados a la órbita económica estadounidense a través del comercio de bienes y la especulación de tierras, muchos habitantes de la frontera norte dependían de la continuación de estas relaciones económicas para su supervivencia y por ende se volvieron menos receptivos al proyecto nacional promovido desde el centro del país. La ocupación pacífica de Nuevo México, en agosto de 1846, puede ser explicada en estos términos. Las fuerzas estadounidenses escoltaban a una caravana de mercaderes que provenía de Missouri, y varios

[49] *Diario del Gobierno* (6 sep. 1847) y *El Republicano* (21 abr. 1847).

[50] Bustamante, 1994, i, p. 116.

[51] Al respecto, estoy escribiendo una tesis sobre identidad nacional en Texas y Nuevo México: "Caught between Profits and Rituals: National Constestation in Texas and New Mexico, 1821-1848", tesis de doctorado, Universidad de Chicago (en proceso).

novomexicanos tenían invertidos capitales de consideración en la caravana; entre ellos estaba el gobernador, general Manuel Armijo, quien prefirió entregar el territorio a los estadounidenses pacíficamente y huir.[52] También otros estados y territorios fronterizos amenazaron con separarse. Alta California había estado prácticamente separada del resto de la federación desde principios de 1845, y al inicio de la guerra muchos de sus habitantes empezaron a considerar independizarse de México y llegar a algún otro arreglo que proporcionara seguridad y estabilidad. Algunos líderes locales como Juan Bandini simpatizaban con la causa de Estados Unidos mientras que otros pedían independencia bajo la protección británica o francesa.[53] En Tamaulipas, el jefe de la División del Norte reportó que el general Antonio Canales había iniciado un movimiento en las villas del norte para independizar los departamentos fronterizos bajo la protección de las fuerzas estadounidenses. El reporte indicaba que el general Canales había invitado a los habitantes de Coahuila, Nuevo León, y aun al gobernador de este último.[54]

[52] "Formación de causa al general Manuel Armijo por su actuación política y militar en la ocupación del territorio de Nuevo México [...]", Chihuahua, 1947, BL, AHSD, 2588, micropelícula 11, 1534-1539.

[53] Monroy, 1990, p. 176 y Weber, 1982, pp. 269-270.

[54] Josefina Z. Vázquez ha escrito recientemente sobre la llamada República del Río Grande, proyecto independentista iniciado en el norte de Tamaulipas en 1839-1840, antecesor del que nos ocupa; en Vázquez, 1995. La autora concluye que tal república fue una invención de la prensa estadounidense —y de los historiadores subsiguientes que se han basado en tales fuentes—, y afirma que difícilmente pudo haber existido un movimiento genuinamente secesionista entre los federalistas tamaulipecos de las villas del norte, haciéndonos notar la falta de fuentes mexicanas que corroboren tal movimiento. En el caso que nos ocupa, el proyecto preocupó a los mandos militares mexicanos porque la invasión estadounidense hacía más factible su realización. Véanse informe del general Francisco Mejía, general en jefe de la División del Norte, sobre el comportamiento observado por el general Antonio Canales para independizar los departamentos de oriente bajo la protección estadounidense, Linares, 9 de julio de 1846; Juan N. Seguín a Francisco Mejía, 2 de julio de 1846, y Manuel Leal a Francisco Mejía, Linares, 7 de julio de 1846, BL, AHSD, 2180, micropelícula 7, 1123-1125.

Por su parte los departamentos del sur mostraban similares tendencias secesionistas, aunque moderadas por la ausencia de un polo de atracción como lo era Estados Unidos en el norte. Yucatán fue el caso extremo. El 1º de enero de 1846, la asamblea departamental declaró que cesaba la obligación de Yucatán de reconocer al supremo gobierno.[55] Al iniciarse las hostilidades, fuerzas navales estadounidenses ocuparon la isla del Carmen y amenazaron con bloquear los puertos de la Península. Los campechanos enviaron al juez José Rovira a Washington para ratificar la neutralidad de la Península y conseguir que se permitiera el intercambio comercial por Sisal y Campeche. Mientras tanto, Justo Sierra O'Reilly, yerno del gobernador Santiago Méndez Ibarra, le escribió al secretario de Estado estadounidense, James Buchanan, ofreciendo nada menos que la anexión de su provincia a ese país a cambio de ayuda para combatir la sublevación maya.[56] Tabasco había hecho una exitosa defensa de su capital en octubre de 1846 cuando fue atacada por la escuadra del comodoro Mathew C. Perry. Pero en virtud del escaso apoyo que recibió del centro, el coronel Juan Bautista Traconis, gobernador del departamento, decidió rebelarse aunque al poco tiempo desistió.[57]

Entre los estados del sur —según la clasificación de Bustamante— el caso de Puebla fue el que más enojo causó entre los patriotas mexicanos. No opuso ninguna resistencia a la entrada de las tropas estadounidenses. Peor todavía, la población dio un recibimiento hostil al ejército mexicano que venía en retirada después del desastre de Cerro Gordo. Muchos poblanos deseaban que los soldados mexicanos desocuparan la plaza pues los consideraban como un pararrayos que atrae la tempestad.[58] Parte de esta

[55] Bustamante no ocultaba su disgusto por todo lo ocurrido: "preciso es compadecer a hombres que tan ligeramente han procedido, echando la cuenta sin el huésped, pues no conocen el suelo que pisan", BUSTAMANTE, 1994, I, pp. 125-126.

[56] Justo Sierra O'Reilly a James Buchanan, Mexcanú, 25 de marzo de 1848, en GARCÍA CANTÚ, 1965, pp. 269-273.

[57] *El Republicano* (16 ene. 1847).

[58] ROA BÁRCENA, 1883, pp. 245-246.

animadversión se explica por motivos coyunturales, ya que el general Santa Anna, en su afan de proveer de monturas a la caballería, dictó medidas arbitrarias, y esta circunstancia "no dejó de influir en acabar de enajenar a los restos del infortunado ejército de Cerro Gordo las simpatías de la población".[59] Otro hecho que terminó de pintar el cuadro de la "traición" de Puebla fue que un grupo de 400 poblanos bajo las órdenes del coronel Manuel Domínguez y del capitán Pedro Arias se hubiera puesto a las órdenes de los estadounidenses como "compañía de espías". Domínguez y Arias operaron en el corredor de Veracruz a Puebla combatiendo a las guerrillas mexicanas.[60]

Las diversas reacciones de los estados frente a la invasión revelaron los intereses profundos de cada región. La hipótesis de Bustamante de un centro en pugna con sus dos extremos se sostiene en términos generales durante los años de la guerra. La falta de contacto entre el centro y las zonas periféricas del país, el proceso de fragmentación y regionalización del poder político desde el periodo de las guerras de independencia, y sobre todo la permanencia de intereses económicos locales y regionales, hicieron que la resistencia a la invasión se circunscribiera a los estados del centro y del Bajío mientras que algunos proyectos secesionistas proliferaron en el norte y en el sur.

Conclusión

Al término de la guerra y sumidos en el más profundo desencanto, los editores de *El Siglo XIX* dieron su veredicto del país: "En México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional [...] sólo hay una simple colección de hombres sin los lazos, los derechos, o los deberes que constituyen a una sociedad".[61] Este juicio tan severo recogía el sentir de una parte de la sociedad mexicana que

[59] Roa Bárcena, 1883, p. 244.
[60] Roa Bárcena, 1883, p. 670.
[61] *El Siglo XIX* (1º jun. 1848), en Hale, 1957, p. 155.

había visto frustrados todos los esfuerzos por evitar la desmembración del país. La lucha de facciones durante la guerra puso de manifiesto la ausencia de un Estado nacional que promoviera los intereses del país y que generara consensos políticos que sirvieran como piedra de toque de la resistencia a la invasión. Las coaliciones federalistas y centralistas que se sucedieron desde la independencia habían fracasado en la tarea de imponer una hegemonía efectiva sobre las distintas regiones y grupos sociales del país. La guerra de 1847 también marcó el fin de una serie de intentos patrióticos —en el sentido de tener contenidos más emotivos que políticos— por constituir una nación. Tal es el caso del proyecto hispanista de Lucas Alamán y del patriotismo criollo impulsado por intelectuales como Bustamante.

En este sentido debemos entender la guerra como un hito en un proceso de formación nacional más amplio. Este replanteamiento tiene, además, un corolario para la frontera norte de México. Tendemos a pensar que México perdió más de la mitad del territorio nacional como resultado, simplemente, de una serie de derrotas militares. Pero más allá de los episodios de la guerra misma, las lealtades de los habitantes del país, sobre todo de los que vivían en la frontera norte, habían sido condicionadas por una serie de alianzas locales y regionales, de ligas económicas, y de intereses políticos que crecientemente los vinculaban con Estados Unidos. Bajo esta perspectiva, la guerra de 1847 no es más que la culminación de una serie de procesos que habían afectado a la frontera norte por décadas.

Así, la guerra fue un punto de inflexión que dio fin a un ciclo de proyectos nacionales fallidos, pero sentó las bases de donde surgiría un verdadero Estado nacional y una verdadera nación. La coalición federalista de estados que hizo frente a la invasión, o instituciones como las guardias nacionales, creadas al vapor en 1847-1848 para subsanar las deficiencias del ejército regular, fueron las semillas de donde surgiría un nuevo orden liberal y una nueva noción de ciudadanía que 20 años después fue capaz de derrotar al proyecto imperial europeo.

SIGLAS Y REFERENCIAS

BHC, BT Barker History Center, Bandelier Transcripts.
BHC, NA Barker History Center, Nacogdoches Archives.
BL, AHSD Bancroft Library, Archivo Histórico de la Secretaría de Defensa.

ALAMÁN, Lucas

1969 *Disertaciones.* México: Jus, t. I.

ANDERSON, Benedict

1983 *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism.* Londres. Verso.

Apuntes

1991 *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos.* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

BRADING, David A.

1985 *The Origins of Mexican Nationalism.* Cambridge: Centre of Latin American Studies.

1991 *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State: 1492-1867.* Cambridge: Cambridge University Press.

BURTON, Bennett

1913 "The Taos Rebellion", en *Old Santa Fe,* 1, p. 2.

BUSTAMENTE, Carlos María de

1994 *El nuevo Bernal Díaz del Castillo.* México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Fondo de Cultura Económica.

DELGADO, Jaime

1990 *La monarquía en México, 1845-1847.* México: Porrúa.

FUENTES MARES, José

1967 *Santa Anna: aurora y ocaso de un comediante.* México: Jus.

GARCÍA, Genaro

1974 *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México.* México: Porrúa.

1991 *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México.* México: Porrúa.

García Cantú, Gastón

1965 *El pensamiento de la reacción mexicana: historia documental, 1810-1962.* México: Empresas Editoriales.

Gellner, Ernest

1991 *Nations and Nationalism.* Londres: Verso.

Gortari Rabiela, Hira de

1995 "El territorio y las identidades en la construcción de la nación", en Hernández Chávez, Alicia, *Cincuenta años de historia en México.* México: El Colegio de México.

Granja, Juan de la

1937 *Epistolario.* México: s.e.

Hale, Charles A.

1957 "The War with the United States and the Crisis in Mexican Thought", en *The Americas,* 14, p. 3.

Hobsbawm, Eric J.

1990 *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality.* Cambridge: Cambridge University Press.

Hroch, Miroslav

1985 *Social Preconditions of National Revival in Europe.* Cambridge: Cambridge University Press.

Hutchinson, C. A.

1956 "Mexican Federalists in New Orleans and the Texas Revolution", en *Louisiana Historical Quarterly,* 30, p. 1.

Mallon, Florencia

1988 "Peasants and State Formation in Nineteenth-Century Mexico: Morelos, 1848-1858", en *Political Power and Social Theory,* 7, p. 1.

1995 *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru.* Berkeley: University of California Press.

Malo, José Ramón

1948 *Diario de sucesos notables.* México: Patria, t. i.

Miller, Robert Ryal

1989 *Shamrock and Sword: The Saint Patrick's Battalion in the US-Mexican War.* Norman: University of Oklahoma Press.

MONROY, Douglas
1990 *Thrown Among Strangers: The Making of Mexican Culture in Frontier California.* Berkeley: University of California Press.

NORIEGA, Cecilia Elío (coord.)
1992 *El nacionalismo en México.* Zamora: El Colegio de Michoacán.

PRESCOTT, William H.
1925 *The Correspondence of William Hickling Prescott, 1833-1847.* Boston: The Riverside Press.

REINA, Leticia
1988 "The Sierra Gorda Peasant Rebellion, 1847-50", en *Riot, Rebellion, and Revolution.* Princeton: Princeton University Press.

ROA BÁRCENA, José María
1883 *Recuerdos de la invasión norteamericana, 1846-1848.* México: Librería Madrileña de Juan Buxó y Cía.

SAHLINS, Peter
1989 *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrenees.* Berkeley: University of California Press.

SANTONI, Antonio
1987 "Los federalistas radicales y la guerra del 47", tesis de doctorado. México: El Colegio de México.

SMITH, Anthony D.
1986 *The Ethnic Origins of Nations.* Oxford: Blackwell.
1991 *National Identity.* Reno: University of Nevada Press.

SORDO CEDEÑO, Reynaldo
1993 *El Congreso en la primera República centralista.* México: El Colegio de México-Instituto Tecnológico Autónomo de México.

SOTO, Miguel
1988 *La conspiración monárquica en México, 1845-1846.* México: Offset.

THOMSON, Guy P.C.
1989 "Bulwarks of Patriotic Liberalism: The National Guard, Philharmonic Corps and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-88", en *Latin American Studies,* 22, p. 2.

TUTINO, John

1986 *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940.* Princeton: Princeton University Press.

VÁZQUEZ, Josefina Z.

1972 *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47.* México: «SepSetentas».

1995 *La supuesta república del Río Grande.* Ciudad Victoria: Universidad Autónoma de Tamaulipas.

VELASCO MÁRQUEZ, Jesús [y] Thomas BENJAMIN

1994 "La guerra entre México y Estados Unidos, 1846-1848", en *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos.* México: Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Relaciones Exteriores.

WEBER, David J.

1982 *The Mexican Frontier 1821-1846: The American Southwest under Mexico.* Albuquerque: University of New Mexico Press.

WHITE, Gifford

1966 *The 1840 Census of the Republic of Texas.* Austin: Pemberton Press.

BREVE DIARIO DE DON MARIANO RIVA PALACIO (AGOSTO DE 1847)

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

GRAN PARTE DE LA MINORÍA POLÍTICA, profesional y comercial residente en la ciudad de México, abandonaron la capital al acercarse las tropas estadounidenses al valle de México. Algunos extranjeros y mexicanos vivían en Tacubaya y contaban con casas de "veraneo" o descanso en ese lugar o Tlalpan, mientras otros tenían haciendas en los alrededores. Los diputados y senadores regresaron a sus lugares de origen, después de la aprobación de las reformas a la Constitución de 1824. Entre ellas, una que le arrebataba al ejecutivo la posibilidad de negociar la paz, lo que hacía que la situación general de la República fuera más delicada aún.

Entre los que partieron, estuvo el abogado y político don Mariano Riva Palacio, casado con Guadalupe la única hija de don Vicente Guerrero. Don Mariano se instaló en su productiva hacienda de Chalco, pero sus numerosos contactos lo mantuvieron al tanto de los sucesos en la ciudad y áreas cercanas. Preocupado por la situación, decidió llevar un diario de los sucesos, el cual inició el 8 de agosto y suspendió el 23. Este diario no es un documento esencial, pero dada la importancia del personaje y la escasez de esta clase de testimonios del lado mexicano, creemos que es conveniente darlo a conocer.

Don Mariano Riva Palacio nació en la ciudad de México en 1803, en donde murió en 1880. Hizo estudios de abogacía en el seminario, profesión que practicó con bastante

éxito en los tiempos en que no estuvo involucrado en la política, ocupación de la mayor parte de su vida. Don Mariano se inició en ella como primer regidor del Ayuntamiento de México en 1829, cargo en el que tuvo gran éxito y que le permitió ser alcalde sexto al año siguiente.

Como diputado se inició en el célebre Congreso reformista de 1833-1834, al cual sería elegido once veces para el mismo cargo o para senador, la última vez en 1868. Dos veces fue ministro de Hacienda con don José Joaquín de Herrera (1845 y 1848) y tres veces gobernador del Estado de México (1849-1851, 1857 y 1869-1871), cargo en el que hizo una labor muy meritoria, preocupado por la educación y las obras de utilidad pública. También se desempeñó con distinción en las Juntas del Desagüe del Valle de México y de Crédito Público. El último puesto que desempeñó fue el de director del Monte de Piedad en 1876.

Maximiliano le ofreció en 1864 la cartera de Gobernación, pero sus convicciones liberales y republicanas le impidieron aceptarla. Sin embargo, de acuerdo con su sentido de la justicia, aceptó el nombramiento que el emperador le hizo como su abogado defensor en 1867.

Como es fácil imaginar, su correspondencia, que forma parte de la Colección de Manuscritos de Genaro García y se alberga en la Benson Latin American Collection de la Universidad de Texas, en Austin, es una fuente riquísima para la historia de México desde 1830 hasta la década de 1870. Justamente en la consulta de su correspondencia, encontré una parte del diario que aquí publicamos (Genaro García, 2331) y que sin duda advertí incompleto al interrumpirse repentinamente. Algún tiempo más tarde, al revisar la rica correspondencia de su hijo, don Vicente (Genaro García, 28), pude encontrar el resto del diario en los primeros legajos y completar mi copia. Es extraño que este hecho haya escapado al cuidadoso catalogador de las dos colecciones.

Aunque breve, el diario ofrece una mirada a los problemas prácticos con que tropezaron los hacendados y rancheros con la ocupación estadounidense, por lo que lamentamos que don Mariano decidiera suspenderlo. Sal-

ta a la vista que, a pesar de que éste abandonó la ciudad de México, no se desentendió del difícil momento y sus problemas y que ayudó en lo que pudo a la defensa. No sólo proveyó a los hombres que luchaban, también fue activo colaborador de los generales Santa Anna, Valencia, Alcorta y Álvarez. Dado que sus contactos le informaban constantemente sobre los sucesos en la ciudad de México y sus alrededores, estuvo al tanto de las diferencias de opinión y las acusaciones que lamentablemente se lanzaban unos a otros, en tan apurada situación.

Por sus observaciones nos enteramos de que no todos los hacendados y rancheros hicieron negocios con la guerra, como pasó en otros lugares. Al parecer, los residentes de Chalco escondieron sus ganados y alimentos para no proveer al enemigo, aunque no siempre con éxito. Don Mariano se refiere a los desmanes de los "yankees", sus robos de vasos sagrados y la incautación de alimentos, forrajes y ganado, que no siempre pagaban, y que cuando lo hacían entregaban órdenes de pago del comerciante estadounidense Luis Hargous.

Sus notas resumen el temor a la ocupación y la convicción de la impotencia. Se percibe el abatimiento que siente al mencionar a las temibles contraguerrillas que los estadounidenses habían constituido con presidiarios mexicanos.

A 150 años del triste acontecimiento, el diario nos acerca a aquellas sombrías horas en que estaba por consumarse la ocupación de la capital, con la perspectiva de un importante personaje de la historia de aquel tiempo.

Domingo 8 de agosto de 1847

A las 10 de la noche estando en la Hacienda de Axalco recibí una carta de don Vicente Zamora en que me comunica que los señores estadounidenses habían salido de Puebla el día anterior en número de 4000 hombres y estaban en el puente de Tezmeluca; la noticia se refería a Guevara, quien decía haberla traido el portillón que estaba en San Martín a don Angel Murillo, a Santa Barbara en Yxtapaluca.

Lunes 9

Recibí una carta de Velasquez fecha ayer en que me dice que según las noticias que había tenido, los Yankies habían salido el sábado de Puebla con 4 000 hombres y creía que habían dormido el 8 en Río Frío y que el resto de 5 000 salió el mismo domingo y pernoctaba en San Martin. Don Blas Zamora desde Yztapaluca me escribió que unos decían allí no habían salido los Yankies de Puebla, y otros que se habían vuelto, que él iba inmediatamente a serciorarse, hasta Río Frío, de la verdad y me avisaría. Acto continuo supe por otra de Velasquez: que por un correo que acaba de llegar a la Hacienda de la Compañía, se sabe de una manera positiva que hoy es cuando sale la vanguardia de 4 000 hombres de San Martin al Puente de Texmeluca y que el resto hasta 15 000, que auguran forma todo el Ejército, salió hoy de Río Prieto para San Martin. Por otro correo que viene desde Jalapa se supo que el viernes próximo pasado llegaron a Puebla 5 000 hombres de Veracruz, y que según se decía allí pensaban dejar a esa Ciudad sola, lo que es increíble. Se asegura que por lo anterior del monte a uno y otro lado del camino vienen de exploradores los criminales de Puebla que con el nombre de contra-guerrilla armó Scot.

Martes 10

En cumplimiento de lo que me ofreció Zamora me escribe hoy confirmándome las anteriores últimas noticias agregando que la contraguerrilla saqueó ayer la casa del Vicario de Tlahuapa, poniendo los americanos presos a aquel y a un francés de un molino que por él se interesaba, mas a poco quedaron en libertad. Aseguran que la contraguerrilla se compone de 200 hombres y según dijeron todos los mas cortados de la cara. No parece que son todos valientes ni están bien montados. El General Alvarez estaba ayer en Nanacamilpan 3 leguas al norte del Puente. Los soldados del enemigo vienen con mucha confianza diciendo que desde luego atacan el Peñón. El Ejército se divide en 3 secciones de a

4 000 hombres cada una. Por la tarde según la polvareda que se advierte los Yankies vienen pasando por Cordova y el primer trozo es de caballería. 200 hombres de contraguerrilla están en el Puente de Santo Domingo cerca de Buenavista. Acabo de recibir carta de que los Yankies llegaron ya a Buenavista. Una partida de caballería mexicana se presenta en Yxtapaluca venía a la cabeza el General Santa Anna. Los Yankies de Buenavista movieron artillería y caballería, y la partida de observación se retiró. Las guerrillas de Tlalmanalco, Ozumba y la de Colín enviaron un encuentro con una partida de Yankies que venía dentro del monte arriando los ganados que encontraban: haciéndoles dos prisioneros, matándoles y cogiéndoles seis y más otros 5 desbarrancados, 11 frisones ensillados y armados y otras frioleras.

Las autoridades de Chalco se pasaron a Tlalmanalco.

Miércoles 11

Los Yankies avanzaron de Buenavista a Ixtapaluca y Ayotla: vienen bajando más por Río Frío y Cordova. Hoy fuí al Moral: los caminos estaban enteramente rotos, y me sorprendió ver como a la una de la tarde una procesión en la que traían un Santo Cristo bajo de palio, muchas mujeres y pocos hombres cantando: bajaban del cerro de Cocotitlan y entraron al carril de la Hacienda de Atoyac. Al llegar a casa encontré a Beserril y a Bermejo los que me dijeron que tenían en Ayotzingo 100 infantes armados pero que hacía dos días no encontraban un real para socorrerlos: convinimos en que esta noche los llevaran a unirse con los que defienden a Mejicalsingo avisando allí y al General Santa Anna en el Peñol; todos los movimientos que ha hecho hoy el enemigo: para que esto se practicara les dí lo necesario para el socorro de toda su tropa. Llegaron hoy 200 hombres de los Yankies a la Hacienda de la Compañía llevaron maíz y también que a los del pueblo de San Gregorio les cogieron igualmente algunos bueyes. Mandé carta a Mejico a Rodríguez comunicándole lo ocurrido, la envié abierta porque pudieran imponerse los jefes militares que hubiera en el tránsito de la Canoa.

Jueves 12

Mandé un dependiente al pueblo de Tlaltenco para que subido en el cerro observe los movimientos del enemigo hasta el Peñol, me dio aviso de ellos, si sirva a la vez para las comunicaciones que se necesiten: éste me dice que los Yankies mandaron una guerrilla al ojo de agua la que fue solamente de observación, pues se retiró a poco a San Ysidro, y que al bajar él del cerro encontró otra de 68 Yankies. En la tarde de hoy están entrando en Chalco muchos carros y tropa de todas armas, del enemigo: se dice que van para San Agustín de las Cuevas, se han quedado en la noche en Chalco. Ha corrido hoy la noticia de que el General Alvarez tomó ayer a Puebla pero la creo inverosímil por suponer fortificados los cerros, y guarnecida la Ciudad, y no llevar el General, más que caballería. Comuniqué la ocupación de Chalco a mi dependiente en Tlaltenco para que avise por medio del correo de aquí.

Viernes 13

Salió una partida de 400 caballos, 2 piezas y 2 carros de San Ysidro y se situaron en el ojo de agua a explorar el campo: una parte de ellos se dirigió a la Laguna de la derecha hasta cierta distancia: otra al pueblo de Santiago a Cahualtepec y otra guerrilla independiente de esta de 89 Yankies, tomó hacia la puerta de Tláhuac y marchó para Yztapalapan. En la tarde entró más tropa a Chalco también de todas armas, y carros pasándose a la Hacienda de San Juan de Dios en donde pernoctan, pues sus carros se han situado en el potrero. Acabo de recibir dos pliegos uno para el General Santa Anna y otro para Alvarez, don Diego: los mando en el acto, así como uno que avise al General Valencia verbalmente el movimiento de Chalco: dudo que pase hasta Xocoatlaco, en donde me dicen que está este General. En la tarde salió una partida de 250 infantes y 48 caballos para Tlalmanalco, la caballería avanzó para Zavaleta a la Ferreria y en la Hacienda de Santa Cruz tuvo un encuentro con las guerrillas de Tlalmanalco, etcétera, en el que perdieron

12 hombres muertos y 2 heridos contándose entre los primeros el oficial que los mandaba y otros cuyos cadáveres trajo a Chalco toda la partida a su regreso. Los guerrilleros perdieron un hombre y 2 heridos. En los momentos en que están pasando los carros de Chalco a San Juan de Dios, lo hace el General Canalizo por el camino de Tenango para Ayotzingo con una guerrilla de 80 a 100 hombres; no se donde paró pues se ha ido de paso sin pernoctar en Ayotzingo.

Sábado 14

Entre 9 y 10 de la mañana, en unas canoas que condujeron a Chalco de las que estaban escondidas, embarcaron los Yankies infantería y artillería se dijo que iban rumbo de Mexicaltzingo. En el acto mandé avisar a los pueblos del tránsito por tierra y al jefe que manda en las fortificaciones de la Compuerta. De las tropas de San Juan de Dios están pasando partidas de infantería, caballería y artillería para Ayotzingo, llegaron algunos hasta Tulyehualco y entre una y dos de la tarde se retiraron todos al punto de su partida violentamente, serían 800 hombres, dícese que Valencia les llamaba la atención, yo creo que fue un simple reconocimiento de este camino. En la misma tarde se presentó en esta Hacienda de Chalco una partida de Yankies pidiendo maíz y cebada se les dijo que solo había para raciones, instaron porque se les vendiera algo pagándolo, no se verificó porque estaban ellos sumamente alebrestados y se retiraron quedando en volver mañana. Salió más tropa de Chalco sobre Tlalmanalco, hizo alto en Miraflores y regresó a Chalco. Se repartieron varias partidas a las haciendas por semillas y ganados. Las fuerzas que están a la vista del Peñón, no han hecho movimiento notable. De la Hacienda de Guadalupe, se llevaron los enemigos 61 1/2 cargas de maíz que pagaron a 8 1/2 pesos con una libranza contra don Luis Hargous y 34 bueyes de Aculco que ofrecieron pagar a 13 pesos con un papel igual.

Domingo 15

Mandé correos a Coatepec, Tlaltenco y Ameca temprano: se supo que el General Alvarez pasaría por Cordova, hoy con su caballería y que había llegado el Coronel Montaño con unas guerrillas a Tenango y su total fuerza sería de 300 hombres. Estando a las 11 de la mañana almorzando, vinieron corriendo a avisarnos que venían para esta Hacienda de Axalco los Yankies, en efecto llegaron con 40 carros, 60 infantes y varios oficiales, hicieron abrir las trojes y se llevaron 88 cargas de maíz y 12 de cebada, maltrataron las cementeras comiendo crudos los elotes, jitomates, tunas con cáscaras y la planta que produce la semilla de navo: por la indiscreción de un bueyero de Huizitzingo que bajó a dar agua a una punta de ganado al Jahuey, lo vieron los Yankies y comenzaron a exigir se les diera ganado que sabían había en estos montes y después de grandes altercados se consiguió que con 16 cabezas que se tomaron se salvarán cerca de 1 000, que de estas haciendas y pueblos adyacentes hay escondidas. Tuvimos pésimo día, a mi continuamente me llamaban y conociendo desde luego el desprecio y aborrecimiento que les tengo, me dijo uno que dijeron ser el mayor general, que sus compañeros y el creían que yo pensaba que ellos eran *mucho burro*, le contesté que mi opinión en esto, era que habría de todo. Estuvieron indagando de quién era esta Hacienda y con instancia marcada quién era yo. A las señoras y niños las tuvimos encerradas en tres piezas interiores y los hombres nos salimos al corredor, patio, etcétera, teniendo que empujarlos para que no se metieran a lo interior, cuando algunos de los de la familia, por cualesquiera necesidad abría la puerta, en fin después de mil transtornos y graves incomodidades a las cuatro de la tarde se retiraron, en cuya hora se comienza a ver venir para Ayotzingo mucha tropa enemiga de todas armas y carros, pusieron un puente de madera en el río por donde pasaron con más comodidad que lo habían hecho los del reconocimiento el día anterior, quedó en la noche esta fuerza tendida desde Tezompa hasta Tulyuhualco; los de San Juan de Dios no se movieron y en la misma tarde y

noche ha estado entrando tropa con carros y artillería a Chalco que contramarcha de Ayotla: no se cual será el objeto, pero en el acto mando aviso al de Tlaltenco para que lo de al Peñon. Recibí una comunicación del General Alcorta del Peñon en la que de orden del Presidente me encarga le siga dando avisos y por no saber quien soy, me supone el Comandante militar de Chalco. Nada han pagado de cuanto se han llevado de aquí y otras partes, los Yankies. O a los que han sido más activos les han dado un papel para Mejico ya firmado por Hargous, ya contra el, dirigiendo a los que lo reciben, a la calle de San Bernardo número 3.

Lunes 16

El General Alvarez está en Soquiapan, pueblo y hacienda de Cuautla con esta división de caballería. Las fuerzas enemigas que están en San Juan de Dios; hacen movimiento en la madrugada para Ayotzingo y a las 8 de la mañana lo verifican los que de Ayotla pernoctaron en Chalco, se reúnen, pasan para Tetelco y Tulyehualco quedando la retaguardia hasta el repetido Ayotzingo. Nuevas fuerzas pasan por Chalco a las haciendas de San Juan de Dios y la Archicofradia, están entrando los carros al potrero de la primera por lo que allí hacen alto: es el último resto del Ejército invasor que ha contramarchado por este rumbo; ya no cabe duda que intentan atacar por San Agustin de las Cuevas. Dos brigadas del General Alvares por el puente de Zoquiapan se avistaron con esta retaguardia la que situó su artillería en el carril de la Hacienda; su infantería en la barranca y la caballería en la loma de Buenavista; disparó de cañoneros; la caballería retrocedió por la imposibilidad de maniobrar en aquel terreno y hubo la desgracia de que hubiera muerto el Capitán Blasco del Quinto Regimiento y cuatro caballos del mismo. Acabo de poner una guía para que dirija por el monte un extraordinario que el General Alvarez dirije para San Agustin de las Cuevas. Mi dependiente que puse en Tlaltenco, fue con pliegos del Presidente al General Valencia a Texcoco quien en el acto se movió por Guadalupe con sus fuerzas: El General Santa

Anna hizo lo mismo del Peñón para Mejico, pues hoy no ha quedado ningún enemigo frente de él. Don José Mariano Rodríguez y otros dos que estaban en Tlaltenco, también llevaron pliegos para Mexicaltzingo y Tlahuac, trayendo todos respuestas para el Presidente.

Martes 17

En la madrugada hace movimiento de San Juan de Dios y la Archicofradía la retaguardia Yankie, al mismo rumbo de Ayotzingo por donde pasó sin hacer alto: dieron estampida 15 mulas y se las arreó para Tenango. Agustín, calculó ser toda la fuerza que ha pasado de 10 a 12 000 hombres de todas armas: cosa de 1 000 carros y 3 coches que llevaban niños, muy pocas mujeres y algunos hombres que dicen ser poblanos. Grandes destrosos han sufrido todos los pueblos y haciendas por donde han pasado estos malvados; han saqueado tiendas, casas, destrosado archivos a punto de encontrarse tirados en las calles de Chalco, pedazos de causas criminales, han olvidado su hipócrito anterior manejo, pues las iglesias y miserables capillitas también han sido objeto de su rapiña robándose vasos sagrados y aun desnudando las imágenes en los pueblos y haciendas en que hicieron manción, un poco más dilatada, dejaron mas fijas las señales de su barbarie destrozando las puertas para quemarlas, los muebles y aun los techos de las miserables chozas de los indígenas, para el mismo fin. Todo esto lo hacian siempre vociferando: que traían la guerra al gobierno, y no a la Nación; que ellos *no ser ladrones* como los soldados mejicanos; *que todo pagar* y no hacer perjuicio, llegando su imprudencia al grado de que los vasos sagrados de la capilla de Venta Nueva, se los llevaron habiendo dormido el General Scot en la sacristía de la misma, y al señor cura de Ayotzingo en su presencia le arrebataron el celo que tenía colgado en la cabecera de su cama. Dios le dé la victoria a la nación mejicana. Acabo de saber que el General Alvarez, ahora que son las 10 de la mañana está entrando a Chalco, va de paso pues ya su vanguardia se dirije por el camino de Ayotzingo; he hablado con aquel en este pueblo y me he lamentado de que no se haya

puesto desde este punto hasta el de Xochimilco, en el cerro que está a la izquierda del camino 1 000 hombres de infantería de los del Sur que si no hubieran podido impedir del todo el paso del enemigo al menos lo hubieran destrozado en mucha parte pues que siendo el camino tan angosto, de manera que apenas caben 4 caballos de frente, tan peñascoso, y en algunas partes con el fragosísimo cerro inmediatamente a la izquierda y la Laguna a la derecha, era evidente que el ejército invasor con su inmenso tren, debió haber sido si no derrotado, por lo menos muy fatigado y disminuido, a punto que nuestras tropas ya tuvieran en la batalla, mayor facilidad de vencerlo. Le supliqué que previendo el caso de que el enemigo sea derrotado, en su retirada o dispersión, ha de buscar este camino pues es el que conocen, y que al efecto de sus disposiciones para que en ese evento no tenga la misma facilidad que la que encontró al avanzar. Igualmente le dije mandara orden a Chalco para que salieran canoas a México a fin de que no falten víveres a la Ciudad por este conducto, pues por el temor de los embargos, supongo no entraran mulas o carros de otros rumbos con semillas. Parte de la división del General Alvarez quedó alojada esta noche en Ayotzingo, y las brigadas de los generales Guzmán y Noriega, así como algunas otras guerrillas lo hicieron en esta hacienda y la mía de la Asunción, a los que dí cuanto necesitaron de maíz, cebada, papa y aun trigo en greña para la caballada y bueyes y ovejas para que comiera la tropa, sin permitir que me pagaran nada: no hubo puerta para ellos cerrada, tuve mucho gusto en hospedar a mis paisanos. Vino un correo de Mejico al General Perez Palacios que durmió en el curato de Ayotzingo, se supo que había grande entusiasmo en el pueblo y tropa y que el General Santa Anna había llegado ayer a la hacienda de San Antonio. Dos espías avisaron que la retaguardia Yankie durmió en Tulyehualco y habían situado 4 cañones para el camino de Tetelco en cuya hacienda quedaron 100 hombres avanzados del General Guzman: los mismos espías dijeron haber observado en la tarde mucha polvareda por Guadalupe la que supuse ser causada por la división del General Valencia que entraría a aquel punto. Todos los vecinos de

estos contornos al paso de la división del General Alvarez, han demostrado su patriotismo sirviéndola en cuanto han podido con la mayor voluntad. Yo he hecho cuanto ha estado en mi posibilidad, pero apenas mis aislados esfuerzos alcanzaron, interin el enemigo ha estado en este rumbo, a dar algunas noticias de lo que ocurrio y que mis agentes sirviesen de comunicación a los generales mexicanos. Si se lleva adelante el acuerdo que en mi hacienda se tuvo hace más de 3 meses, en presencia de los señores Prefecto y Juez de Letras, para la organización, mantención, armamento y uso que debía hacerse de las fuerzas que se habían de levantar en la providencia, estoy seguro que no hubieran pasado los invasores tan impunemente por el camino de Ayotzingo pues ya se ha visto la molestia que le han causado las guerrillas de Tlalmanalco, Colin y Ozumba únicas que pudieron conservar algo conforme a lo acordado: sin embargo, los cadaveres encontrados en distintos puntos ya heridos, ya horrendos, desbarrancados o echados en los pozos, demuestran el espíritu público de los habitantes de su tránsito por la provincia de Chalco, en donde he escrito este diario.

Miércoles 18

El General Alvarez con su división marchó al amanecer de Ayotzingo. La retaguardia de los Yankies quedó tendida desde Xochimilco hasta Cuapa la caballería mexicana se dividió en tres trosos uno que fue a la Milpa Alta, otro a San Pedro Atocpan y otro a San Antonio Tecoman quedando algunas guerrillas en Tulyehualco, Tetelco y Ayotzingo, otra que viene de Acola, llegó hoy a la Hacienda del Moral. Las guerrillas avanzadas tuvieron un corto tiroteo con los Yankies.

Jueves 19

El enemigo marchó a reunirse de Xochimilco a Cuapa. El General Alvarez salió con una escolta de la Milpa Alta, y fue a Tecomic y San Juan Yztayopan, con dirección a Tulyehualco. Dos vecinos de Ayotzingo han dicho al señor

cura que se ha roto el fuego, y el enemigo fue replegado por las tropas mexicanas de las lomas de Contreras a Cuapa quitándoles 4 cañones. En la noche entró en Ayotzingo un coche que mandó el General Alvarez, quitado a los Yankies con 2 cocheros prisioneros, lo que con los anteriores que allí estaban hacen 7 que parecen ser todos poblanos. Regresa a un correo que mandé a Alvarez.

Viernes 20

Mandé un correo para que me envie noticia y servia para llevar algunas comunicaciones. A las 8 de la mañana llegó el padre don Juan Ferman con Nicolas y Wenseslao Gomez, tube el gusto de recibir noticias de Rodríguez y me ofreció el padre pasar él o mañana mandar un mozo para que pueda yo escribir con seguridad a aquel amigo. Tuve también gran satisfacción al saber que el señor Herrera se había ofrecido a servir de simple soldado, así como que don Manuel había pedido se le ocuparen en el ejército y que ambos estaban ya sirviendo.

Sábado 21

Hoy es el día más amargo que he pasado. Al levantarme llegó un mozo que fue a observar, y me dijo que ayer habían derrotado al General Valencia y tomado San Antonio que a la caballería de Alvarez la quisieron sorprender y de retiro a la Milpa Alta. Por Ayotzingo han estado pasando algunos guerrilleros y dicen que ya habrán tomado México que el general Alvarez se retira para Cuernavaca, son las dos y el señor cura German me confirma la noticia del mozo, quedamos en que iba a México en el momento que hablaba yo con el me escribe el señor cura de Ayotzingo que un pasajero da la plausible noticia de que los Yanquis aunque llegaron a la Ladrillera han sido después rechazados. Un correo que salió de México a las siete de la mañana de hoy, con cartas, que enseñó, para el General Alvarez y otros dijo que la derrota de ayer fue por una sorpresa que dieron a Valencia que se cree estar vencido, y que el General Santa Anna

ha replegado todas sus fuerzas a México en donde se defienden con entusiasmo, habiendo dejado ayer el camino sembrado de cadáveres Yankis cuando estos avanzaban a la ciudad y que los Polkos se han portado muy bien. He mandado otro mozo a México el que envíe con orden de no volver hasta el desenlace; no llega aún, y son las cuatro de la tarde. El señor cura de Tenango que viene del campo me mandó decir ahora que son las cinco y media, que nuestra pérdida fue de 600 hombres ayer, que hoy están nuestras tropas en Churubusco sitiadas por los Yankies.

Domingo 22

Tan mal día como el de ayer. Por un mozo que llegó quedó confirmada la noticia que dio ayer el correo que venía para Alvares; agregando: que otro correo que buscaba al propio General hoy de Mejico, le dijo: que atacaban por Chapultepec y el General Santa Anna deseaba cargar la caballería por las lomas de Tacubaya. Acabo de recibir la gran pesadumbre de que los generales Bravo, Perez y Mejía son prisioneros así como tres batallones de la G.N. esto lo supo don A. Gonzalez por un mozo que salió de México ayer a las doce, también que en esa ciudad había muchas efervecensias porque unos querían se fuera el gobierno a Querétaro, otros que se hiciera la Paz, y que Santa Anna estaba decidido por la guerra. Se dijo que Rios llegaba a Tenango y estaba recogiendo los dispersos del Sur. La caballería de Alvares permanece en la Milpa Alta son las siete de la noche acaba de llegar un criado que fue a México vino a Rodríguez y traé la noticia de que están en armisticio. En todo el día ha habido fuegos, y el criado vio que se retiraban todas nuestras fuerzas con la artillería al interior de la ciudad.

Lunes 23

A las ocho de la mañana viene el padre German me trajo un Diario del 21 en que consta un oficio de Pacheco Ministro del Exterior al Pte. del Congreso para que reuna desde

luego a ésta, pues en virtud de la poca suerte de nuestras avanzadas el enemigo está a las puertas de la ciudad y el Presidente Interino quiere evitar a ésta las desgracias de un asalto, oyendo las proposiciones de paz del enviado de los E.U. que está en el Ejército don Nicolás Trist. Supe que el mismo 21 el general don Ignacio Mora fue a ajustar el armisticio; que Perdigon y Frontera murieron; y que los generales prisioneros son Salas, Anaya y Rincón, que Valencia se ha marchado a Toluca y que el Congreso no se ha reunido. También decían algunos en México que las proposiciones sobre paz eran por ganar tiempo. El General Alvares con su caballería está contra marchando por Ayotzingo y para a Chalco la retaguardia que es la Brigada del General Hernandez quedó en Ayotzingo, y a la vanguardia le encontró José María, que volvía de México a las 3 de la tarde, en el jaral: aquel me trajo un Boletín en que constan las comunicaciones de Scot y Ministro de la Guerra sobre armisticio, y la de Pacheco al Presidente del Congreso, supe que anoche hecho Junta de Guerra y se acordo que si las proposiciones de paz son decorosas se admitan y que en caso contrario, siga la guerra. Se dice que ha sido nombrado el señor Iñigues Gobernador del Distrito, que Pacheco renunció el sábado en la noche, fue llamado Lafragua y no admitió, se creé que quien dirige la política es Tornel.

Esta consumándose nuestra infamia... Por todas partes circulan multitud de noticias contradictorias, y de recriminaciones mutuas entre los generales y la tropa por el horrible resultado de la defensa, sin que deje de jugar lo de traición. ¡Pobre Mejico! ¡¡Paredes!! ¡¡¡Paredes!!! Cuál es tu responsabilidad. No me es posible seguir.

PUBLICACIONES RECIBIDAS, 1997

AHVENAINEN, Jorma: *The history of the Caribbean Telegraphs before the First World War.* Helsinki: Suomalainem Tiedeakatemia, 1996, 216 pp. ISBN 951-41-0804-3.

Archivo de la Suprema Corte del Archivo del Tribunal de Guerra y Marina, 1816-1854. Transcripción de Linda Arnold. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, 294 pp. ISBN 968-36-5458-4.

ARNOLD, Linda: *Política y justicia. La Suprema Corte mexicana (1824-1855).* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, 208 pp. ISBN 968-36-5439-8.

ASSADOURIAN, Carlos Sempat: *Transiciones hacia el sistema colonial andino.* Perú: El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-Instituto de Estudios Peruanos, 1994, 306 pp. ISBN 84-89303-36-3.

AZAOLA G., Elena: *El delito de ser mujer. Hombres y mujeres homicidas en la ciudad de México: historias de vida.* México: Plaza y Valdés Editores-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, 188 pp. ISBN 968-856-478-8.

AZIZ NASSIF, Alberto: *Territorios de alternancia (El primer gobierno de oposición en Chihuahua.* México: Triana Editores-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, 218 pp. ISBN 968-7391-12-X.

CALVO, Thomas: *Por los caminos de Nueva Galicia: transportes y transportistas en el siglo XVIII.* México: Universidad de Gua-

dalajara-Centre Français de Études Mexicaines et Centraméricaines, 1997, 192 pp. ISBN 968-6029-55-9.

COOPER ALARCÓN, Daniel: *The Aztec Palimpsest. Mexico in the Modern Imagination.* Tucson, Arizona: The University of Arizona Press, 1997, 228 pp. ISBN 0-8165-1655-3.

CHENAUT, Victoria (coord.): *Procesos rurales e historia regional (sierra y costa totonacas de Veracruz).* México: Secretaría de Educación Pública-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, 224 pp. ISBN 968-496-316-5.

DÍAZ-POLANCO, Héctor (coord.): *El fuego de la inobediencia. Autonomía y rebelión india en el obispado de Oaxaca.* México: Secretaría de Educación Pública-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, 214 pp. ISBN 968-496-225-8.

DUMOND, Don E.: *The Machete and the Cross. Campesino Rebellion in Yucatan.* Lincoln: University of Nebraska Press, 1997, 574 pp. IBSN 0-8032-1706-4.

ESPARZA, Manuel: *Santo Domingo Grande. Hechura y reflejo de nuestra sociedad.* Oaxaca: Patronato Pro-Defensa y Conservación del Patrimonio Cultural y Natural de Oaxaca, 1996, 402 pp. s. ISBN.

ESTRADA IGUÍNIZ, Margarita: *Después del despido. Desocupación y familia obrera.* México: Secretaría de Educación Pública-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, 228 pp. ISBN 968-496-323-8.

ESTRADA URROZ, Rosalina (coord.): *Tres acercamientos a la historia de las mentalidades.* México: Universidad Autónoma de Puebla, Cuadernos del Posgrado en Historia, 1, 1997, 56 pp. s. ISBN.

EWALD, URSULA: *The Mexican Salt Industry, 1560-1980. A Study in Change.* Stuttgart-Nueva York: Gustav Fisher Verlag, 1985, 480 pp. + mapas. ISBN 3-437-50300-6.

GELMAN, Juan: *Unthinkable Tenderness. Selected Poems.* Berkeley: University of California Press, 1997, 196 pp. ISBN 0-520-20586-3.

HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro: *Bibliotecas privadas en el mundo colonial.* Madrid: Iberoamericana, 1996, 307 pp. ISBN 84-88906-24-2.

HASLER HANGERT, Andrés: *El náhuatl de Tehuacán-Zongolica.* México: Secretaría de Educación Pública-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, 184 pp. ISBN 968-496-304-1.

HERNÁNDEZ SILVA, Héctor Cuauhtémoc: *Insurgencia y autonomía. Historia de los pueblos yaquis: 1821-1910.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto Nacional Indigenista, 1996, 188 pp. ISBN 968-496-312-4.

ILLADES, Carlos y Ariel RODRÍGUEZ KURI (comps.): *Ciudad de México. Instituciones, actores sociales y conflictos políticos, 1774-1931.* México: El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma Metropolitana, 1997, 344 pp. ISBN 968-6959-57-2.

MAZÍN GÓMEZ, Óscar: *El cabildo catedral de Valladolid de Michoacán.* Zamora: El Colegio de Michoacán, 1996, 500 pp. ISBN 968-6959-49-1.

MOLINA DEL VILLAR, América: *Por voluntad divina: escasez, epidemias y otras calamidades en la ciudad de México, 1700-1762.* México: Secretaría de Educación Pública-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, 160 pp. ISBN 968-496-321-1.

RESTALL, Matthew: *The Maya World. Yucatec Culture and Society, 1550-1850.* Stanford: Stanford University Press, 1997, 448 pp. ISBN 94305-2235.

ROMERO FRIZZI, María de los Ángeles: *El sol y la cruz. Los pueblos indios de Oaxaca colonial.* México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto Nacional indigenista, «Historia de los pueblos indígenas de México», 1996, 292 pp. ISBN 968-496-311-4.

SALMERÓN CASTRO, Fernando I.: *Intermediarios del progreso. Política y crecimiento económico en Aguascalientes.* México: Secretaría de Educación Pública-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, 316 pp. ISBN 968-496-318-1.

SCHOLES, France V. y Raph L. Roys: *Los chontales de Acalan-Tixchel.* México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, 552 pp. ISBN 968-496-303-3.

SUÁREZ ARGÜELLO, Clara Elena: *Camino real y carrera larga. La arriería en la Nueva España durante el siglo XVIII.* México: Secretaría de Educación Pública-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1997, 388 pp. ISBN 968-496-325-4.

TINKER SALAS, Miguel: *In the Shadow of the Eagles. Sonora and the Transformation of the Border During the Porfiriato.* Berkeley: University of California Press, 1997, 354 pp. ISBN 0520-20129-9.

VAUGHAN, Mary Kay: *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-1940.* Tucson: The University of Arizona Press, 1997, 264 pp. ISBN 0-8165-1676-6.

VÉLEZ-IBÁÑEZ, Carlos G.: *Border Visions. Mexican Cultures of the Southwest United States.* Tucson, Arizona: The University of Arizona Press, 1996, 364 pp. s. ISBN.

WIDDIFIELD, Stacie G.: *The Embodiment of the National in Late Nineteenth-Century Mexican Painting.* Tucson, Arizona: the University of Arizona Press, 1996, 218 pp. ISBN 0-8165-1561-1.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Anuario de historia de la Iglesia. Navarra, España: Instituto de Historia de la Iglesia. Facultad de Teología, Universidad de Navarra VI, 1997.

Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Nueva época, II:5 (sep.-dic. 1995).

Inventario antropológico. Anuario de la revista *Alteridades.* México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1996, vol. 2.

BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"

ISSN 0524-9767

Número 12, Tercera Serie

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" es una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A y del Fondo de Cultura Económica. Suscripción anual: particulares: Argentina 25 U$S, América Latina y E.E.U.U. 35 U$S, resto del mundo 36 U$S. Instituciones: Argentina 31 U$S, América Latina y E.E.U.U 39 U$S, resto del mundo 41 U$S.

***Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*.** 25 de mayo 217, 2 piso, 1002 Capital Federal, Argentina. Teléfonos: 3347512-3425922-3431196 (int.105) **Fax:** (54-1-)3432733

NORMAS DE LA REDACCIÓN

1. Los autores enviarán DOS ejemplares de su colaboración: el original y una copia.

2. Los textos (incluyendo notas, citas y referencias bibliográficas) deberán estar mecanografiados en negro, a doble espacio, en papel tamaño carta (21.5 × 28 cm), con márgenes de 3 cm en los cuatro lados, con paginación consecutiva y no deberán exceder de 40 páginas.

3. Todas las ilustraciones y gráficas deberán estar preparadas para reproducción y numeradas consecutivamente. Irán en páginas separadas y su colocación en el texto se indicará claramente.

4. Los cuadros y tablas se numerarán de modo consecutivo y su colocación en el texto se señalará claramente. Cuando su extensión lo requiera irán en páginas aparte.

5. Las notas se reducirán al mínimo, siguiendo el formato establecido por *Historia Mexicana.* Las notas irán al final del texto, con paginación corrida, antes de la bibliografía; estarán numeradas consecutivamente con números arábigos volados.

6. Todas las siglas y referencias que aparezcan mencionadas se incluirán completas al final del texto, en orden alfabético, en la sección SIGLAS Y REFERENCIAS; la paginación será corrida. En todos los casos se deberá seguir el formato ya establecido por *Historia Mexicana.*

7. El nombre del autor y el de la institución a la que pertenezca se deberán indicar claramente. En los artículos, estos datos se colocarán al comienzo del texto, a la derecha, después del título; los testimonios, notas, reseñas, etc., irán al final del texto, a la derecha.

8. No se admitirá ninguna colaboración que no se atenga a estas *normas.* La Redacción se reserva el derecho de corregir o ajustar el texto, en tanto no se altere su sentido.

9. La Redacción acusará recibo de los originales en un plazo de quince días hábiles a partir de su recepción. La aceptación de cada colaboración dependerá de la evaluación confidencial de dos especialistas anónimos. De acuerdo con ésta, la Redacción decidirá sobre la publicación e informará a los autores en un plazo menor de un año.

10. Para evitar costos extra de impresión, no se aceptará ningún cambio en el texto después de aprobada la colaboración.

11. En ningún caso se devolverán los trabajos recibidos por *Historia Mexicana.*

12. *Historia Mexicana* no publica colaboraciones que hayan aparecido o estén por aparecer en otras publicaciones.

ADVERTENCIA: se solicita que las editoriales y los autores que deseen enviar libros para reseña, lo hagan a la Redacción de la revista. Para tal fin se requieren DOS ejemplares de cada libro. Toda obra aparecerá citada anualmente en una lista de *Publicaciones recibidas.*

Graciela Sanjuan, secretaria, colaboró en la preparación de este número.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Carlos Sempat ASSADOURIAN: *Hacia la* Sublimis Deus*: las discordias entre los dominicos indianos y el enfrentamiento del franciscano padre Tastera con el padre Betanzos*

Bart DE GROOF: *Encuentros discordantes. Expectativas y experiencias de los jesuitas belgas en el México del siglo XVII*

Reinhard LIERH y Mariano E. TORRES BAUTISTA: *Las* Free-standing companies *británicas en el México del porfiriato, 1884-1911*

Érika PANI: *¿"Verdaderas figuras de Cooper" o "pobres inditos infelices"? La política indigenista de Maximiliano*